

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 17

TERCERA PARTE

CONTIENE LO QUE HIZO DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN DE SU HIJO NUESTRO SALVADOR HASTA QUE LA GRAN REINA MURIO Y FUE CORONADA POR EMPERATRIZ DE LOS CIELOS.

INTRODUCCIÓN A LA TERCERA PARTE DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA SANTÍSIMA DE MARÍA MADRE DE DIOS

1. El que navega en un peligroso y alto mar, cuanto más engolfado se halla en él, tanto más suele sentir los temores de las tormentas y los recelos de sus corsarios enemigos, de quien puede ser invadido. Aumentan este cuidado la ignorancia y la flaqueza, porque ni sabe cuándo ni por dónde le acometerá el peligro, ni tampoco es poderoso para divertirle antes que llegue ni a resistirle cuando llegare. Esto mismo es lo que me sucede a mí, engolfada en el inmenso piélago de la excelencia y grandezas de María santísima, aunque es mar en leche, lleno de serenidad muy tranquila, que así lo conozco y confieso. Y no basta para vencer mis temores el hallarme tan adelante en este océano de la gracia, con dejar escritas la primera y segunda parte de su vida santísima, porque en ella misma, como en espejo inmaculado, he conocido con mayor luz y claridad mi propia insuficiencia y vileza, y con la, más evidente noticia se me representa el objeto de esta divina Historia más impenetrable y menos comprensible para todo entendimiento criado. No descansan tampoco los enemigos, príncipes de las

tinieblas, que como corsarios molestísimos pretenden afligirme y desconfiarme con falsas ilusiones y tentaciones llenas de iniquidad y astucia sobre toda mi ponderación. No tiene otro recurso el navegante más de convertir su vista al norte, que como estrella del mar segura y fija le gobierna y guía entre las olas. Yo trabajo por hacer lo mismo en la tormenta de mis varias tentaciones y temores, y convertida al norte de la voluntad divina y a mi estrella María santísima, por donde la conozco con la obediencia, muchas veces afligida, turbada y temerosa clamo de lo íntimo del corazón y digo: Señor y Dios altísimo, ¿qué haré entre mis dudas? ¿Proseguiré adelante o mudaré de intento en proseguir el discurso de esta Historia? Y Vos, Madre de la gracia y mi Maestra, declaradme vuestra voluntad y de Vuestro Hijo santísimo.

2. Confieso con verdad y como debo a la divina dignación que siempre ha respondido a mis clamores y nunca me ha negado su paternal clemencia, declarándome su voluntad por diversos modos. Y aunque se deja entender esta verdad en la asistencia de la divina luz para dejar escritas la primera y segunda parte, pero sobre este favor son innumerables las veces que el mismo Señor por sí mismo, por su Madre santísima y por sus Ángeles me ha quietado y asegurado, añadiendo firmezas a firmezas y testimonios para vencer mis temores y cobardías. Y lo que más es, que los mismos ángeles visibles, que son los prelados y ministros del Señor en su Santa Iglesia, me han aprobado e intimado la voluntad del Altísimo, para que sin recelos la creyese y ejecutase, prosiguiendo esta divina Historia. Tampoco me ha faltado la inteligencia de la luz o ciencia infusa que con fuerte suavidad y dulce fuerza llama, enseña y mueve a conocer lo más alto de la perfección y lo purísimo de la santidad, lo supremo de la virtud y lo más amable de la voluntad, y que todo esto se me ofrece

como encerrado y reservado en esta arca mística de María santísima, como maná escondido, para que lleguen a gustarle y poseerle.

3. Pero con todo esto, para entrar en esta tercera parte y comenzar a escribirla, he tenido nuevas y fuertes contradicciones, no menos difíciles de vencer que para las dos primeras. Y puedo afirmar sin recelo que no dejo escrito período ni palabra ni me determino a escribirla sin reconocer más tentaciones que escribo letras. Y aunque para el embarazo de mis temores me basto yo a mí misma, pues conociéndome la que soy no puedo dejar de ser cobarde ni puedo fiar de mí menos de lo que experimento en mi flaqueza, pero ni esto ni la grandeza del asunto eran los impedimentos que hallaba, aunque no luego los conocí. Presenté al Señor la segunda parte que tenía escrita, como antes lo hice de la primera. Compeliame la obediencia con rigor para dar principio a esta tercera y, con la fuerza que comunica esta virtud a los que se sujetan a ella, animaba mi cobardía y alentaba el desmayo que reconocía en mí para ejecutar lo que se me mandaba. Pero entre los deseos y dificultades de comenzar, anduve fluctuando algunos días como nave combatida de contrarios y fuertes vientos.

4. Por una parte, me respondía el Señor que prosiguiese lo comenzado, que aquélla era su voluntad y beneplácito, y nunca reconocía otra cosa en mis continuas peticiones. Y aunque alguna vez disimulaba estos órdenes del Altísimo y no los manifestaba luego al prelado y confesor —no por ocultarlos sino para mayor seguridad y para no sospechar que se gobernaba sólo por mis informes—, pero Su Majestad, que en sus obras es tan uniforme, les ponía en el corazón nueva fuerza para que con imperio y preceptos me lo mandasen, como siempre lo han hecho. Por otra parte, la emulación y malicia de la antigua

serpiente calumniaba todas las obras y movimientos y despertaba o movía contra mí una tormenta deshecha de tentaciones, que tal vez quería levantarme a lo altivo de su soberbia, otras y muchas me quería abatir a lo profundo de la desconfianza y envolverme en una caliginosa tiniebla de temores desordenados, juntando a éstas otras diversas tentaciones interiores y exteriores, creciendo todas al paso que proseguía esta Historia y más cuando me inclinaba a concluirla. Valióse también del dictamen de algunas personas este enemigo, que por natural obligación debía algún respeto y no me ayudaban a proseguir lo comenzado. Turbaba también a las religiosas que tengo a mi cargo. Parecíame que me faltaba tiempo, porque no había de dejar el seguimiento de la comunidad, que era la mayor obligación de prelada. Y con todos estos ahogos no acababa de asentar ni quietar el interior en la paz y tranquilidad que era necesaria y conveniente para recibir la luz actual e inteligencia de los misterios que escribo; porque ésta no se percibe bien ni se comunica por entero entre los torbellinos de tentaciones que inquietan al espíritu y sólo viene en aire blando y sereno que temple las potencias interiores.

5. Afligida y conturbada de tanta variedad de tentaciones, no cesaban mis clamores, y un día en particular dije al Señor: Altísimo Dueño y bien mío de mi alma, no son ocultos a Vuestra sabiduría mi gemidos y mis deseos de daros gusto y no errar en Vuestro servicio. Amorosamente me lamento en Vuestra real presencia, porque o me mandáis, Señor, lo que no puedo yo cumplir, o dais mano a Vuestros enemigos y míos para que con su malicia me lo impidan.— Respondióme Su Majestad a esta querrela y con alguna severidad me dijo: Advierte, alma, que no puedes continuar lo comenzado ni acabarás de escribir la Vida de mi Madre, si no eres en todo muy perfecta y agradable a mis ojos, porque yo quiero coger

en ti el copioso fruto de este beneficio y que tú le recibas la primera con tanta plenitud, y para que lo logres como yo lo quiero, es necesario que se consuma en ti todo lo que tienes de terrena e hija de Adán, los efectos del pecado con tus inclinaciones y malos hábitos.—Esta respuesta del Señor despertó en mí nuevos cuidados y más encendidos deseos de ejecutar todo lo que se me daba a conocer en ella, que no sólo era una común mortificación de las inclinaciones y pasiones, sino una muerte absoluta de toda la vida animal y terrena y una renovación y transformación en otro ser y nueva vida celestial y angélica.

6. Y deseando extender mis fuerzas a lo que se me proponía, examinaba mis inclinaciones y apetitos, rodeaba por las calles y por los ángulos de mi interior y sentía un conato vehemente de morir a todo lo visible y terreno. Padecí en estos ejercicios algunos días grandes aflicciones y desconsuelos, porque al paso de mis deseos crecían también los peligros y ocasiones de divertimientos con criaturas que bastaban para impedirme, y cuanto más quería alejarme de todo tanto más metida y oprimida me hallaba con lo mismo que aborrecía. Y de todo se valía el enemigo para desmayarme, representándome por imposible la perfección de vida que deseaba. A este desconsuelo se juntó otro nuevo y extraordinario con que me hallé impensadamente. Este fue que comencé a sentir en mi persona una nueva disposición de cuerpo tan viva y que me hacía tan sensible para sufrir los trabajos, que los muy fáciles, siendo penales, se me hacían más intolerables que los mayores de hasta entonces. Las ocasiones de mortificación, que antes eran muy sufribles, se me hacían violentísimas y terribles y en todo lo que era padecer dolor sensible me sentía tan débil que me parecían mortales heridas. Sufrir una disciplina era deliquio hasta desmayar y cada golpe me dividía el

corazón, y sin encarecimiento digo que sólo el tocarme una mano con otra me hacía saltar las lágrimas, con grande confusión y desconsuelo mío de verme tan miserable. Y experimenté, haciéndome fuerza a trabajar no obstante el mal que tenía, saltarme por las uñas la sangre.

7. Ignoraba la causa de esta novedad, y discurriendo conmigo misma y diciendo con despecho: ¡Ay de mí! ¿Qué miseria mía es ésta? ¿Qué mudanza la que siento? Mándame el Señor que me mortifique y muera a todo y me hallo ahora más viva y menos mortificada.—Padecí algunos días grandes amarguras y despechos con mis discursos, y para moderarlos me consoló el Altísimo diciéndome: Hija y esposa mía, no se aflija tu corazón con el trabajo y novedad que sientes en padecer tan vivamente. Yo he querido que por este medio queden en ti extinguidos los efectos del pecado y seas renovada para nueva vida y operaciones más altas y de mi mayor agrado, y hasta conseguir este nuevo estado no podrás comenzar lo que te resta de escribir de la Vida de mi Madre y tu Maestra.—Con esta nueva respuesta del Señor recobré algún esfuerzo, porque siempre sus palabras son de vida y la comunican al corazón. Y aunque los trabajos y tentaciones no aflojaban, me disponía a trabajar y pelear, pero desconfiada siempre de mi flaqueza y debilidad y de hallar remedio. Buscábale contra ellas en la Madre de la vida y determiné pedirle con instancias y veras su favor, como a único y último refugio de los necesitados y afligidos y como de quien y por quien a mí, la más inútil de la tierra, me vinieron siempre muchos bienes y beneficios.

8. Postréme a los pies de esta gran Señora del cielo y tierra y, derramando mi espíritu en su presencia, la pedí misericordia y remedio de mis imperfecciones y defectos. Representéle mis deseos de su agrado y de su

Hijo santísimo y ofrecíme de nuevo para su mayor servicio, aunque me costase pasar por fuego y por tormentos y derramar mi sangre. Y a esta petición me respondió la piadosa Madre y dijo: Hija mía, los deseos que de nuevo enciende el Altísimo en tu pecho, no ignoras que son prendas y efectos del amor con que te llama para su íntima comunicación y familiaridad. Y su voluntad santísima y la mía es que de tu parte los ejecutes para no impedir tu vocación ni retardar más el agrado de Su Majestad que de ti quiere. En todo el discurso de la Vida que escribes te he amonestado y declarado la obligación con que recibes este nuevo y grande beneficio, para que en ti copies la estampa viva de la doctrina que te doy y del ejemplar de mi vida según las fuerzas de la gracia que recibieres. Ya llegas a escribir la última y tercera parte de mi Historia, y es tiempo de que te levantes a mi perfecta imitación y te vistas de nueva fortaleza y extiendas la mano a cosas fuertes (Prov 31, 17-19). Con esta nueva vida y operaciones darás principio a lo que resta de escribir, porque ha de ser ejecutando lo que vas conociendo. Y sin esta disposición no podrás escribirlo, porque la voluntad del Señor es que mi vida quede más escrita en tu corazón que en el papel y en ti sientas lo que escribes para que escribas lo que sientes.

9. Quiero para esto que tu interior se desnude de toda imagen y afecto de lo terreno, para que, alejada y olvidada de todo lo visible, tu conversación y continuo trato sea (Filp 3, 20) con el mismo Señor, conmigo y con sus Ángeles, y todo lo demás fuera de esto ha de ser para ti extraño y peregrino. Con la fuerza de esta virtud y pureza que de ti quiero quebrantarás la cabeza de la antigua serpiente y vencerás la resistencia que te hace para escribir y para obrar. Y porque admitiendo sus vanos temores eres tarda en responder al Señor y en entrar por el camino que él te quiere llevar y en dar

crédito a sus beneficios, quiero decirte ahora que por esto su divina Providencia ha dado permiso a este Dragón para que como ministro de su justicia castigue tu incredulidad y el no reducirte a su perfecta voluntad. Y el mismo enemigo ha tomado mano para hacerte caer en algunas faltas, proponiéndote sus engaños vestidos de buena intención y fines virtuosos; y trabajando en persuadirte falsamente que tú no eres para tan grandes favores y tan raros beneficios, porque ninguno mereces, te ha hecho grosera y tarda en el agradecimiento. Y como si estas obras del Altísimo fueran de justicia y no de gracia, te has embarazado mucho en este engaño, dejando de obrar lo mucho que pudieras con la gracia divina y no correspondiendo a lo que sin méritos propios recibes. Ya, carísima, es tiempo que te asegures y creas al Señor y a mí, que te enseñe lo más seguro y más alto de la perfección, que es mi perfecta imitación, y que sea vencida la soberbia y crueldad del Dragón y quebrantada su cabeza con la virtud divina. No es razón que tú la impidas ni retardes, sino que olvidada de todo te entregues afectuosa a la voluntad de mi Hijo santísimo y mía, que de ti queremos lo más santo, loable y agradable a nuestros ojos y beneplácito.

10. Con esta enseñanza de mi divina Señora, Madre y Maestra recibió mi alma nueva luz y deseos de obedecerla en todo. Renové mis propósitos, determinéme a levantarme sobre mí con la gracia del Altísimo y procuré disponerme para que en mí se ejecutase sin resistencia su voluntad divina. Ayúdeme de lo áspero y doloroso de la mortificación, que era penoso para mí, por la viveza y sensibilidad que sentía, como arriba dije (Cf. supra n. 6), pero no cesaba la guerra y resistencia del demonio. Y reconocía que la empresa que intentaba era muy ardua y que el estado a que me llevaba el Señor era de refugio, pero muy alto para la humana flaqueza y gravedad terrena. Bien daré a entender esta verdad y la

tardanza de mi fragilidad y torpeza, confesando que todo el discurso de mi vida ha trabajado el Señor conmigo para levantarme del polvo y del estiércol de mi vileza, multiplicando beneficios y favores que exceden a mi pensamiento. Y aunque todos los ha encaminado su diestra poderosa para este fin y no conviene ahora ni es posible referirlos, pero tampoco me parece justo callarlos todos, para que se vea en qué lugar tan ínfimo nos puso el pecado y qué distancia interpuso entre la criatura racional y el fin de las virtudes y perfección de que es capaz y cuánto cuesta restituirla a él.

11. Algunos años antes de lo que ahora escribo recibí un beneficio grande y repetido por la divina diestra. Y fue un linaje de muerte, como civil, para las operaciones de la vida animal y terrena, y a esta muerte se siguió en mí otro nuevo estado de luz y operaciones. Pero como siempre queda el alma vestida de la mortal y terrena corrupción, siempre siente este peso que la abruma y atierra, si no renueva el Señor sus maravillas y favorece y ayuda con la gracia. Renovó en mí en esta ocasión la que he dicho (Cf. supra n. 9) por medio de la Madre de piedad, y hablándome esta dulcísima Señora y gran Reina me dijo en una visión: Atiende, hija mía, que ya tú no has de vivir tu vida, sino la de tu esposo Cristo en ti; Él ha de ser vida de tu alma y alma de tu vida. Para esto quiere por mi mano renovar en ti la muerte de la antigua vida que antes se ha obrado contigo y renovar la vida que de ti queremos. Sea manifiesto desde hoy al cielo y a la tierra que murió al mundo sor María de Jesús, mi hija y sierva, y que el brazo del Altísimo hace esta obra, para que esta alma viva con eficacia en sólo aquello que la fe enseña. Con la muerte natural se deja todo, y esta alma, alejada de ello, por última voluntad y testamento entregó su alma a su Criador y Redentor y su cuerpo a la tierra del propio conocimiento y al padecer sin resistencia. De esta alma nos encargamos mi Hijo

santísimo y yo, para cumplir su última voluntad y fin si con ella nos obediere con prontitud. Y celebramos sus exequias con los moradores de nuestra corte, para darle la sepultura en el pecho de la humanidad del Verbo eterno, que es el sepulcro de los que mueren al mundo en la vida mortal. Desde ahora no ha de vivir en sí ni para sí con operaciones de Adán, porque en todas se ha de manifestar en ella la vida de Cristo, que es su vida. Y yo suplico a su piedad inmensa mire a esta difunta y reciba su alma sólo para sí mismo y la reconozca por peregrina y extraña en la tierra y moradora en lo superior y más divino. Y a los Ángeles ordeno la reconozcan por compañera suya y la traten y comuniquen como si estuviera libre de la carne mortal.

12. A los demonios mando dejen a esta difunta, como dejan a los muertos que no son de su jurisdicción ni tienen parte en ellos, pues ya desde hoy ha de quedar más muerta a lo visible que los mismos difuntos al mundo. Y a los hombres conjuro que la pierdan de vista y la olviden, como olvidan a los muertos, para que así la dejen descansar y no la inquieten en su paz. Y a ti, alma, te mando y amonesto te imagines como los que dieron fin al siglo en que vivían y están para eterna vida en presencia del Altísimo; quiero que tú en el estado de la fe los imites, pues la seguridad del objeto y la verdad es la misma en ti que en ellos. Tu conversación ha de ser en las alturas, tu trato con el Señor de todo lo criado y esposo tuyo, tus conferencias con los Ángeles y Santos, y toda tu atención ha de estar en mí, que soy tu Madre y Maestra. Para todo lo demás terreno y visible ni has de tener vida ni movimiento, operaciones ni acciones, más que las que tiene un cuerpo muerto, que ni muestra vida ni sentimiento en cuanto le sucede y se hace con él. No te han de inquietar los agravios, ni moverte las lisonjas, no has de sentir injurias ni levantarte por las honras, no has de conocer la presunción ni derribarte la desconfianza,

no has de consentir en ti efecto alguno de la concupiscencia y de la ira, porque tu dechado en estas pasiones ha de ser un cuerpo ya difunto libre de ellas. Ni tampoco del mundo debes aguardar más correspondencia que la que tiene con un cuerpo muerto, que olvida luego a los mismos que antes alababa viviendo, y hasta el que le tenía por más íntimo y muy propio procura con presteza quitarle de sus ojos, aunque sea padre o hermano, y por todo pasa el difunto sin quejarse ni sentirse por ofendido, ni el muerto tampoco hace caso de los vivos y menos atiende a ellos ni a lo que deja entre los vivos.

13. Y cuando así te hallares ya difunta, sólo resta que te consideres alimento de gusanos y vilísima corrupción muy despreciable, para que seas sepultada en la tierra de tu propio conocimiento, de tal manera que tus sentidos y pasiones no tengan osadía de despedir mal olor ante el Señor ni entre los que viven por estar mal cubiertas y enterradas, como sucede a un cuerpo muerto. Mayor será el horror, a tu entender, que tú causarás a Dios y a los Santos manifestándote viva al mundo o menos mortificadas tus pasiones, que les causarían a los hombres los cuerpos muertos sobre la tierra descubiertos. Y el usar de tus potencias, ojos, oídos, tacto y los demás para servir al gusto o al deleite, ha de ser para ti tan grande novedad o escándalo como si vieras a un difunto qué se movía. Pero con esta muerte quedarás dispuesta y preparada para ser esposa única de mi Hijo santísimo y verdadera discípula e hija mía carísima. Tal es el estado que de ti quiero y tan alta la sabiduría que te he de enseñar en seguir mis pisadas y en imitar mi vida, copiando en ti mis virtudes en el grado que te fuere concedido. Este ha de ser el fruto de escribir mis excelencias y los altísimos sacramentos que te manifiesta el Señor de mi santidad. No quiero que salgan del depósito de tu pecho, sin dejar obrada en ti la voluntad

de mi Hijo y mía, que es tu suma o grande perfección. Pues bebes las aguas de la sabiduría en su origen, que es el mismo Señor, y no será razón que tú quedes vacía y sedienta de lo que a otras administras, ni acabes de escribir esta Historia sin que logres la ocasión y este gran beneficio que recibes. Prepara tu corazón con esta muerte que de ti quiero y conseguirás mi deseo y tuyo.

14. Hasta aquí hablé conmigo la gran Señora del cielo en esta ocasión, y en otras muchas me ha repetido esta doctrina de vida saludable y eterna, de que dejo escrito mucho en las doctrinas que me ha dado en los capítulos de la primera y segunda parte y diré más en esta tercera. Y en todo se conocerá bien mi tardanza y desagradecimiento a tantos beneficios, pues me hallo siempre tan atrasada en la virtud y tan viva hija de Adán, habiéndome prometido esta gran Reina y su poderoso Hijo tantas veces que si muero a lo terreno y a mí misma me levantarán a otro estado y habitación muy encumbrada, que de nuevo y de gracia se me promete con el favor divino. Esta es una soledad y desierto en medio de las criaturas, sin tener comercio con ellas y participando solamente de la vista y comunicación del mismo Señor y de su Madre santísima y los Santos Ángeles y dejando gobernar todas mis operaciones y movimientos por la fuerza de su divina voluntad para los fines de su mayor gloria y honra.

15. En todo el discurso de mi vida desde mi niñez me ha ejercitado el Altísimo con algunos trabajos de continuas enfermedades, dolores y otras molestias de criaturas. Pero creciendo los años creció también el padecer con otro nuevo ejercicio, con que he olvidado mucho todos los demás, porque ha sido una espada de dos filos que ha penetrado hasta el corazón y dividido mi espíritu y el alma, como dice el Apóstol (Heb 4,12). Este ha sido el temor que muchas veces he insinuado y por

que he sido reprendida en esta Historia. Mucho le sentí desde niña, pero descubrióse y excedió de punto después que entré religiosa y me apliqué toda a la vida espiritual y el Señor se comenzó a manifestar más a mi alma. Desde entonces me puso el mismo Señor en esta cruz o en esta prensa el corazón, temiendo si iba por buen camino, si sería engañada, si perdería la gracia y amistad de Dios. Aumentóse mucho este trabajo con la publicidad que incautamente causaron algunas personas en aquel tiempo con grande desconsuelo mío y con los terrores que otros me pusieron de mi peligro. De tal manera se arraigó en mi corazón este vivo temor, que jamás ha cesado ni he podido vencerle del todo con la satisfacción y seguridad que mis confesores y prelados me han dado, ni con la doctrina que me han enseñado, con las reprensiones que me han corregido, ni otros medios de que para esto se han valido. Y lo que más es, aunque los Ángeles y la Reina del cielo y el mismo Señor continuamente me quietaban y sosegaban y en su presencia me sentía libre, pero en saliendo de la esfera de aquella luz divina luego era combatida de nuevo con increíble fuerza, que se conocía ser del infernal Dragón y de su crueldad, con que era turbada, afligida y contristada, temiendo el peligro en la verdad, como si no lo fuera. Y donde más cargaba la mano este enemigo era en ponerme terror si lo comunicaba con mis confesores, en especial al prelado que me gobernaba, porque ninguna cosa más teme este príncipe de las tinieblas que la luz y potestad que tienen los ministros del Señor.

16. Entre la amargura de este dolor y un deseo ardentísimo de la gracia y no perder a Dios he vivido muchos años, alternándose en mí tantos y tan varios sucesos que sería imposible referirlos. La raíz de este temor creo era santa, pero muchas ramas habían sido infructuosas, aunque de todas sabe servirse la sabiduría divina para sus fines; y por esto daba permiso al enemigo

que me afligiese, valiéndose del remedio del mismo beneficio del Señor, porque el temor desordenado y que impide, aunque quiere imitar al bueno, es malo y del demonio. Mis aflicciones a tiempos han llegado a tal punto, que me parece nuevo beneficio no haber acabado conmigo en la vida mortal y más en la del alma. Pero el Señor, a quien los mares y los vientos obedecen y todas las cosas le sirven, que administra su alimento a toda criatura en el tiempo más oportuno, ha querido por su divina dignación hacer tranquilidad en mi espíritu, para que la goce con más treguas, escribiendo lo que resta de esta Historia. Algunos años hace que me consoló Su Divina Majestad, prometiéndome por sí que me daría quietud y gozaría de interior paz antes de morir y que el Dragón estaba tan furioso contra mí, rastreando que le faltaría tiempo para perseguirme.

17. Y para escribir esta tercera parte, me habló Su Majestad un día y con singular agrado y dignación me dijo estas razones: Esposa y amiga mía, yo quiero aliviar tus penas y moderar tus aflicciones; sosiégate, paloma mía, y descansa en la segura suavidad de mi amor y de mi poderosa y real palabra, que con ella te aseguro soy yo el que te hablo y elijo tus caminos para mi agrado. Yo soy quien te llevo por ellos y estoy a la diestra de mi Eterno Padre y en el sacramento de la Eucaristía con las especies del pan y vino. Y esta certeza te doy de mi verdad, para que te quietes y asegures; porque no te quiero, amiga mía, para esclava sino para hija y esposa y para mis regalos y delicias. Basten ya los temores y amarguras que has padecido. Venga la serenidad y sosiego de tu afligido corazón.—Estos regalos y aseguraciones del Señor, muchas veces repetidos, pensará alguno que no humillan y que sólo es gozar, y es de manera que me abaten el corazón hasta lo último del polvo y me llenan de cuidados y recelos por mi peligro. Quien al contrario imaginase, sería poco experimentado

y capaz de estas obras y secretos del Altísimo. Cierto es que yo he tenido novedad en mi interior y mucho alivio en las molestias y tentaciones de estos desordenados temores, pero el Señor es tan sabio y poderoso que, si por una parte asegura, por otra despierta al alma y la pone en nuevos cuidados de su caída y peligros, con que no la deja levantar de su conocimiento y humillación.

18. Yo puedo confesar que con éstos y otros continuos favores el Señor no tanto me ha quitado los temores cuanto me los ha ordenado; porque siempre vivo con pavor si le disgustaré o perderé, cómo seré agradecida y corresponderé a su fidelidad, cómo amaré con plenitud a quien por sí es sumo bien, y a mí me tiene tan merecido el amor que puedo darle y aun lo que no puedo. Poseída de estos recelos y por mi grande miseria, cuitadez y muchas culpas, dije en una de estas ocasiones al Muy Alto: Amor mío dulcísimo, y Dueño y Señor de mi alma, aunque tanto me aseguráis para aquietar mi turbado corazón, ¿cómo puedo yo vivir sin mis temores en los peligros de tan penosa y temerosa vida, llena de tentaciones y asechanzas, si tengo mi tesoro en vaso frágil, débil y más que otra alguna criatura?— Respondióme con paternal dignación y me dijo: Esposa y querida mía, no quiero que dejes el temor justo de ofenderme, pero es mi voluntad que no te turbes ni contristes con desorden, impidiéndote para lo perfecto y levantado de mi amor. A mi Madre tienes por dechado y maestra, para que ella te enseñe y tú la imites. Yo te asisto con mi gracia y te encamino con mi dirección; dime, pues, qué me pides o qué quieres para tu seguridad y quietud.

19. Repliqué al Señor y con el rendimiento que yo pude le dije: Altísimo Señor y Padre mío, mucho es lo que me pedís, aunque lo debo todo a Vuestra bondad y amor inmenso; pero conozco mi flaqueza e inconstancia y sólo

me aquietaré con no ofenderos ni con un breve pensamiento ni movimiento de mis potencias, sino que mis acciones todas sean de Vuestro beneplácito y agrado.—Respondióme Su Majestad: No te faltarán mis continuos auxilios y favores si tú me correspondes. Y para que mejor lo hagas, quiero hacer contigo una obra digna del amor con que te amo. Yo pondré desde mi ser inmutable hasta tu pequeñez una cadena de mi especial Providencia, que con ella quedes asida y presa, de manera que, si por tu flaqueza o voluntad hicieres algo que disuene a mi agrado, sientas una fuerza con que yo te detenga y vuelva para mí. Y el efecto de este beneficio conocerás desde luego y le sentirás en ti misma, como la esclava que está asida con prisiones para que no huya.

20. El Todopoderoso ha cumplido esta promesa con gran júbilo y bien de mi alma, porque entre otros muchos favores y beneficios —que no conviene referirlos ni son para este intento— ninguno ha sido para mí tan estimable como éste. Y no sólo le reconozco en los peligros grandes, sino en los más pequeños, de manera que, si por negligencia o descuido omito alguna obra o ceremonia santa, aunque no sea más de humillarme en el coro o besar la tierra cuando entro para adorar al Señor, como lo usamos en la religión, luego siento una fuerza suave que me tira y avisa de mi defecto y no me deja, cuánto es de su parte, cometer una pequeña imperfección. Y si algunas veces caigo en ella como flaca, está luego a la mano esta fuerza divina y me causa tan grande pena que me divide el corazón. Y este dolor sirve entonces de freno con que se detiene cualquiera inclinación desordenada y de estímulo para buscar luego el remedio de la culpa o imperfección cometida. Y como los dones del Señor son sin penitencia (Rom 9, 29), no sólo no me ha negado Su Majestad el que recibo con esta misteriosa cadena, mas antes bien, por su divina dignación, un día, que fue el de su santo nombre y

circuncisión, conocí que tresdoblaba esta cadena, para que con mayor fuerza me gobernase y fuese más invencible, porque el cordel tresdoblado, como dice el Sabio (Ecl 4, 12), con dificultad se rompe. Y de todo necesita mi flaqueza, para no ser vencida de tan importunas y astutas tentaciones como fabrica contra mí la antigua serpiente.

21. Estas se fueron acrecentando tanto por este tiempo, no obstante los beneficios y mandatos referidos del Señor y la obediencia y otros que no digo, que todavía recateaba comenzar a escribir esta última parte de esta Historia, porque de nuevo sentía contra mí el furor de las tinieblas y sus potestades que me querían sumergir. Así lo entendí y me declararé con lo que dijo San Juan Evangelista en el capítulo 12 del Apocalipsis (Ap 12, 15-17). Que el Dragón grande y rojo arrojó de su boca un río de agua contra aquella Mujer divina, a quien perseguía desde el cielo, y como no pudo anegarla ni tocarla se convirtió muy airado contra las reliquias y semilla de aquella gran Señora, que están señaladas con el testimonio de Cristo Jesús en su Iglesia. Conmigo estrenó su ira esta antigua serpiente por el tiempo que voy tratando, turbándome y obligándome, en la forma que puede, a cometer algunas faltas que me embarazaban para la pureza y perfección de vida que me pedían y para escribir lo que me mandaban. Y perseverando esta batalla dentro de mí misma, llegó el día que celebramos la fiesta del Santo Ángel Custodio, que es el primero de marzo [actualmente Ángeles Custodios: 2 de octubre]. Estando en el coro en maitines, sentí de improviso un ruido o movimiento muy grande, que con temor reverencial me encogió y humilló hasta la tierra. Luego vi gran multitud de Ángeles que llenaban la región del aire por todo el coro, y en medio de ellos venía uno de mayor refulgencia y hermosura como en un estrado y tribunal de juez. Entendí luego que era el

Arcángel San Miguel. Y al punto me intimaron que los enviaba el Altísimo con especial potestad y autoridad para hacer juicio de mis descuidos y culpas.

22. Yo deseaba postrarme en tierra y reconocer mis yerros, para llorarlos humillada ante aquellos soberanos jueces, y por estar en presencia de las religiosas no me atreví a darles qué notar con postrarme corporalmente, pero con el interior hice lo que me fue posible, llorando con amargura mis pecados. Y en el ínterin conocí cómo los Santos Ángeles, hablando y confiriendo entre sí mismos, decían: Esta criatura es inútil, tarda y poco fervorosa en obrar lo que el Altísimo y nuestra Reina la mandan, no acaba de dar crédito a sus beneficios y a las continuas ilustraciones que por nuestra mano recibe. Privémosla de todos estos beneficios, pues no obra con ellos, ni quiere ser tan pura ni tan perfecta como la enseña el Señor, ni acaba de escribir la Vida de su Madre santísima, como se le ha ordenado tantas veces; pues si no se enmienda, no es justo que reciba tantos y tan grandes favores y doctrina de tanta santidad.—Oyendo estas razones se afligió mi corazón y creció mi llanto, y llena de confusión y dolor hablé a los Santos Ángeles con íntima amargura y les prometí la enmienda de mis faltas hasta morir por obedecer al Señor y a su Madre santísima.

23. Con esta humillación y promesas templaron algo los espíritus angélicos la severidad que mostraban. Y con más blandura me respondieron que, si yo cumplía con diligencia lo que les prometía, me aseguraban que siempre con su favor y amparo me asistirían y admitirían por su familiar y compañera para comunicar conmigo, como ellos lo hacen entre sí mismos. Agradecíles este beneficio y les pedí lo hiciesen por mí con el Altísimo. Y desaparecieron, advirtiéndome que para el favor que me ofrecían los había de imitar en la pureza, sin cometer

culpa ni imperfección con advertencia, y ésta era la condición de esta promesa.

24. Después de todos éstos y otros muchos sucesos, que no conviene referir, quedé más humillada, como quien se conocía más reprendida, más ingrata y más indigna de tantos beneficios, exhortaciones y mandatos. Y llena de confusión y dolor conferí conmigo misma cómo ya no tenía excusa ni disculpa para resistir a la voluntad divina en todo lo que conocía y a mí tanto me importaba. Y tomando resolución eficaz de hacerlo o morir en la demanda, anduve arbitrando algún medio poderoso y sensible que me despertase y me compeliere en mis inadvertencias y me diese aviso para que, si fuese posible, no quedasen en mí operaciones ni movimiento imperfecto y en todo obrase lo más santo y agradable a los ojos del Señor. Fui a mi confesor y prelado y pedíle con el rendimiento y veras posibles que me reprendiese severamente y me obligase a ser perfecta y cuidadosa en todo lo más ajustado a la divina voluntad y que yo ejecutase lo que quería la divina Majestad de mí. Y aunque en este cuidado era vigilantísimo, como quien estaba en lugar de Dios y conocía su santísima voluntad y mi camino, pero no siempre me podía asistir ni estar presente, por las ausencias a que le obligaban los oficios de la religión y prelacia. Determiné también hablar a una religiosa que me asistía más, rogándole que me dijese de ordinario alguna palabra de reprensión y aviso o de temor que me excitase y moviese. Todos estos medios y otros intentaba con el ardiente deseo que sentía de dar gusto al Señor, a su Madre santísima y Maestra de mi virtud, a los Santos Ángeles, cuya voluntad era una misma de mi aprovechamiento en la mayor perfección.

25. En medio de estos cuidados, me sucedió una noche que el Santo Ángel de mi guarda se me manifestó con particular agrado y me dijo: El Muy Alto quiere

condescender con tus deseos y que yo haga contigo el oficio que tú quieres y ansiosa buscas quien le ejerza. Yo seré tu fiel amigo y compañero para avisarte y despertar tu atención, y para esto me hallarás presente como ahora en cualquiera ocasión y tiempo que volvieres a mí los ojos con deseos de más agradar a tu Señor y Esposo y guardarle entera fidelidad. Yo te enseñaré a que le alabes continuamente y conmigo lo harás alternando sus loores y te manifestaré nuevos misterios y tesoros de su grandeza, te daré particulares inteligencias de su ser inmutable y perfecciones divinas. Y cuando estuvieres ocupada por la obediencia o caridad y cuando por alguna negligencia te divirtieres a lo exterior y terreno, yo te llamaré y avisaré para que atiendas al Señor, y para esto te diré alguna palabra, y muchas veces será esta: ¿Quién como Dios, que habita en las alturas y en los humildes de corazón? (Sal 112, 5) Otras, te acordaré tus beneficios recibidos de la diestra del Altísimo y lo que debes a su amor. Otras, que le mires y levantes a él tu corazón. Pero en estas advertencias has de ser puntual, atenta y obediente a mis avisos.

26. No quiere tampoco el Altísimo ocultarte un favor que hasta ahora has ignorado entre tantos que de su liberalísima bondad has recibido, para que desde ahora le agradezcas. Este es, que yo soy uno de los mil Ángeles que servimos de custodios a nuestra gran Reina en el mundo y de los señalados con la divisa de su admirable y santo nombre. Atiende a mí y lo verás en mi pecho.—Advertí luego y conocíle cómo le tenía escrito con grande resplandor, y recibí nueva consolación y júbilo de mi alma. Prosiguió el Santo Ángel y dijo: También me manda que te advierta cómo de estos mil Ángeles muy pocos y raras veces somos señalados para guardar otras almas, y si algunas hasta ahora hemos guardado todas han sido del número de los Santos y ninguna de los réprobos. Considera, pues, oh alma, tu

obligación de no pervertir este orden, porque si con este beneficio te perdieras tu pena y castigo fuera de los más severos de todos los condenados y tú fueras conocida por la más infeliz e ingrata entre las hijas de Adán. Y el haber sido tú favorecida con este beneficio de que yo te guardase, que fui de los custodios de nuestra gran reina María santísima y Madre de nuestro Criador, fue orden de su altísima Providencia por haberte elegido entre los mortales en su mente divina para que escribieras la Vida de su beatísima Madre y la imitases, y para todo te enseñase yo y te asistiese como testigo inmediato de sus divinas obras y excelencias.

27. Y aunque este oficio le hace principalmente la gran Señora por sí misma, pero yo después te administro las especies necesarias para declarar lo que la divina Maestra te ha enseñado, y te doy otras inteligencias que el Altísimo ordena, para que con mayor facilidad escribas los misterios que te ha manifestado. Y tú tienes experiencia de todo, aunque no siempre conocías el orden y sacramento escondido de esta providencia, y que el mismo Señor, usando de ella especialmente contigo, me señaló para que con suave fuerza te compeliere a la imitación de su purísima Madre y nuestra Reina y a que en su doctrina la sigas y obedezcas, y desde esta hora ejecutaré este mandato con mayor instancia y eficacia. Determinate, pues, a ser fidelísima y agradecida a tan singulares beneficios y caminar a lo alto y encumbrado de la perfección que se pide y enseña. Y advierte que cuando alcanzaras la de los supremos serafines, quedaras muy deudora a tan copiosa y liberal misericordia. El nuevo modo de vida que de ti quiere el Señor se contiene y se cifra en la doctrina que recibes de nuestra gran Reina y Señora y en lo demás que entenderás y escribirás en esta tercera parte. Óyelo con rendido corazón y agrádcelo humillada, ejecútalo solícita y cuidadosa, que si lo hicieres serás dichosa y

bienaventurada.

28. Otras cosas que me declaró el Santo Ángel no son necesarias para este intento. Pero he dicho lo que en esta introducción dejo escrito, así para manifestar en parte el orden que el Altísimo ha tenido conmigo para obligarme a escribir esta Historia, como también para que en algo se conozcan los fines de su sabiduría para que escriba; que son, no para mí sola, sino para todos los que deseen lograr el fruto de este beneficio, como medio poderoso para hacer eficaz el de nuestra Redención cada uno en sí mismo. Conoceráse también que la perfección cristiana no se alcanza sin grandes peleas con el demonio y con incesante trabajo en vencer y sujetar las pasiones y malas inclinaciones de nuestra depravada naturaleza. Sobre todo esto, para dar principio a esta tercera parte, me habló la divina Madre y Maestra y con agradable semblante me dijo: Mi bendición eterna y la de mi Hijo santísimo vengan sobre ti, para que escribas lo que resta de mi vida, para que lo obres y ejecutes con la perfección que deseamos. Amén.

LIBRO VII

CONTIENE CÓMO LA DIESTRA DIVINA PROSPERÓ A LA REINA DEL CIELO DE DONES ALTÍSIMOS, PARA QUE TRABAJASE EN LA SANTA IGLESIA; LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO; EL COPIOSO FRUTO DE LA REDENCIÓN Y DE LA PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES; LA PRIMERA PERSECUCIÓN DE LA IGLESIA; LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO Y VENIDA DE SANTIAGO A ESPAÑA; LA APARICIÓN DE LA MADRE DE DIOS EN ZARAGOZA Y FUNDACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

CAPITULO 1

Quedando asentado nuestro Salvador Jesús a la diestra del Eterno Padre, descendió del cielo a la tierra María santísima, para que se plantase la nueva Iglesia con su asistencia y magisterio.

1. A la segunda parte de esta Historia puse dichoso fin, dejando en el cenáculo y en el cielo empíreo a nuestra gran Reina y Señora, María santísima, asentada a la diestra de su Hijo y Dios eterno, asistiendo en ambas partes, por el modo milagroso que queda dicho (Cf. supra p. II n. 1512) le concedió la diestra divina de estar su santísimo cuerpo en dos partes, que en su gloriosa Ascensión, para hacerla más admirable, la llevó consigo el Hijo de Dios y suyo a darla la posesión de los premios inefables que hasta entonces había merecido y señalarle el lugar que por ellos y los demás que había de merecer le tenía prevenido desde su eternidad. Dije también (Cf. supra p. II n. 1522) cómo la Beatísima Trinidad dejó en la elección libre de esta divina Madre si quería volver al mundo para consuelo de los primitivos hijos de la Iglesia evangélica y para su fundación, o si quería eternizarse en aquel felicísimo estado de su gloria sin dejar la posesión que de él la daban. Porque la voluntad de las tres divinas personas, como debajo de aquella condición, se inclinaban, con el amor que a esta singular criatura tenían, a conservarla en aquel abismo en que estaba absorta y no restituirla otra vez al mundo entre los desterrados hijos de Adán. Y por una parte parece que pedía esto la razón de justicia, pues ya el mundo quedaba redimido con la pasión y muerte de su Hijo, a que ella había cooperado con toda plenitud y perfección. Y no quedaba en ella otro derecho de la muerte, no sólo por el modo con que padeció sus dolores en la de Cristo nuestro Salvador, como en su lugar queda declarado (Cf. supra p. II n. 1264, 1341, 1381), sino también porque la gran Reina nunca fue pechera de la muerte, del demonio,

ni del pecado, y así no le tocaba la ley común de los hijos de Adán. Y sin morir como ellos, deseaba el Señor —a nuestro modo de entender— que tuviese otro tránsito con que pasara de viadora a comprensora y del estado de la mortalidad al inmortal y no muriera en la tierra la que en ella no había cometido culpa que la mereciese, y en el mismo cielo podía el Altísimo pasarla de un estado a otro.

2. Por otra parte, sólo quedaba la razón de parte de la caridad y humildad de esta admirable y dulcísima Madre, porque el amor la inclinaba a socorrer a sus hijos y que el nombre del Altísimo fuese manifestado y engrandecido en la nueva Iglesia del Evangelio. Deseaba también entrar a muchos fieles a la profesión de la fe con su sollicitación e intercesión e imitar a sus hijos y hermanos del linaje humano con morir en la tierra, aunque no debía pagar este tributo, pues no había pecado. Y con su grandiosa sabiduría y admirable prudencia conocía cuán estimable cosa era merecer el premio y la corona, más que por algún breve tiempo poseerla, aunque sea de gloria eterna. Y no fue esta humilde sabiduría sin premio de contado, porque el Eterno Padre hizo notoria a todos los cortesanos del cielo la verdad de lo que Su Majestad deseaba y lo que María santísima elegía por el bien de la Iglesia militante y socorro de los fieles. Y todos conocieron en el cielo lo que es justo conozcamos ahora en la tierra; que el mismo Padre Eterno así, como dice San Juan Evangelista (Jn 3, 16), amó al mundo, que dio a su Unigénito para que le redimiese, así también dio otra vez a su hija María santísima, enviándola desde su gloria para plantar la Iglesia que Cristo su artífice había fundado; y el mismo Hijo dio para esto a su amantísima y dilecta Madre y el Espíritu Santo a su dulcísima Esposa. Y tuvo este beneficio otra condición que le subió de punto, porque vino sobre las injurias que Cristo nuestro Redentor había recibido en su pasión y afrentosa muerte,

con que desmereció el mundo este favor. ¡Oh infinito amor! ¡Oh caridad inmensa! ¡Cómo se manifiesta que las muchas aguas de nuestros pecados no le pueden extinguir!

3. Cumplidos tres días enteros que María santísima estuvo en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de la diestra de su Hijo y Dios verdadero y admitida su voluntad de volver a la tierra, partió de lo supremo del empíreo para el mundo con la bendición de la Beatísima Trinidad. Mandó Su Majestad a innumerable multitud de Ángeles que la acompañasen, eligiendo para esto de todos los coros y muchos de los supremos serafines más inmediatos al trono de la divinidad. Recibióla luego una nube o globo de refulgentísima luz, que la servía de litera preciosa o relicario que movían los mismos serafines. No pueden caber en humano pensamiento y en vida mortal la hermosura y resplandores exteriores con que esta divina Reina venía, y es cierto que ninguna criatura viviente la pudiera ver o mirar naturalmente sin perder la vida. Y por esto fue necesario que el Altísimo encubriera su refulgencia a los que la miraban, hasta que se fuesen templando las luces y rayos que despedía. A sólo el Evangelista San Juan se le concedió que viese a la divina Reina en la fuerza y abundancia que la redundó de la gloria que había gozado. Bien se deja entender la hermosura y gran belleza de esta magnífica Reina y Señora de los cielos, bajando del trono de la Beatísima Trinidad, pues a San Moisés Legislador y Profeta le resultaron en su cara tantos resplandores de haber hablado con Dios en el monte Sinaí (Ex 34, 29), donde recibió la ley, que los israelitas no los podían sufrir ni mirarle al rostro (2 Cor 3, 13); y no sabemos que el profeta viese claramente la divinidad y, cuando la viera, es muy cierto que no llegara esta visión a lo mínimo de la que tuvo la Madre del mismo Dios.

4. Llegó al cenáculo de Jerusalén la gran Señora, como sustituta de su Hijo santísimo en la nueva Iglesia evangélica. Y en los dones de la gracia que le dieron para este ministerio venía tan próspera y abundante, que fue admiración nueva para los Ángeles y como asombro de los Santos, porque era una estampa viva de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Bajó de la nube de luz en que venía y sin ser vista de los que asistían en el cenáculo se quedó en su ser natural, en cuanto no estar más de en aquel lugar. Y al punto la Maestra de la santa humildad se postró en tierra y pegándose con el polvo dijo: Dios altísimo y Señor mío, aquí está este vil gusanillo de la tierra, reconociendo que fui formada de ella, pasando del no ser al ser que tengo por Vuestra liberalísima clemencia. Reconozco también, oh altísimo Padre, que Vuestra dignación inefable me levantó del polvo, sin merecerlo yo, a la dignidad de Madre de Vuestro Unigénito. De todo mi corazón alabo y engrandezco Vuestra bondad inmensa, porque así me habéis favorecido. Y en agradecimiento de tantos beneficios, me ofrezco a vivir y trabajar de nuevo en esta vida mortal todo lo que Vuestra voluntad santa ordenare. Sacrificome por vuestra fiel sierva y de los hijos de la Iglesia Santa, y a todos los presento ante Vuestra inmensa caridad y pido que los miréis como Dios y Padre clementísimo, y de lo íntimo de mi corazón Os lo suplico. Por ellos ofrezco en sacrificio el carecer de Vuestra gloria y descanso para servirlos y el haber elegido con entera voluntad padecer, dejando de gozaros, privándome de Vuestra clara vista por ejercitarme en lo que es tan de Vuestro agrado.

5. Despidiéronse de la Reina los Santos Ángeles que habían venido a acompañarla desde el cielo, para volverse a él, dando a la tierra nuevos parabienes de que dejaban en ella por moradora a su gran Reina y Señora. Y advierto que, escribiendo yo esto, me dijeron los santos

príncipes que por qué no usaba más en esta Historia de llamar a **María santísima Reina y Señora de los Ángeles**, que no me descuidase en hacerlo en lo que restaba por el gran gozo que en esto reciben. Y por obedecerlos y darles gusto la nombraré con este título muchas veces de aquí adelante. Y volviendo a la Historia, es de advertir que los tres días primeros que estuvo la divina Madre en el cenáculo después de haber bajado del cielo, los pasó muy abstraída de todo lo terreno, gozando de la redundancia del júbilo y admirables efectos de la gloria que en los otros tres había recibido en el cielo. De este oculto sacramento sólo el Evangelista San Juan tuvo noticia entonces entre todos los mortales, porque en una visión se le manifestó cómo la gran Reina del cielo había subido a él con su Hijo santísimo y la vio descender con la gloria y gracias que volvió al mundo para enriquecer la Iglesia. Con la admiración de tan nuevo misterio estuvo San Juan Evangelista dos días como suspendido y fuera de sí, y sabiendo que ya su santísima Madre había descendido de las alturas, deseaba hablarla y no se atrevía.

6. Entre los fervores del amor y el encogimiento de la humildad estuvo el amado Apóstol batallando consigo casi un día. Y vencido del afecto de hijo, se resolvió a ponerse en presencia de su divina Madre en el cenáculo y, cuando iba, se detuvo y dijo: **¿Cómo me atreveré a lo que me pide el deseo, sin saber primero la voluntad del Altísimo y la de mi Señora? Pero mi Redentor y Maestro me la dio por madre y me favoreció y obligó a mí con título de hijo; pues mi oficio es servirla y asistirle, y no ignora Su Alteza mi deseo y no le despreciará; piadosa y suave es y me perdonará; quiero postrarme a sus pies.—** Con esto se determinó San Juan Evangelista y pasó a donde estaba la divina Reina en oración con los demás fieles. Y al punto que levantó los ojos a mirarla, cayó en tierra postrado, con los efectos semejantes a los que él

mismo y los dos Apóstoles sintieron en el Tabor cuando a su vista se transfiguró el Señor, porque eran muy semejantes a los resplandores de nuestro Salvador Jesús los que percibió San Juan Evangelista en el rostro de su Madre santísima. Y como le duraban aún las especies de la visión en que la vio descender del cielo fue con mayor fuerza oprimida su natural flaqueza y cayó en tierra. Con la admiración y gozo que sintió estuvo así postrado casi una hora, sin poderse levantar. Adoró profundamente a la Madre de su mismo Criador. Y no pudieron extrañar esto los demás Apóstoles y discípulos que asistían en el cenáculo, porque a imitación de su divino Maestro y con el ejemplar y enseñanza de María santísima, en el tiempo que estuvieron los fieles aguardando al Espíritu Santo muchos ratos de la oración que tenían era en cruz y postrados.

7. Estando así postrado el humilde y santo Apóstol, llegó la piadosa Madre y le levantó del suelo, y manifestándose con el semblante más natural se le puso ella de rodillas y le habló y dijo: Señor, hijo mío, ya sabéis que vuestra obediencia me ha de gobernar en todas mis acciones, porque estáis en lugar de mi Hijo santísimo y mi Maestro para ordenarme todo lo que debo hacer, y de nuevo quiero pedirlos que cuidéis de hacerlo por el consuelo que tengo de obedecer.—Oyendo el santo Apóstol estas razones, se confundió y admiró sobre lo que en la gran Señora había visto y conocido y se volvió a postrar en su presencia, ofreciéndose por esclavo suyo y suplicándola que ella le mandase y gobernase en todo Y en esta porfía perseveró San Juan Evangelista algún rato, hasta que vencido de la humildad de nuestra Reina, se sujetó a su voluntad y quedó determinado a obedecerla en mandarla, como ella lo deseaba; porque éste era para él el mayor acierto, y para nosotros raro y poderoso ejemplo con que se reprende nuestra soberbia y nos enseña a quebrantarla. Y si confesamos que somos hijos y

devotos de esta divina Madre y Maestra de humildad, debido y justo es imitarla y seguirla. Quedáronle al Evangelista tan impresas en el entendimiento y potencias interiores las especies del estado en que vio a la gran Reina de los Ángeles, que por toda su vida le duró aquella imagen en su interior. Y en esta ocasión, cuando la vio descender del cielo, exclamó con grande admiración, y las inteligencias que de ella tuvo las declaró después el Santo Evangelista en el Apocalipsis, en particular en el capítulo 21, como diré en el siguiente.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora de los ángeles.

8. Hija mía, habiéndote repetido tantas veces hasta ahora que te despidas de todo lo visible y terreno y mueras a ti misma y a la participación de hija de Adán, como te he amonestado y enseñado en la doctrina que has escrito en la primera y segunda parte de mi vida, ahora te llamo con nuevo afecto de amorosa y piadosa madre, y te convido de parte de mi Hijo santísimo, de la mía y de sus Ángeles, que también te aman mucho, para que olvidada de todo lo demás que tiene ser te levantes a otra nueva vida más alta y celestial, inmediata a la eterna felicidad. Quiero que te alejes del todo de Babilonia y de tus enemigos y sus falsas vanidades con que te persiguen, y te avvicines a la Ciudad Santa de la celestial Jerusalén y vivas en sus atrios, donde te ocupes toda en mi verdadera y perfecta imitación, y por ella con la divina gracia llegues a la íntima unión de mi Señor y tu divino y fidelísimo Esposo. Oye, pues, carísima, mi voz con alegre devoción y prontitud de ánimo. Sigúeme fervorosa, renovando tu vida con el dechado que escribes de la mía, y atiende a lo que yo hice después que volví al mundo de la diestra de mi Hijo santísimo. Medita y penetra con todo cuidado mis obras, para que, según la gracia que recibieres, vayas copiando en tu alma lo que entendieres

y escribieres. No te faltará el favor divino, porque el Altísimo no quiere negarle nada a quien de su parte hace lo que puede y para lo que es de su agrado y beneplácito, si tu negligencia no lo desmerece. Prepara tu corazón y dilata sus espacios, fervoriza tu voluntad, purifica tu entendimiento y despeja tus potencias de toda imagen y especie de criaturas visibles, para que ninguna te embarace, ni obligue a cometer ni una leve culpa o imperfección, y el Altísimo pueda depositar en ti su oculta sabiduría, y tú estés preparada y pronta para obrar con ella todo lo más agradable a nuestros ojos, que te enseñaremos.

9. Tu vida desde hoy ha de ser como quien la recibe resucitada después de haber muerto a la que tuvo primero. Y como el que recibe este beneficio suele volver a la vida renovado y casi peregrino y extraño en todo lo que antes amaba, mudando los deseos y reformadas y extinguidas las calidades que antes había tenido y en todo procede diferente, a este modo y con mayor alteza quiero que tú, hija mía, seas renovada, porque has de vivir como si de nuevo participaras los dotes del alma en la forma que te es posible con el poder divino que obrará en ti. Pero es necesario para estos efectos tan divinos que tú te ayudes y prepares todo el corazón, quedando libre y como una tabla muy rasa, donde el Altísimo con su dedo escriba y dibuje como en cera blanda y sin resistencia imprima el sello de mis virtudes. Quiere Su Majestad que seas instrumento en su poderosa mano para obrar su voluntad santa y perfecta, y el instrumento no resiste a la del artífice, y si tiene voluntad usa de ella sólo para dejarse mover. Ea pues, carísima, ven, ven a donde yo te llamo y advierte que si en el sumo bien es natural comunicarse y favorecer a sus criaturas en todos tiempos, pero en el siglo presente quiere este Señor y Padre de las misericordias manifestar más su liberal clemencia con los mortales, porque se les acaba el

tiempo y son pocos los que se quieren disponer para recibir los dones de su poderosa diestra. No pierdas tú tan oportuna ocasión, sígueme y corre tras mis pisadas y no contristes al Espíritu Santo en detenerte, cuando te convida a tanta dicha con maternal amor y tan alta y perfecta doctrina.

CAPITULO 2

Que el Evangelista San Juan en el capítulo 21 del Apocalipsis habla a la letra de la visión que tuvo, cuando vio descender del cielo a María santísima Señora nuestra.

10. Al oficio y dignidad tan excelente de hijo de María santísima, que dio nuestro Salvador Jesús en la cruz al Apóstol San Juan Evangelista, como señalado por objeto de su divino amor, era consiguiente que fuera secretario de los inefables sacramentos y misterios de la gran Reina que a otros eran más ocultos. Y para esto le fueron revelados muchos que antes habían precedido en ella y le hicieron como testigo ocular del secreto misterioso que sucedió el día de la Ascensión del Señor a los cielos, concediéndole a esta águila sagrada que viese subir al sol Cristo nuestro bien con luz doblada siete veces, como dice San Isaías Profeta Mayor (Is 30, 26), y a la luna con luz como del sol, por la similitud que con él tenía. Viola el felicísimo Evangelista subir y estar a la diestra de su Hijo, y viola también descender, como queda dicho (Cf. supra n. 5), con nueva admiración, porque vio y conoció la mudanza y renovación con que bajaba al mundo, después de la inefable gloria que en el cielo había recibido con tan nuevos influjos de la divinidad y participación de sus atributos. Ya nuestro Salvador Jesús había prometido a los Apóstoles que antes de subir al cielo dispondría con su Madre santísima que estuviese con ellos en la Iglesia para su consuelo y enseñanza, como se dijo en el fin de la

segunda parte (Cf. supra p. II n. 1505). Pero el Apóstol San Juan, con el gozo y admiración de ver a la gran Reina a la diestra de Cristo nuestro Salvador, se olvidó por algún rato de aquella promesa y absorto con tan impensada novedad llegó a temer o recelarse si la divina Madre se quedaría allá en la gloria que gozaba. Y en esta duda padeció San Juan Apóstol y Evangelista entre el júbilo que sentía otros amorosos deliquios que le afligieron mucho, hasta que renovó la memoria de las promesas de su Maestro y Señor y vio de nuevo que su Madre santísima descendía a la tierra.

11. Los misterios de esta visión quedaron impresos en la memoria de San Juan Evangelista y jamás los olvidó, ni los demás que le fueron revelados de la gran Reina de los Ángeles, y con ardentísimo deseo quería el sagrado evangelista dejar noticia de ellos en la Santa Iglesia. Pero la humildad prudentísima de María Señora nuestra le detuvo para que mientras ella vivía no los manifestase, antes los guardase ocultos en su pecho para cuando el Altísimo ordenase otra cosa, porque no convenía hacerlos antes manifiestos y notorios al mundo. Obedeció el Apóstol a la voluntad de la divina Madre. Y cuando fue tiempo y disposición divina que antes de morir el Evangelista enriqueciera a la Iglesia con el tesoro de estos ocultos sacramentos, fue orden del Espíritu Santo que los escribiese en metáforas y enigmas tan difíciles de entender, como la Iglesia lo confiesa. Y fue así conveniente que no quedasen patentes a todos, sino cerrados y sellados como las perlas en el nácar o en la concha y el oro en los escondidos minerales de la tierra, para que con nueva luz y diligencia los sacase la Santa Iglesia cuando tuviese necesidad y en el ínterin estuviesen como en depósito en la oscuridad de las Sagradas Escrituras que los doctores santos confiesan, en especial el libro del Apocalipsis.

12. De la providencia que tuvo el Altísimo en ocultar la grandeza de su Madre santísima en la primitiva Iglesia he hablado algo en el discurso de esta divina Historia (Cf. supra p. II n. 413) y no me excuso de renovar aquí esta advertencia por la admiración que causarán de nuevo a quien los fuere ahora conociendo. Y para vencer la duda, si alguno la tuviere, ayudará mucho considerar lo que varios santos y doctores advierten, que ocultó Dios a los judíos el cuerpo y sepultura de San Moisés, Legislador y Profeta, (Dt 34, 6) por excusar que aquel pueblo, tan pronto en idolatrías, no errase con ella dando adoración al cuerpo del profeta que tanto había estimado o que le venerase con algún culto supersticioso y vano. Y por la misma razón dicen que cuando San Moisés escribió la creación del mundo y de todas sus criaturas, aunque los Ángeles eran la parte más noble de ellas, no declaró su creación el profeta con palabras propias, antes la encerró en aquellas que dijo: *Crió Dios la luz (Gen 1, 3)*; dejando lugar para que por ellas se pudiera entender la luz material que alumbraba a este mundo visible, significando también en oculta metáfora aquellas luces sustanciales y espirituales que son los Santos Ángeles, de quien no convenía dejar entonces más clara noticia.

13. Y si al pueblo hebreo se le pegó el contagio de la idolatría con la comunicación y vecindad de la gentilidad, tan inclinada y ciega en dar divinidad a todas las criaturas que les parecían grandes, poderosas o superiores en alguna potencia, mucho mayor peligro tuvieron los mismos gentiles de este error si, cuando se les comenzaba a predicar el Evangelio y la fe de Cristo nuestro Salvador, se les propusiera juntamente la excelencia de su Madre santísima. Y en prueba de esta verdad basta el testimonio de San Dionisio Areopagita, [Día 9 de octubre: *Lutétiae Parisiorum natalis sanctorum Martyrum Dionysii Areopagitae Episcopi, Rustici Presbyteri, et Eleutherii Diaconi. Ex his Dionysius, ab*

Apóstolo Paulo baptizátus, primus Atheniénsium Episcopos ordinátus est; deinde Romam venit, atque inde a beato Clemente, Romano Pontífice, in Gállias praedicándi grátia diréctus est, et ad praefátam urbem devénit; ibíque, cum per áliquot annos commíssum sibi opus fidéliter prosecútus esset, tándem, a Praefécto Fescenníno, post gravíssima tormentórum genera, una cum Sóciis, gládio animadvérsus, martyrium complévit.] que con haber sido filósofo tan sabio que conoció entonces al Dios de la naturaleza, con todo esto, cuando ya era católico y llegó a ver y hablar a María santísima, dijo que si la fe no le enseñara que era pura criatura, la tuviera y adorara por Dios. En este peligro incurrieran fácilmente los gentiles más ignorantes y confundieran la divinidad del Redentor, que debían creer, con la grandeza de su Madre purísima, si se les propusiera todo junto, y pensarán que también ella era Dios como su Hijo, pues eran tan semejantes en la santidad. Pero ya este peligro ha cesado, estando tan arraigada la ley y fe del Evangelio en la Iglesia y tan ilustrada con la doctrina de los sagrados doctores y tantas maravillas como Dios ha obrado en esta manifestación del Redentor. Y con tanta luz sabemos que sólo Él es Dios y hombre verdadero, lleno de gracia y de verdad, y que su Madre es pura criatura y sin tener divinidad fue llena de gracia, inmediata a Dios y superior a todo el resto de las criaturas. Y en este siglo tan ilustrado con las verdades divinas sabe el Señor cuándo y cómo conviene dilatar la gloria de su Madre santísima, manifestando los enigmas y secretos de las Sagradas Escrituras, donde la tiene encerrada.

14. El misterio de que voy hablando, con otros muchos de nuestra gran Reina, escribió el Evangelista en el capítulo 21 del Apocalipsis debajo de metáforas, en particular llamando a María santísima Ciudad Santa de Jerusalén y describiéndola con las condiciones que por

todo aquel capítulo prosigue. Y aunque en la primera parte le declaré por más extenso en tres capítulos que le dividí ajustándole, como se me dio a entender, al misterio de la Inmaculada Concepción de la beatísima Madre, ahora es fuerza explicarle del misterio de bajar la Reina de los Ángeles del cielo a la tierra después de la ascensión de su Hijo santísimo. Y no se entiende por esto que haya alguna contradicción y repugnancia en estas explicaciones, porque entrambas caben en la letra del texto sagrado, pues no hay duda que la divina sabiduría pudo en unas mismas palabras comprender ajustadamente muchos misterios y sacramentos, y en una palabra que habla podemos entender dos cosas, como dice Santo Rey y Profeta David (Sal 61, 12), que las entendió sin equivocación ni repugnancia. Y ésta es una de las causas de la dificultad de la Sagrada Escritura, y necesaria para que la oscuridad la hiciese más fecunda y estimable y llegasen los fieles a tratarla con mayor humildad, atención y reverencia. Y el estar tan llena de sacramentos y metáforas fue porque en este estilo y palabras se pueden significar mejor muchos misterios sin violencia de los términos más propios.

15. Esto se entenderá mejor en el misterio de que hablamos, porque el Evangelista dice (Ap 21, 2) que vio *descender del cielo la Ciudad Santa de Jerusalén nueva y adornada*, etc. Y no hay duda que la metáfora de ciudad le conviene con verdad a María santísima y que descendió del cielo ahora, después de haber subido a él con su Hijo benditísimo, y antes, en la Concepción Inmaculada, en que descendió de la mente divina, donde como tierra nueva y cielo nuevo estuvo formada, y se declaró en la primera parte. Y el Evangelista entendió entrambos estos sacramentos cuando la vio descender corporalmente en la ocasión de que hablamos y los encerró en aquel capítulo. Y así es necesario ahora explicarle a este intento, aunque se repita de nuevo la

letra del sagrado texto, pero será con más brevedad, por lo que ya queda dicho en la primera explicación. Y en ésta hablaré en nombre del Evangelista para ceñirme más en ella.

16. *Y vi*—dice San Juan Evangelista— *un cielo nuevo y tierra nueva, porque se fue el primer cielo y primera tierra y no hay mar* (Ap 21, 1). Cielo nuevo y tierra nueva llamó a la humanidad santísima del Verbo Encarnado y a la de su divina Madre, cielo por la habitación y nuevo por la renovación. En Cristo Jesús nuestro Salvador habita la divinidad en unidad de persona, por sustancial unión indisoluble. En María por singular modo de gracia después de Cristo. Y estos cielos son ya nuevos, porque la humanidad pasible, que llagada y muerta estuvo en el sepulcro, la vio levantada y colocada a la diestra de su Eterno Padre, coronada de la gloria y dotes que mereció con su vida y muerte. Y vio también a la Madre que le dio este ser pasible y cooperó a la Redención del linaje humano asentada a la diestra de su Hijo y absorta en el océano de la divina luz inaccesible, participando la gloria de su Hijo como Madre y que la mereció de justicia por sus obras de inefable caridad. Llamó también cielo nuevo y tierra nueva a la patria de los vivientes, renovada con la lucerna del Cordero, con los despojos de sus triunfos y con la presencia de su Madre, que como reyes verdaderos habían tomado la posesión del reino, que será eterno. Renováronle con su vista y nuevo gozo que han comunicado a sus antiguos moradores y con los nuevos hijos de Adán que a él han traído para poblarle como ciudadanos y vecinos que jamás le pierdan. Con esta novedad se fue ya el primer cielo y la primera tierra, no sólo porque el cielo de la humanidad santísima de Cristo y el de María, donde vivió como en primer cielo, se fueron a las eternas moradas, llevando a ellas la tierra del ser humano, sino también porque a este antiguo cielo y tierra pasaron los hombres del ser pasible al estado de

la impasibilidad. Fuéronse los rigores de la justicia y llegó el descanso. Pasó el invierno de los trabajos (Cant 2, 11) y vino el verano de la alegría y gozo eterno. Fuese asimismo la primera tierra y cielo de todos los mortales porque, entrando Cristo nuestro bien con su Madre santísima en la celestial Jerusalén, se rompieron los candados y cerraduras que por cinco mil doscientos y treinta y tres años habían tenido, para que ninguno entrase en ella y todos los mortales quedasen en la tierra, si no se satisfacía primero la divina justicia de la ofensa por las culpas.

17. Y singularmente María santísima fue nuevo cielo y nueva tierra, ascendiendo con su Hijo y Salvador Jesús y tomando la posesión de su diestra en la gloria de alma y cuerpo, sin haber pasado por la común muerte de todos los hijos de los hombres. Y aunque antes en la tierra de su condición humana era cielo, donde por especialísimo modo vivió la divinidad, pero en esta gran Señora se fueron este primer cielo y tierra y pasó por orden admirable a ser nuevo cielo y nueva tierra, en que habitase Dios por suma gloria entre todas las criaturas. Y con esta novedad, en esta nueva tierra en que habitaba Dios no hubo mar, porque para ella se acabaran las amarguras y tormentas de los trabajos si admitiera el quedarse desde entonces en aquel estado felicísimo. Y para los demás que en alma y cuerpo o sólo en alma quedaron en la gloria, tampoco hubo mar de borrascas y peligros como le había en la primera tierra de la mortalidad.

18. *Y yo San Juan* —prosigue el Evangelista— *vi a la ciudad santa nueva Jerusalén, que descendía del cielo y de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo Ap 21, 2).* Yo indigno apóstol de Jesucristo soy a quien se le manifestó tan oculto sacramento, para que diese noticia al mundo, y vi a la Madre del Verbo

humanado, verdadera ciudad mística de Jerusalén, visión de paz, que descendía del trono del mismo Dios a la tierra, como vestida de la misma divinidad y adornada con una nueva participación de sus atributos, de sabiduría, omnipotencia, santidad, inmutabilidad, amabilidad y similitud con su Hijo en el proceder y obrar. Venía como instrumento de la omnipotente diestra, como vicediós por nueva participación. Y aunque venía a la tierra para trabajar en ella en beneficio de los fieles, privándose para esto voluntariamente del gozo que tenía con la visión beatífica, determinó el Altísimo enviarla preparada y guarnecida con todo el poder de su brazo y recompensarle el estado y visión que por aquel tiempo dejaba con otra vista y participación de su divinidad incomprendible, compatible con el estado de viadora, pero tan divino y levantado que excediese a todo humano y angélico entendimiento. Para esto la adornó de su mano con los dones a que la pudo extender y la dejó preparada como esposa para su esposo el Verbo humanado, de tal manera que ni pudiese desear en ella gracia alguna ni excelencia que le faltase, ni por estar ausente de su diestra dejase este esposo de estar en ella y con ella como en su cielo y trono proporcionado. Y como la esponja recibe y embebe en sí misma el licor que participa, llenando de él todos sus vacíos, así también —a nuestro modo de entender— quedó llena esta gran Señora de la influencia y comunicación de la divinidad.

19. Prosigue el texto: *Y del trono oí una gran voz que decía: Mira al tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y serán pueblo suyo, y él será su Dios (Ap 21, 3)*. Esta voz, que salió del trono, llevó toda mi atención con divinos efectos de suavidad y gozo. Y entendí cómo antes de morir la gran Señora recibía la posesión del premio merecido por singular favor y prerrogativa debida a sola ella entre los mortales. Y aunque ninguno de los que llegan a poseer el que les

toca tiene autoridad para volver a la vida ni se les deja en su mano, pero a esta única Esposa se le concedió esta gracia para engrandecer sus glorias; pues habiendo llegado a poseerlas y hallándose reconocida y aclamada de los cortesanos del cielo por su legítima Reina y Señora, descendió por su voluntad a la tierra para ser sierva de sus mismos vasallos y criarlos y gobernarlos como hijos. Por esta caridad sin medida mereció de nuevo que todos los mortales fuesen pueblo suyo y se le diese nueva posesión de la Iglesia militante donde volvía a ser habitadora y gobernadora; y mereciera también que Dios esté con ellos y sea Dios misericordioso y propicio con los hombres, porque en su pecho estuvo sacramentado todo el tiempo que este sagrario de María purísima vivió en la Iglesia después que descendió del cielo. Y para estar en ella, cuando no hubiera otra razón, se quedara su mismo Hijo Sacramentado en el mundo, y por sus méritos y peticiones estaba con los hombres por gracia y nuevos beneficios, y por esto añade y dice:

20. *Y enjugará las lágrimas de sus ojos y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor* (Ap 21, 4). Porque esta gran Señora viene por Madre de la gracia, de la misericordia, del gozo y de la vida, ella es quien llena al mundo de alegría, quien enjuga las lágrimas que introdujo el pecado que comenzó de nuestra madre Eva. Es la que convirtió el luto en regocijo, el llanto en nuevo júbilo, los clamores en alabanza y gloria, y la muerte del pecado en vida, y para quien la buscare en ella. Ya se acabó la muerte del pecado y los clamores de los réprobos y su dolor irreparable, porque si antes se acogieran los pecadores a este sagrado en él hallaran perdón, misericordia y consuelo. Y los primeros siglos, donde faltaba María Reina de los Ángeles, ya se fueron y pasaron con dolor, y los clamores de los que la desearon y no la vieron, como ahora la tienen y la posee el mundo para su remedio y amparo y detener la justicia divina

para solicitar misericordia a los pecadores.

21. *Y el que estaba en el trono dijo: Atiende que hago nuevas todas las cosas (Ap 21, 5).* Esta fue voz del Eterno Padre que me dio a conocer cómo todo lo hacía nuevo: Iglesia nueva, ley nueva, sacramentos nuevos. Y habiendo hecho tan nuevos favores a los hombres como darles a su Hijo unigénito, les hacía otro singularísimo de enviarles a la Madre, tan renovada y nueva con admirables dones y potestad de distribuir los tesoros de la redención que su Hijo puso en sus manos, para que los derramase en los hombres con su prudentísima voluntad. Para esto la envió a la Iglesia desde su real trono, renovada con la imagen de su Unigénito, sellada con los atributos de la divinidad, como un trasunto copiado de aquel original, cuanto en pura criatura era posible, para que de ella se copiase la santidad de la nueva Iglesia evangélica.

22. *Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fidelísimas y verdaderas. Y me dijo también: ya está hecho. Yo soy el principio y el fin; y daré al sediento que beba de balde de la fuente de la vida. El que venciere poseerá estas cosas, y será Dios para él, y será él hijo para mí (Ap 21, 5-7).* Mandóme escribir este misterio el mismo Señor desde su trono, para que testificase la fidelidad y verdad de sus palabras y obras admirables con María santísima, en cuya grandeza y gloria empeñó su omnipotencia. Y porque estos sacramentos eran tan ocultos y levantados, los escribí en cifra y en enigma hasta su lugar, y tiempo señalado, que por el mismo Señor se manifestasen al mundo y se entendiese que ya estaba hecho todo lo posible que convenía para remedio y salvación de los mortales. Y con decir que estaba hecho, les hacía cargo de haber enviado a su Unigénito para redimirlos con su pasión y muerte, enseñarlos con su vida y doctrina, y a su Madre enriquecida para socorro y amparo de la Iglesia, y al Espíritu Santo, para que la

prosperase, ilustrase, confirmase y fortaleciese con sus dones, como se lo había prometido. Y porque no tuvo más que darnos el Eterno Padre dijo: ya está hecho. Como si dijera: Todo lo posible a mi omnipotencia y conveniente a mi equidad y bondad, como principio y fin que soy de todo lo que tiene ser. Como principio, se le doy a todas las cosas con la omnipotencia de mi voluntad, y como fin las recibo, ordenando con mi sabiduría los medios por donde lleguen a conseguir este fin. Los medios se reducen a mi Hijo santísimo y a su Madre, mi dilecta y única entre los hijos de Adán. En ellos están las aguas puras y vivas de la gracia, para que como de su fuente, origen y manantial beban todos los mortales que sedientos de su salud eterna llegaren a buscarlas. Y para ellos se darán de balde; porque no las pueden merecer, aunque se las mereció, y con su misma vida, mi Hijo humanado, y su dichosa Madre se las granjea y merece a los que a ella acuden. Y el que venciere a sí mismo, al mundo y al demonio, que pretenden impedirle estas aguas de vida eterna, para ese vencedor seré yo Dios liberal, amoroso y omnipotente, y él poseerá todos mis bienes y lo que por medio de mi Hijo y de su Madre le tengo preparado, porque le adoptaré por hijo y heredero de mi eterna gloria.

23. Pero a los tímidos, incrédulos, odiosos, homicidas, fornicarios, maléficos, idólatras y a todos los mentirosos, su parte para éstos será en el estanque de fuego y ardiente azufre, que es la muerte segunda (Ap 21, 8). Para todos los hijos de Adán di a mi Unigénito por Maestro, Redentor y Hermano, y a su Madre por amparo, medianera y abogada conmigo poderosa, y como tal la vuelvo al mundo, para que todos entiendan que quiero se valgan de su protección. Pero a los que no vencieren al temor de su carne en padecer o no creyeren mis testimonios y maravillas obradas en beneficio suyo y testificadas en mis Escrituras, a los que habiéndolas

creído se entregaren a las inmundicias torpes de los deleites carnales, a los hechiceros, idólatras, que desamparan mi verdadero poder y divinidad y siguen al demonio, todos los que obran la mentira y la maldad, no les aguarda otra herencia más de la que ellos mismos eligieron para sí. **Esta es el formidable fuego del infierno, que como estanque de azufre arde sin claridad con abominable olor, donde para todos los réprobos hay diversidad de penas y tormentos correspondientes a las abominaciones que cada uno cometió, aunque todas convienen en ser eternas y privar de la visión divina que beatifica a los santos.** Y ésta será la segunda muerte sin remedio, porque no se aprovecharon del que tenía la primera muerte del pecado, que por la virtud de su Reparador y de su Madre pudieron restaurar con la vida de la gracia. Y prosiguiendo la visión, dice el Evangelista:

24. *Y vino uno de los siete Ángeles, que tenían siete copas llenas de siete novísimos castigos, y me dijo: Ven y te mostraré la Esposa, que es mujer del Cordero (Ap 21, 9).* Conocí que este Ángel y los demás eran de los supremos y cercanos al trono de la Beatísima Trinidad, y que se les había dado especial potestad para castigar la osadía de los hombres que cometiesen los pecados referidos, después de publicado al mundo el misterio de la Redención, vida, doctrina y muerte de nuestro Salvador, y la excelencia y potestad que tiene su Madre santísima para remediar a los pecadores que la llaman de todo corazón. Y porque con la sucesión de los tiempos se manifestarían más estos sacramentos con los milagros y luz que recibiría el mundo y con los ejemplos y vidas de los Santos, y en particular de los varones apostólicos fundadores de las religiones, y tanto número de Mártires y Confesores, por esto **los pecados de los hombres en los últimos siglos serán más graves y detestables,** y sobre tantos beneficios la ingratitud será más pesada y digna de mayores castigos, y consiguientemente merecerían

mayor indignación de la digna ira y justicia divina. Así en los tiempos futuros —que son los presentes para nosotros— castigaría Dios con rigor a los hombres con plagas novísimas, porque serían las últimas, acercándose cada día al juicio final. Véase en la primera parte el número 266.

25. *Y levantóme en espíritu el ángel a un grande y alto monte y mostróme a la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo desde, el mismo Dios (Ap 21, 10).* Fui levantado con la fuerza del poder divino a un monte alto de suprema inteligencia y luz de ocultos sacramentos, y con el espíritu ilustrado vi a la esposa del Cordero, que era su mujer, como a ciudad santa de Jerusalén; esposa del Cordero, por la similitud y amor recíproco del que quitó los pecados del mundo, y mujer, porque le acompañó inseparablemente en todas sus obras y maravillas y por ella salió del seno de su Eterno Padre para tener sus delicias con los hijos de los hombres, por hermanos de esta Esposa, y por ella también hermanos suyos del mismo Verbo humanado. Vila como ciudad de Jerusalén, que encerró en sí y dio espaciosa habitación al que no cabe ni en los cielos ni en la tierra, y porque en esta ciudad puso el templo y propiciatorio donde quiso ser buscado y obligado para mostrarse propicio y liberal con los hombres. Y vila como ciudad de Jerusalén, porque en su interior vi encerradas todas las perfecciones de la Jerusalén triunfante, y el adecuado fruto de la redención humana todo se contenía en ella. Y aunque en la tierra se humillaba a todos y se postraba a nuestros pies, como si fuera la menor de las criaturas, la vi en las alturas levantada al trono y diestra de su Unigénito, de donde descendía a la Iglesia, próspera y abundante, para favorecer a los hijos y fieles de ella.

CAPITULO 3

Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo 21 del Apocalipsis.

26. Esta ciudad santa de Jerusalén, María Señora nuestra —dice el Evangelista—, *tenía la claridad de Dios, y su resplandor era semejante a una piedra preciosa de jaspe como cristal (Ap 21, 11)*. Desde el punto que tuvo ser María santísima, fue su alma llena y como bañada de una nueva participación de la divinidad, nunca vista ni concedida a otra criatura, porque ella sola era la clarísima aurora que participaba de los mismos resplandores del sol Cristo, hombre y Dios verdadero, que de ella había de nacer. Y esta divina luz y claridad fue creciendo hasta llegar al supremo estado que tuvo, asentada a la diestra de su Hijo unigénito en el mismo trono de la Beatísima Trinidad y vestida de variedad de todos los dones, gracias, virtudes, méritos y gloria, sobre todas las criaturas. Y cuando la vi en aquel lugar y luz inaccesible, me pareció no tenía otra claridad más que la del mismo Dios, que en su inmutable ser estaba como en fuente y en su origen y en ella estaba participado, y por medio de la humanidad de su Hijo unigénito resultaba una misma luz y claridad en la Madre y en el Hijo y en cada uno con su grado, pero en sustancia parecía una misma y que no se hallaba en otro de los bienaventurados ni en todos juntos. Y por la variedad parecía al jaspe, por lo estimable era preciosa y por la hermosura de alma y cuerpo era como cristal penetrado y bañado y sustanciado con la misma claridad y luz.

27. *Y tenía la ciudad un grande y alto muro con doce puertas y en ellas doce ángeles, escritos los nombres de los doce tribus de Israel: tres puertas al Oriente, tres al Aquilón, tres al Austro y tres al Occidente (Ap 21, 12-13)*. El muro que defendía y encerraba esta ciudad santa de María santísima era tan alto y grande, cuanto lo es el mismo Dios y su omnipotencia infinita y todos sus

atributos, porque todo el poder y grandeza divina y su sabiduría inmensa se emplearon en guarnecer a esta gran Señora, en asegurarla y defenderla de los enemigos que la pudieran asaltar. Y esta invencible defensa se dobló cuando descendió al mundo para vivir en él sola, sin la asistencia visible de su Hijo santísimo, y para asentar la nueva Iglesia del Evangelio, que para esto tuvo todo el poder de Dios por nuevo modo a su voluntad contra los enemigos de la misma Iglesia visibles e invisibles. Y porque después que fundó el Altísimo esta ciudad de María franqueó liberalmente sus tesoros y por ella quiso llamar a todos los mortales al conocimiento de sí mismo y a la eterna felicidad sin excepción de gentiles, judíos, ni bárbaros, sin diferencia de naciones y de estados, por eso edificó esta ciudad santa con doce puertas a todas las cuatro partes del mundo sin diferencia. Y en ellas puso los doce Ángeles que llamasen y convidasen a todos los hijos de Adán, y en especial despertasen a todos a la devoción y piedad de su Reina; y los nombres de los doce tribus en estas puertas, para que ninguno se tenga por excluido del refugio y sagrado de esta Jerusalén divina y todos entiendan que María santísima tiene escritos sus nombres en el pecho y en los mismos favores que recibió del Altísimo para ser Madre de clemencia y misericordia y no de la justicia.

28. *El muro de esta ciudad tenía doce fundamentos y en ellos estaban los nombres de los doce Apóstoles del Cordero (Ap 21, 14).* Cuando nuestra gran Madre y Maestra estuvo a la diestra de su Hijo y Dios verdadero en el trono de su gloria y se ofreció a volver al mundo para plantar la Iglesia, entonces el mismo Señor la encargó singularmente el cuidado de los Apóstoles y grabó sus nombres en el inflamado y candidísimo corazón de esta divina Maestra y en él se hallaran escritos si fuera posible que le viéramos. Y aunque entonces éramos solos once los Apóstoles, vino escrito en lugar de Judas

Iscariotes san Matías, tocándole esta suerte de antemano. Y porque del amor y sabiduría de esta Señora salió la doctrina, la enseñanza, la firmeza y todo el gobierno con que los doce Apóstoles y San Pablo fundamos la Iglesia y la plantamos en el mundo, por esto escribió los nombres de todos en los fundamentos de esta ciudad mística de María santísima, que fue el apoyo y fundamento en que se aseguraron los principios de la Santa Iglesia y de sus fundadores los Apóstoles. Con su doctrina nos enseñó, con su sabiduría nos ilustró, con su caridad nos inflamó, con su paciencia nos toleró, con su mansedumbre nos atraía y con su consejo nos gobernaba, con sus avisos nos prevenía y con su poder divino, de que era dispensadora, nos libraba de los peligros. A todos acudía como a cada uno de nosotros y a cada uno como a todos juntos. Y los Apóstoles tuvimos patentes las doce puertas de esta ciudad santa más que todos los otros hijos de Adán. Y mientras vivió por nuestra Maestra y amparo jamás se olvidó de alguno de nosotros, sino que en todo lugar y tiempo nos tuvo presentes y nosotros tuvimos su defensa y protección, sin faltarnos en alguna necesidad y trabajo. Y de esta grande y poderosa Reina y por ella participamos y recibimos todos los beneficios, gracias y dones que nos comunicó el brazo del Altísimo, para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento (2 Cor 3, 6). Y por todo esto estaban nuestros nombres en los fundamentos del muro de esta ciudad mística, la beatísima María.

29. Y el que hablaba conmigo tenía una medida de oro, como caña para medir la ciudad, sus puertas y su muro. Y la ciudad está puesta en cuadrángulo, con igual longitud y latitud. Y midió la ciudad con la caña de oro, con que tenía doce mil estadios. Y su longitud, latitud y altura eran iguales (Ap 21, 15-16). Para que yo entendiese la magnitud inmensa de esta ciudad santa de Dios, la midió en mi presencia el mismo que me hablaba. Y para

medirla tenía en la mano una vara o caña de oro, que era el símbolo de la humanidad deificada con la persona del Verbo y de sus dones, gracia y merecimientos, en que se encierra la fragilidad del ser humano y terreno y la inmutabilidad preciosa e inestimable del ser divino que realizaba a la humanidad y sus merecimientos. Y aunque esta medida excedía tanto a lo mensurado, pero no se hallaba otra en el cielo ni en la tierra con que medir a María santísima y su grandeza fuera de la de su Hijo y Dios verdadero, porque todas las criaturas humanas y angélicas eran inferiores y desiguales para investigar y medir esta ciudad mística y divina. Pero medida con su Hijo, era proporcionada con él, como Madre digna suya, sin faltarle cosa alguna para esta proporcionada dignidad. Y su grandeza contenía doce mil estadios, con igualdad por todas cuatro superficies de su muro, que cada lienzo contenía doce mil de largo y de alto, con que venía a estar en cuadro y correspondencia muy igual. Tal era la grandeza e inmensidad y correspondencia de los dones y excelencias de esta gran Reina, que si los demás santos lo recibieron con medida de cinco o dos talentos, pero ella de doce mil cada uno, excediéndonos a todos con inmensa magnitud. Y aunque fue medida con esta proporción cuando bajó del no ser al ser en su Inmaculada Concepción, prevenida para Madre del Verbo eterno, pero en esta ocasión que bajó del cielo a plantar la Iglesia fue medida otra vez con la proporción de su Unigénito a la diestra del Padre y se halló con la correspondencia ajustada para tener allí aquel lugar y volver a la Iglesia para hacer el oficio de su mismo Hijo y Reparador del mundo.

30. *Y la fábrica del muro era de piedra de jaspe; pero la ciudad era de oro finísimo, semejante al vidrio puro y limpio. Y sus fundamentos estaban adornados con todo género de piedras preciosas (Ap 21, 18-19).* Las obras y compostura exterior de María santísima, que se

manifestaban a todos como en la ciudad se manifiesta el muro que la rodea, todas eran de tan hermosa variedad y admiración a los que la miraban y comunicaban, que sólo con su ejemplo vencía y atraía los corazones y con su presencia ahuyentaba los demonios y deshacía todas sus fantásticas ilusiones, que por eso el muro de esta ciudad santa era de jaspe. Y con su proceder y obrar en lo exterior hizo nuestra Reina mayores frutos y maravillas en la primitiva Iglesia, que todos los Apóstoles y Santos de aquel siglo. Pero lo interior de esta divina ciudad era finísimo oro de inexplicable caridad, participada de la de su mismo Hijo, y tan inmediata a la del ser infinito que parecía un rayo de ella misma. Y no sólo era esta ciudad de oro levantado en lo precioso, sino también era como vidrio claro, puro y transparente, porque era un espejo inmaculado en que reverberaba la misma divinidad, sin que en ella se conociese otra cosa fuera de esta imagen. Y a más de esto era como una tabla cristalina en que estaba escrita la Ley del Evangelio, para que por ella y en ella se manifestase al mundo todo, y por eso era de vidrio claro y no de piedra oscura (Ex 31, 18) como las de San Moisés para un pueblo solo. Y los fundamentos que se descubrían en el muro de esta gran ciudad todos eran de preciosas piedras, porque la fundó el Altísimo de su mano, como todopoderoso y rico, sin tasa ni medida, sobre lo más precioso, estimable y seguro de sus dones, privilegios y favores, significados en las piedras de mayor virtud, estimación, riqueza y hermosura que se conoce entre las criaturas. Véase en el capítulo 19 de la primera parte, libro primero (Cf. supra p. I n. 285-296).

31. *Y las puertas de la ciudad, cada una era una preciosa margarita. Doce puertas, doce margaritas, y la plaza oro lucidísimo como el vidrio. Y no había templo en ella, porque su templo es el mismo Dios omnipotente y el Cordero (Ap 21, 21-22). El que llegare a esta ciudad santa de María para entrar en ella por fe, esperanza,*

veneración, piedad y devoción, hallará la preciosa margarita que le haga dichoso, rico y próspero en esta vida y en la otra bienaventurado por su intercesión. Y no sentirá horror de entrar en esta ciudad de refugio, porque sus puertas son amables y de codicia, como preciosas y ricas margaritas, para que ninguno de los mortales tenga excusa si no se valiere de María santísima y de su dulcísima piedad con los pecadores, pues nada hubo en ella que dejase de atraerlos a sí y al camino de la eterna vida. Y si las puertas son tan ricas y llenas de hermosura a quien llegase, más lo será el interior que es la plaza de esta admirable ciudad, porque es de finísimo oro y muy lucido, de ardentísimo amor y deseo de admitir a todos, enriquecerlos con los tesoros de la felicidad eterna. Y para esto se manifiesta a todos con su claridad y luz, y ninguno hallará en ella tinieblas de falsedad o engaño. Y porque en esta ciudad santa de María venía el mismo Dios por especial modo y el Cordero, que es su Hijo Sacramentado, que la llenaban y ocupaban, por esto no vi en ella otro templo ni propiciatorio más que al mismo Dios omnipotente y al Cordero. Ni tampoco era necesario que en esta ciudad se hiciera templo para que orase y pidiese con acciones y ceremonias como en los demás, que para sus súplicas van a los templos, porque el mismo Dios y su Hijo eran su templo y estaban atentos y propicios para todas sus peticiones, oraciones y ruegos que por los fieles de la Iglesia ofrecía.

32. *Y no tenía necesidad de luz del sol ni de la luna, porque la claridad de Dios la daba luz y su lucerna es el Cordero (Ap 21, 23).* Después que nuestra Reina volvió al mundo de la diestra de su Hijo santísimo, no fue ilustrado su espíritu con el modo común de los Santos, ni como el que tuvo antes de la Ascensión, sino que, en recompensa de la visión clara y fruición de que carecía para volver a la Iglesia militante, se le concedió otra visión abstractiva

y continua de la divinidad, a que correspondía otra fruición proporcionada. Y con este especial modo participaba del estado de los comprensores, aunque estaba en el de viadora. Y fuera de este beneficio recibió también otro, que su Hijo Santísimo Sacramentado en las especies del pan perseveró siempre en el pecho de María como en su propio sagrario, y no perdía estas especies sacramentales hasta que recibía otras de nuevo. De manera que mientras vivió en el mundo después que descendió del cielo, tuvo consigo siempre a su Hijo santísimo y Dios verdadero sacramentado. Y en sí misma le miraba con una particular visión que se le concedió, para que le viese y tratase, sin buscar fuera de sí misma su real presencia. En su pecho le tenía, para decir con la Esposa: *Asile, y no le soltaré (Cant 3, 4)*. Con estos favores ni pudo haber noche en esta ciudad santa, en que alumbrase la gracia como luna, ni tuvo necesidad de otros rayos del sol de justicia, porque le tenía todo con plenitud y no por partes como los demás santos.

33. *Y caminarán las gentes en su resplandor, y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y su honor (Ap 21, 24)*. Ninguna excusa ni disculpa tendrán los desterrados hijos de Eva, si con la divina luz que María santísima ha dado al mundo no caminaren a la verdadera felicidad. Para que ilustrase su Iglesia, la envió del cielo su Hijo y Redentor en sus primeros principios y la dio a conocer a los primogénitos de la Iglesia Santa. Después de la sucesión de los tiempos ha ido manifestando su grandeza y santidad por medio de las maravillas que esta gran Reina ha obrado en innumerables favores y beneficios que de su mano han recibido los hombres. Y en estos últimos siglos —que son los presentes— dilatará su gloria y la dará a conocer de nuevo con mayor resplandor, por la excesiva necesidad que tendrá la Iglesia de su poderosa intercesión y amparo para vencer al mundo, al demonio y a la carne, que por culpa de los mortales

tomarán mayor imperio y fuerzas, como ahora las tienen para impedirles la gracia y hacerlos más indignos de la gloria. Contra la nueva malicia de Lucifer y sus seguidores quiere oponer el Señor los méritos y peticiones de su Madre purísima y la luz que envía al mundo de su vida y poderosa intercesión, para que sea refugio y sagrado de los pecadores y todos caminen y vayan a él por este camino tan recto y seguro y lleno de resplandor.

34. Y si los reyes y príncipes de la tierra caminasen con esta luz y llevasen su honor y gloria a esta ciudad santa de María y en exaltar su nombre y el de su Hijo santísimo empleasen la grandeza, potestad, riquezas y potencia de sus estados, asegúrense que si con este norte se gobernasen merecerían ser encaminados con el amparo de esta suprema Reina en el ejercicio de sus dignidades y con grande acierto gobernarían sus estados o monarquías. Y para renovar esta confianza en nuestros católicos príncipes, profesores y defensores de la santa fe, les hago manifiesto lo que ahora y en el discurso de esta Historia se me ha dado a entender para que así lo escriba. Esto es, que el supremo Rey de los reyes y Reparador de las monarquías ha dado a María santísima especial título de Patrona, Protectora y Abogada de estos reinos católicos. Y con este singular beneficio determinó el Altísimo prevenir el remedio de las calamidades y trabajos que al pueblo cristiano por sus pecados le habían de sobrevenir y afligir y sucedería en estos siglos presentes como con dolor y lágrimas lo experimentamos. El dragón infernal ha convertido su saña y furor contra la Santa Iglesia, conociendo el descuido de sus cabezas y de los miembros de este cuerpo místico y que todos aman la vanidad y deleite. Y la mayor parte de estas culpas y de su castigo toca a los más católicos, cuyas ofensas, como de hijos, son más pesadas, porque saben la voluntad de su Padre celestial que habita en las alturas y

no la quieren cumplir más que los extraños. Y sabiendo también que el reino de los cielos padece fuerza y se alcanza con violencia (Mt 11, 12), ellos se han entregado al ocio, a las delicias y a contemporizar con el mundo y la carne. Este peligroso engaño del demonio castiga el Justo Juez por mano del mismo demonio, dándole por sus justos juicios licencia para que aflija a la Iglesia Santa y azote con rigor a sus hijos.

35. Pero el Padre de las misericordias que está en los cielos no quiere que las obras de su clemencia sean del todo extinguidas y para conservarlas nos ofrece el remedio oportuno de la protección de María santísima, sus continuos ruegos, intercesión y peticiones, con que la rectitud de la Justicia Divina tuviese algún título y motivo conveniente para suspender el castigo riguroso que merecemos y nos amenaza, si no procuramos granjear la intercesión de esta gran Reina y Señora del cielo, para que desenoje a su Hijo santísimo justamente indignado y nos alcance la enmienda de los pecados, con que provocamos su justicia y nos hacemos indignos de su misericordia. No pierdan la ocasión los príncipes católicos y los moradores de estos reinos cuando María santísima les ofrece los días de la salvación y el tiempo más aceptable de su amparo (2 Cor 6, 2). Lleven a esta Señora su honor y gloria, dándosela toda a su Hijo santísimo y a ella por el beneficio de la fe católica que les ha hecho, conservándola hasta ahora en sus monarquías tan pura, con que han testificado al mundo el amor tan singular que Hijo y Madre santísimos tienen a estos reinos y el que manifiestan en darles este aviso saludable. Procuren, pues, emplear sus fuerzas y grandeza en dilatar la gloria y exaltación del nombre de Cristo por todas las naciones y el de María santísima. Y crean que será medio eficacísimo para obligar al Hijo engrandecer a la Madre con digna reverencia y dilatarla por todo el universo, para que sea venerada y conocida

de todas las naciones.

36. En mayor testimonio y prueba de la clemencia de María santísima, añade el Evangelista: *Que las puertas de esta Jerusalén divina no estaban cerradas ni por el día ni por la noche; para que todas las gentes lleven a ella su gloria y honra (Ap 21, 25-26)*. Nadie, por pecador y tardo que haya sido, por infiel y pagano, llegue con desconfianza a las puertas de esta Madre de misericordia, que quien se priva de la gloria que gozaba a la diestra de su Hijo para venir a socorrernos no podrá cerrar las puertas de su piedad a quien llegare a ellas por su remedio con devoto corazón. Y aunque llegare en la noche de la culpa o en el día de la gracia y a cualquier hora de la vida, siempre será admitido y socorrido. Si el que llama a media noche a las puertas del amigo que de verdad lo es le obliga por la necesidad o por la importunidad a que se levante y le socorra dándole los panes que pide (Lc 11, 8), ¿qué hará la que es Madre y tan piadosa que llama, espera y convida con el remedio? No aguardará que seamos importunos, porque es presta en atender a los que la llaman, oficiosa en responder y toda suavísima y dulcísima en favorecer y liberal en enriquecer. Es el fomento de la misericordia, motivo para usar el Altísimo de ella y puerta del cielo para que entremos a la gloria por su intercesión y ruegos. *Nunca entró en ella cosa manchada ni engañosa (Ap 21, 27)*. Nunca se turbó, ni admitió indignación ni odio con los hombres, no se halló en ella jamás engaño, culpa ni defecto, nada le falta de cuanto se puede desear para remedio de los mortales. No tenemos excusa ni descargo, si no llegamos con humilde reconocimiento, que como es pura y limpia también nos purificará y limpiará a nosotros. Tiene la llave de las fuentes del Redentor, de que dice Isaías (Is 12, 3) saquemos agua, y su intercesión, obligada de nuestros ruegos, vuelve la llave y salen las aguas para lavarnos ampliamente y admitirnos en su

felicísima compañía y de su Hijo y Dios verdadero por todas las eternidades.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora de los Ángeles.

37. Hija mía, quiérote manifestar para tu aliento y de mis siervos que has escrito los misterios de estos capítulos con agrado y aprobación del Altísimo, cuya voluntad es que se manifieste al mundo lo que yo hice por la Iglesia volviendo a ella desde el cielo empíreo para ayudar a los fieles, y también el deseo que tengo de socorrer a los católicos que se valieren de mi intercesión y amparo, como el Altísimo me lo encargó, y yo con maternal afecto se le ofrezco a ellos. También ha sido especial el gozo de los Santos, y entre ellos de mi hijo San Juan Evangelista, que hayas declarado el que tuvieron todos cuando subí con mi Hijo y mi Señor a los cielos acompañándole en su Ascensión, porque ya es tiempo que lo entiendan los hijos de la Iglesia y conozcan más expresamente la grandeza de beneficios a que me levantó el Todopoderoso y se levanten ellos en su esperanza, estando más capaces de lo que les puedo y quiero favorecer, porque me compadezco como madre amorosa de ver a mis hijos tan engañados del demonio y oprimidos de su tiranía a que ciegamente se han entregado. Otros grandes sacramentos encerró San Juan Evangelista mi siervo en el capítulo 21 y en el 12 del Apocalipsis de los beneficios que me hizo el Altísimo, y de todos has declarado en esta Historia lo que pueden conocer ahora los fieles para su remedio por mi intercesión, y más escribirás adelante.

38. Pero desde luego para ti has de coger el fruto de todo lo que has entendido y escrito. Y en primer lugar, te debes adelantar en el cordial afecto y devoción que conmigo tienes y en una firmísima esperanza de que yo

seré tu amparo en todas tus tribulaciones y te encaminaré en tus obras y que las puertas de mi clemencia estarán para ti patentes y también para todos cuantos tú me encomendares, si fueres la que yo quiero y tal como te deseo. Y para esto te advierto, carísima, y te aviso que, como yo fui renovada en el cielo por el poder divino para volver a la tierra y obrar en ella con nuevo modo y perfección, así el mismo Señor quiere que tú seas renovada en el cielo de tu interior y en el retiro y superior de tu espíritu y en la soledad de los ejercicios donde te has recogido para escribir lo que resta de mi vida. Y no entiendas se ha ordenado sin especial Providencia, como lo conocerás ponderando lo que precedió en ti para dar principio a esta tercera parte, como lo has escrito. Ahora, pues, que sola y desocupada del gobierno y conversación de tu casa te doy esta doctrina, es razón que con el favor de la divina gracia te renueves en la imitación de mi vida y en ejecutar en ti cuanto es posible lo que conoces en mí. Esta es la voluntad de mi Hijo santísimo, la mía y tus mismos deseos. Oye, pues, mi enseñanza y cíñete de fortaleza, determina con eficacia tu voluntad, para ser atenta, fervorosa, oficiosa, constante y diligentísima en el agrado de tu Esposo y Señor. Acostúmbrate a no perderle jamás de tu vista cuando descendas a la comunicación de las criaturas y a las obras de Marta. Yo seré tu maestra, los Ángeles te acompañarán, para que con ellos y sus inteligencias alabes continuamente al Señor, y Su Majestad te dará su virtud, para que pelees sus batallas con sus enemigos y tuyos. No te hagas indigna de tantos bienes y favores.

CAPITULO 4

Después de tres días que María santísima descendió del cielo se manifiesta y habla en su persona a los Apóstoles, visítala Cristo nuestro Señor y otros misterios hasta la venida del Espíritu Santo.

39. Advierto de nuevo a los que leyeren esta Historia que no extrañen los ocultos sacramentos de María santísima que en ella vieren escritos, ni los tengan por increíbles por haberlos ignorado el mundo hasta ahora, porque a más de que todos caben digna y convenientemente en esta gran Reina, aunque la Santa Iglesia hasta ahora no haya tenido historias auténticas de las obras maravillosas que hizo después de la Ascensión de su Hijo santísimo, no podemos negar que serían muchas y muy grandiosas, pues quedaba por maestra, protectora y madre de la Ley Evangélica, que se introducía en el mundo debajo de su amparo y protección. Y si para este ministerio la renovó el altísimo Señor, como se ha dicho, y en ella empleó todo el resto de su omnipotencia, ningún favor o beneficio por grande que sea se le ha de negar a la que fue única y singular, como no disuene de la verdad católica.

40. Estuvo tres días en el cielo gozando de la visión beatífica, como dije en el primer capítulo (Cf. supra n. 3), y descendió a la tierra el día que corresponde al domingo después de la Ascensión, que llama la Santa Iglesia infraoctava de la fiesta. Estuvo en el cenáculo otros tres días gozando de los efectos de la visión de la divinidad y templándose los resplandores con que venía de las alturas, conociendo el misterio sólo el Evangelista San Juan, porque no convenía manifestar este secreto a los demás Apóstoles por entonces ni ellos estaban harto capaces para él. Y aunque asistía con ellos, se les encubría su refulgencia los tres días que la tuvo en la tierra, y fue así conveniente, pues el mismo Evangelista a quien se le concedió este favor cayó en tierra postrado cuando llegó a su presencia, como arriba se dijo (Cf. supra n. 6), aunque fue confortado con especial gracia para la primera vista de su beatísima Madre. Tampoco fue conveniente que luego y repentinamente le quitase el

Señor a nuestra gran Reina la refulgencia y los demás efectos exteriores e interiores con que venía desde su gloria y trono, sino que con orden de su sabiduría infinita fuese poco a poco remitiendo aquellos dones y favores tan divinos, para que volviese el virginal cuerpo al estado visible más común en que pudiera conversar con los Apóstoles y con los otros fieles de la Santa Iglesia.

41. Dejo asimismo advertido arriba (Cf. supra p. II n. 1512) que esta maravilla de haber estado María santísima personalmente en el cielo no contradice a lo que está escrito en los Actos apostólicos (Act 1, 14), que los Apóstoles y mujeres santas perseveraron unánimes en oración con María Madre de Jesús y sus hermanos después que Su Majestad subió a los cielos. La concordia de este lugar con lo que he dicho es clara, porque San Lucas escribió aquella historia según lo que él y los Apóstoles vieron en el cenáculo de Jerusalén y no el misterio que ignoraba. Y como el cuerpo purísimo estaba en dos partes, aunque la atención y el uso de las potencias y sentidos fuese más perfecto y real en el cielo, es verdad que asistía con los Apóstoles y que todos la veían. Y a más de esto, se verifica que María santísima perseveraba con ellos en oración, porque desde el cielo los veía y unía su oración y peticiones con todos los moradores del santo cenáculo, y en la diestra de su Hijo santísimo se las presentó y alcanzó para ellos la perseverancia y otros grandes favores del Altísimo.

42. Los tres días que estuvo esta gran Señora en el cenáculo gozando de los efectos de la gloria y en el ínterin que se iban templando los resplandores de su redundancia, se ocupó en encendidos y divinos afectos de amor, de agradecimiento y de inefable humildad, que no hay términos ni razones para manifestar lo que de este sacramento he conocido, aunque será muy poco respecto de la verdad. En los mismos Ángeles y serafines

que la asistían causó nueva admiración, y con ella conferían entre sí mismos cuál era mayor maravilla, haber levantado el brazo poderoso del Altísimo a una pura criatura a tantos favores y grandeza o el ver que después de hallarse tan levantada y enriquecida de gracia y gloria sobre todas las criaturas se humillase, reputándose por la más ínfima entre ellas. Con esta admiración conocí que los mismos serafines estaban como suspensos —a nuestro modo de entender— mirando a su Reina en las obras que hacía, y hablando unos con otros decían: Si los demonios antes de su caída llegaran a conocer este raro ejemplo de humildad, no fuera posible que a vista suya se levantaran en su soberbia. Esta nuestra gran Señora es la que sin defecto, sin mengua, no por partes, sino con toda plenitud, llenó los vacíos de la humildad de todas las criaturas. Ella sola ponderó dignamente la majestad y sobre eminente grandeza del Criador y la poquedad de todo lo criado. Ella es la que sabe cuándo y cómo ha de ser obedecido y venerado, y como lo sabe lo ejecuta. ¿Es posible que entre las espinas que sembró el pecado en los hijos de Adán produjese la tierra este candidísimo lirio de tanto agrado para su Criador y fragancia para los mortales (Cant 2, 2; 6, 1), y que del desierto del mundo, yermo de la gracia y todo terreno, se levantase tan divina criatura, tan afluyente de las divinas delicias del Todopoderoso (Cant 8, 5)? Eternamente sea alabado en su sabiduría y bondad, que formó tal criatura tan ordenada y admirable para santa emulación de nuestra naturaleza, para ejemplo y gloria de la humana. Y tú, bendita entre las mujeres, señalada y escogida entre todas las criaturas, seas bendita, conocida y alabada de todas las generaciones. Goces por toda la eternidad de la excelencia que te dio tu Hijo y nuestro Criador. Tenga en ti su agrado y complacencia, por la hermosura de tus obras y prerrogativas; quede saciada en ellas la inmensa caridad con que desea la justificación de todos los

hombres. Tú por todos le des satisfacción y mirándote a ti sola no le pesará haber criado a los demás ingratos. Y si ellos le irritan y desobligan, tú le aplacas y le haces propicio y caricioso. Y no admiramos que tanto favorezca a los hijos de Adán, pues tú, Señora y Reina nuestra, vives con ellos y son de tu pueblo.

43. Con estas alabanzas y otros muchos cánticos que hacían los Santos Ángeles celebraron la humildad y obras de María santísima después que descendió del cielo, y en algunos de estos loores alternó ella con sus respuestas. Antes que la dejasen en el cenáculo los que volvieron al cielo después de haberla acompañado y pasados los tres días que estuvo en él —sabiendo sólo San Juan Evangelista los resplandores que la cercaban— conoció que ya era tiempo de tratar y conversar con los fieles. Hízolo así y miró a los Apóstoles y discípulos con gran ternura como piadosa Madre, y acompañándolos en la oración que hacían los ofreció con lágrimas a su Hijo santísimo y pidió por ellos y por todos los que en los futuros siglos habían de recibir la Santa Fe Católica y la gracia. Y desde aquel día, sin omitir alguno de los que vivió en la Santa Iglesia, pidió también al Señor que acelerase los tiempos en que se habían de celebrar en ella las festividades de sus misterios, como en el cielo se le había manifestado de nuevo. Pidió también que Su Majestad enviase al mundo los varones de levantada y señalada santidad para la conversión de los pecadores, de que tenía la misma ciencia. Y en estas peticiones era tanto el ardor de la caridad con los hombres, que naturalmente la quitara la vida, y para alentarla y moderar la fuerza de estos anhelos muchas veces le envió su Hijo santísimo uno de los serafines más supremos que la respondiese y dijese que se cumplirían sus deseos y peticiones, declarándola el orden que la divina Providencia había de guardar en esto para mayor utilidad de los mortales.

44. Con la visión de la divinidad, de que gozaba por el modo abstractivo que tengo dicho (Cf. supra n. 32), era tan inefable el incendio de amor que padecía aquel castísimo y purísimo corazón, que sin comparación excedía a los más inflamados serafines, inmediatos al trono de la divinidad. Y cuando alguna vez descendía un poco de los efectos de esta divina llama, era para mirar la humanidad de su Hijo santísimo, porque ninguna especie de otras cosas visibles reconocía en su interior, salvo cuando actualmente trataba con los sentidos a las criaturas. Y en esta noticia y memoria de su amado Hijo sentía algún natural cariño de su ausencia, aunque moderado y perfectísimo, como de madre prudentísima. Pero como en el corazón del Hijo correspondía el eco de este amor, dejábase herir de los deseos de su amantísima Madre, cumpliéndose a la letra lo que dijo en los Cantares (Cant 6, 4), le hacían volar y le traían a la tierra los ojos con que le miraba su querida Madre y Esposa.

45. Sucedió esto muchas veces, como diré adelante (Cf. infra n. 213, 347, 357, 598, 619, 631, 646, 656, 665, etc.), y la primera fue en uno de los pocos días que pasaron después que la gran Señora descendió del cielo, antes de la venida del Espíritu Santo, aún no seis días después que conversaba con los Apóstoles. En este breve espacio descendió Cristo nuestro Salvador en persona a visitarla y llenarla de nuevos dones y consolación inefable. Estaba la candidísima paloma adolecida de amor y con aquellos deliquios que ella confesó causaba la caridad bien ordenada en la oficina del Rey (Cant 2, 4-5). Y Su Majestad, llegando a ella en esta ocasión, la reclinó sobre su pecho en la mano siniestra de su deificada humanidad y con la diestra de la divinidad la iluminó y enriqueció y la bañó toda de nuevas influencias con que la vivificó y fortaleció. Allí descansaron las ansias

amorasas de esta cierva herida, bebiendo a satisfacción en las fuentes del Salvador y fue refrigerada y fortalecida para encenderse más en la llama de su fuego amoroso que jamás se extinguió. Curó quedando más herida de esta dolencia, fue sana enfermando de nuevo y recibió vida para entregarse más a la muerte de su afecto, porque este linaje de dolencia ni conoce otra medicina ni admite otro remedio. Y cuando la dulcísima Madre con este favor cobró algún esfuerzo y se le concedió el Señor a la parte sensitiva, se postró ante Su Real Majestad y de nuevo le pidió la bendición con profunda humildad y fervoroso agradecimiento por el favor que recibió con su vista.

46. Estaba la prudentísima Señora desimaginada de este beneficio, no sólo por haber tan poco tiempo que carecía de la presencia humana de su santísimo Hijo, sino porque Su Majestad no le declaró cuándo la visitaría y su altísima humildad no la dejaba pensar que la dignación divina se inclinaría a darla aquel consuelo. Y como ésta fue la primera vez que la recibió, fue mayor la admiración con que quedó más humillada y aniquilada en su estimación. Estuvo cinco horas gozando de la presencia y regalos de su Hijo santísimo, y nadie de los Apóstoles conoció entonces este beneficio, aunque en el semblante con que vieron a la divina Reina y en algunas acciones sospecharon tenía novedad admirable, pero ninguno se atrevió a preguntarle la causa por el temor y reverencia con que la miraban. Para despedirse de su Hijo purísimo al tiempo que conoció se quería volver a los cielos, se postró de nuevo en tierra, pidiéndole otra vez su bendición y licencia para que si alguna vez la visitase como entonces reconociese en su presencia los defectos que cometía en ser agradecida y darle el retorno que debía a sus beneficios. Hizo esta petición, porque el mismo Señor la ofrecía que la visitaría algunas veces en su ausencia y porque antes de la subida a los cielos,

cuando vivían juntos, acostumbraba la humilde Madre a postrarse ante su Hijo y Dios verdadero, reconociéndose indigna de sus favores y tarda en recompensarlos, como en la segunda parte queda dicho (Cf. supra p. II n. 698, 989, 921, 1028). Y aunque no pudo acusarse de alguna culpa, porque ninguna cometió la que era Madre de la santidad, ni tampoco con ignorancia se persuadió a que la tenía porque era Madre de la sabiduría, pero dio el Señor lugar a su humildad, amor y ciencia, para que llegase a la digna ponderación de la deuda que como pura criatura tenía a Dios como a Dios, y con este altísimo conocimiento y humildad le parecía poco todo lo que hacía en retorno de tan soberanos beneficios. Y esta desigualdad atribuía a sí misma y aunque no era culpa quería confesar la inferioridad del ser terreno comparado con la divina excelencia.

47. Pero entre los inefables misterios y favores que recibió desde el día de la Ascensión de su Hijo Jesús Salvador nuestro, fue admirable la atención que esta prudentísima Maestra tuvo para que los Apóstoles y demás discípulos se preparasen dignamente para recibir al Espíritu Santo. Conocía la gran Reina cuán estimable y divino era este beneficio que les prevenía el Padre de las lumbres y conocía también el cariño sensible de los Apóstoles con la humanidad de su Maestro Jesús y que los embarazaría algo la tristeza que padecían por su ausencia. Y para reformar en ellos este defecto y mejorarlos en todo, como piadosa Madre y poderosa Reina, en llegando al Cielo con su Hijo satísimo despachó otro de sus Ángeles al cenáculo para que les declarase su voluntad y la de su Hijo, que era se levantasen a sí sobre sí y estuviesen más donde amaban por fe al ser de Dios que donde animaban que eran los sentidos, y que no se dejasen llevar de la vista sola de la humanidad, sino que les sirviese de puerta y camino para pasar a la divinidad, donde se halla adecuada

satisfacción y reposo. Mandó la divina Reina al Santo Ángel que todo esto les inspirase y dijese a los Apóstoles. Y después que la prudentísima Señora descendió de las alturas, los consoló en su tristeza y los alentó en el desmayo que tenían, y cada día una hora les hablaba y la gastaba en declararles los misterios de la fe que su Hijo santísimo le había enseñado. Y no lo hacía en forma de magisterio sino como confiriéndolo, y les aconsejó hablasen ellos otra hora confiriendo los avisos y promesas, doctrina y enseñanza de su divino Maestro Jesús y que otra parte del día **rezasen vocalmente el Pater noster y algunos salmos y que lo demás gastasen en oración mental** y a la tarde tomasen algún alimento de pan y peces y el sueño moderado. Y con esta oración y ayuno se dispusiesen para recibir al Espíritu Santo que vendría sobre ellos.

48. Desde la diestra de su Hijo santísimo cuidaba la vigilante Madre de aquella dichosa familia, y para dar a todas las obras el supremo grado de perfección, aunque hablaba después de bajar del cielo a los Apóstoles, nunca lo hizo sin que San Pedro o San Juan se lo mandasen. Y pidió y alcanzó de su Hijo santísimo que así se lo inspirase a ellos, para obedecerlos como a sus vicarios y Sacerdotes, y todo se cumplía como la Maestra de la humildad prevenía, y después obedecía como sierva, disimulando la dignidad de Reina y de Señora, sin atribuirse autoridad, dominio ni superioridad alguna, sino obrando como inferior a todos. Con este modo hablaba a los Apóstoles y con los otros fieles. Y en aquellos días les declaró el misterio de la Santísima Trinidad con términos muy altos e incomprensibles, pero inteligibles y acomodados al entender de todos. Luego les declaró el misterio de la unión hipostática y todos los de la Encarnación y otros muchos de la doctrina que habían oído de su Maestro, y cómo para mayor inteligencia serían ilustrados por el Espíritu Santo cuando le

recibiesen.

49. Enseñóles a orar mentalmente, declarándoles la excelencia y necesidad de esta oración y que en la criatura racional el principal oficio y más noble ocupación ha de ser levantarse con el entendimiento y voluntad sobre todo lo criado al conocimiento y amor divino, y que ninguna otra cosa ni ocupación se debe anteponer ni interponer para que el alma se prive de este bien, que es el supremo de la vida y el principio de la felicidad eterna. Enseñóles también cómo debían agradecer al Padre de las misericordias el habernos dado a su Unigénito por nuestro Reparador y Maestro y el amor con que nos había redimido a costa de su pasión y muerte Su Majestad, y porque a ellos que eran sus Apóstoles los había escogido entre los demás hombres para su compañía y fundamentos de su Santa Iglesia. Con estas exhortaciones y enseñanza ilustró la divina Madre los corazones de los once Apóstoles y de los otros discípulos y los fervorizó y dispuso para que estuviesen idóneos y prevenidos a recibir al Espíritu Santo y sus divinos efectos. Y como penetraba sus corazones y conocía la condición y natural de cada uno a todos se acomodaba, como la necesidad de cada cual lo pedía, según su gracia y espíritu para que con alegría, consuelo y fortaleza obrasen las virtudes, y en las exteriores les advirtió hiciesen humillaciones, postraciones y otras acciones de culto y reverencia, adorando a la majestad y grandeza del Altísimo.

50. Todos los días por la mañana y tarde iba a pedir la bendición a los Apóstoles, primero a San Pedro como cabeza y luego a San Juan y a los demás por sus antigüedades. Al principio se querían retirar todos de hacer esta ceremonia con María santísima, porque la miraban como a Reina y Madre de su Maestro Jesús, pero la prudentísima Señora los obligó, para que todos la

bendijesen como Sacerdotes y ministros del Altísimo, declarándoles esta suprema dignidad y el oficio que por ella les tocaba, la suma reverencia y respeto que se les debía. Y como esta competencia venía a ser sobre quién más se humillaba, era cierto que la Maestra de la humildad había de quedar victoriosa y los discípulos vencidos y enseñados con su ejemplo. Por otra parte las palabras de María santísima eran tan dulces, ardientes y eficaces en mover los corazones de todos aquellos primeros fieles, que con una fuerza divina y suavísima los ilustraba y reducía a obrar todo lo más santo y perfecto de las virtudes. Y reconociendo ellos estos admirables efectos en sí mismos, los conferían unos con otros y admirados decían: Verdaderamente en esta pura criatura hallamos la misma enseñanza, doctrina y consuelo que nos faltó con la ausencia de su Hijo y nuestro Maestro. Sus obras y palabras, sus consejos y comunicación llena de suavidad y mansedumbre, nos enseña y obliga, como lo sentíamos con nuestro Salvador cuando nos hablaba y vivía con nosotros. Ahora se encienden nuestros corazones con la doctrina y exhortaciones de esta admirable criatura, como nos sucedía con las palabras de Jesús nuestro Salvador. Sin duda que como Dios omnipotente ha depositado en la Madre de su Unigénito la sabiduría y virtud divina. Podemos ya enjugar las lágrimas, pues para nuestra enseñanza y consuelo nos dejó tal Madre y Maestra y nos concedió tener con nosotros esta viva arca del Testamento, donde depositó su ley, su vara de los prodigios, el maná dulcísimo para nuestra vida y consuelo.

51. Si los Sagrados Apóstoles y los demás hijos primitivos de la Santa Iglesia nos hubieran dejado escrito lo que conocieron y alcanzaron de la gran Señora María santísima y de su eminente sabiduría como testigos de vista, lo que la oyeron, hablaron y comunicaron en tanto tiempo, con estos testimonios tuviéramos noticia más

expresa de la santidad y obras heroicas de la Emperatriz de las alturas y cómo en la doctrina que enseñaba y en los efectos que obraba se conocía haberle comunicado su Hijo santísimo un linaje de virtud divina semejante a la suya; aunque en el Señor estaba como la fuente en su origen y en su beatísima Madre estaba como en el arcaduz o conducto por donde se comunicaba y comunica a todos los mortales. Pero los Apóstoles fueron tan felices y dichosos que bebieron las aguas del Salvador y de la doctrina de su purísima Madre en su misma fuente, recibéndolas por el sentido, como convenía para el ministerio y oficio que se les encargaba de fundar la Iglesia y plantar la fe del Evangelio por todo el orbe.

52. Por la traición y muerte del infeliz entre los nacidos, Judas Iscariotes, estaba su Obispado, como dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 108, 8) [et diabolus stet a dextris eius; cum iudicátur, éxeat condemnátus, et orátio eius fiat in peccátum: fiant dies eius pauci, et episcopátum eius accípiat alter;], de vacante y era necesario que se proveyese en otro digno del apostolado, porque era voluntad del Altísimo que para la venida del Espíritu Santo estuviese cumplido el número de los doce, como el Maestro de la vida los había numerado cuando los eligió. Este orden del Señor les declaró María santísima a los once Apóstoles en una de las pláticas que les hacía, y todos admitieron la proposición y la suplicaron que como Madre y Maestra nombrase ella al que conociese por más digno e idóneo para el apostolado. No lo ignoraba la divina Señora, porque tenía escritos en su corazón los nombres de los doce con San Matías [Día 24 de febrero: In Judaea natális sancti Matthíae Apóstoli, qui, post Ascensiónem Dómini ab Apóstolis in Judae proditóris locum sorte eléctus, pro Evangélii praedicatione martýrium passus est.], como dije en el segundo capítulo (Cf. supra n. 28). Pero con su humilde y profunda sabiduría conoció que convenía remitir aquella diligencia

a San Pedro, para que comenzase a ejercer en la nueva Iglesia el oficio de pontífice y cabeza, como vicario de Cristo, su autor y Maestro. Ordenóle al Apóstol que esta elección la hiciese en presencia de todos los discípulos y otros fieles, para que todos le viesen obrar como suprema cabeza de la Iglesia. Y así lo hizo San Pedro como lo ordenó la Reina.

53. El modo de esta primera elección que se hizo en la Iglesia refiere san Lucas en el capítulo 1 de los Hechos apostólicos (Act 1, 15ss). Dice que en aquellos días que fueron entre la Ascensión y venida del Espíritu Santo el Apóstol San Pedro, habiendo juntado los ciento y veinte que se hallaron también a la subida del Señor a los cielos, les hizo una plática en que les declaró cómo convenía haberse cumplido la profecía del Santo Rey y Profeta David de la traición de Judas Iscariotes, la cual dejó escrita en el Salmo 40 (Sal 40, 10), y cómo habiendo sido elegido entre los doce Apóstoles prevaricó infelizmente y se hizo caudillo de los que prendieron a Jesús y del precio por que le vendió le quedó por posesión el campo que se compró con él —que en la lengua común llamaban Haceldama— y al fin como indigno de la misericordia divina se colgó a sí mismo y reventó por medio, derramando sus entrañas, como todo era notorio a cuantos estaban en Jerusalén; y convenía que fuese elegido otro en su lugar en el apostolado para testificar la resurrección del Salvador, conforme otra profecía del mismo Santo Rey y Profeta David (Sal 108, 8); y éste que había de ser elegido debía ser alguno de los que habían seguido a Cristo su Maestro en la predicación desde el bautismo de San Juan Bautista.

54. Acabada esta plática y convenidos todos los fieles en que se hiciera elección del duodécimo Apóstol, se remitió a San Pedro el modo de la elección. Determinó el Apóstol que de entre los sesenta y dos discípulos se

nombrasen dos, que fueron José, llamado el Justo, y Matías, y entre los dos se sortease y se tuviese por Apóstol aquel a quien le cupiese la suerte. Aprobaron todos este modo de elegir, que entonces era muy seguro porque la virtud divina obraba grandes maravillas para fundar la Iglesia. Y escribiendo los nombres de los dos cada uno en una cédula con el oficio de discípulo y Apóstol de Cristo, los pusieron en un vaso que no se viese, y todos hicieron oración pidiendo a Dios eligiese a quien fuera su santísima voluntad, pues conocía como Señor los corazones de todos. Luego San Pedro sacó una suerte en que estaba escrito: Matías, discípulo y apóstol de Jesús, y con alegría de todos fue reconocido y admitido San Matías por legítimo Apóstol y los once le abrazaron. Y María santísima, que a todo estaba presente, le pidió la bendición y a su imitación lo hicieron los demás fieles y todos continuaron la oración y ayuno hasta la venida del Espíritu Santo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

55. Hija mía, admiraste con razón de los ocultos y soberanos favores que recibí de la diestra de mi Hijo y de la humildad con que los recibía y agradecía, de la caridad y atención que entre este gozo tenía a las necesidades de los Apóstoles y fieles de la Santa Iglesia. Tiempo es ya, carísima, de que en ti cojas el fruto de esta ciencia; ni tú puedes ahora entender más, ni mi deseo en ti se extiende a menos que a tener una hija fiel que me imite con fervor y una discípula que me oiga y siga con todo el corazón. Enciende, pues, la luz de tu viva fe, con saber que yo soy tan poderosa para favorecerte y ayudarte, y fía de mí, que lo haré sobre tus deseos y seré liberal sin escasez en llenarte de grandes bienes. Pero tú para recibirlos humíllate más que la misma tierra y toma el último lugar entre las criaturas, pues por ti misma eres más inútil que el más vil y desechado polvo y nada tienes

más que la misma miseria y necesidad. Pondera bien con esta verdad cuánta y cuál es contigo la clemencia y dignación del Altísimo y qué grado de agradecimiento y retorno le debes; y si el que paga, aunque sea por entero, lo que debe, no tiene de qué se gloriarse, tú, que no puedes satisfacer por tanta deuda, justo es que quedas humillada, pues quedas siempre deudora, aunque siempre trabajes cuanto puedas. Pues, ¿qué será siendo remisa y negligente?

56. Con esta prudencia y atención conocerás cómo debes imitarme en la fe viva, en la esperanza cierta, en la caridad fervorosa, en la humildad profunda y en el culto y reverencia debida a la infinita grandeza del Señor. Y te advierto de nuevo que la sagacidad de la serpiente es vigilantísima contra los mortales para que no atiendan a la veneración y culto que se debe a su Dios y con vana osadía desprecian esta virtud y las que en sí contiene. En los mundanos y viciosos introduce un estultísimo olvido de las verdades católicas, para que la fe divina no les proponga el temor y veneración que se debe al Muy Alto, y en esto los hace muy semejantes a los paganos, que no conocen la verdadera divinidad. A otros, que desean la virtud y hacen algunas obras buenas, les causa el enemigo una tibieza y negligencia peligrosa con que pasan inadvertidos de lo que pierden por faltarles el fervor. Y a los que tratan de más perfección, los pretende este dragón engañar con una grosera confianza, para que con los favores que reciben o con la clemencia que conocen, se juzguen por muy familiares con el Señor y se descuiden en la humilde veneración y temor con que han de estar en presencia de tanta Majestad, ante quien tiemblan las potestades del cielo, como la Santa Iglesia se lo enseña (Prefacio de la Santa Misa). Y porque en otras ocasiones te he amonestado y advertido de este peligro basta ahora acordártelo.

57. Pero de tal manera quiero que seas fiel y puntual en ejercitar esta doctrina, que en todas tus acciones exteriores sin afectación ni extremos la confieses y practiques, para que con ejemplo y palabras enseñes a todos los que te tratasen el temor santo y veneración que las criaturas deben al Criador. Y especialmente quiero que a tus religiosas las adviertas y enseñes esta ciencia, para que no ignoren la humildad y reverencia con que han de tratar con Dios. Y la más eficaz enseñanza será en ti el ejemplo en las obras de obligación, porque éstas ni las debes ocultar ni omitirlas por temor de la vanidad. Esta obligación es mayor en el que gobierna a otros, que es deuda del oficio exhortar, mover y encaminar a los súbditos en el temor santo del Señor y esto se hace más eficazmente con el ejemplo que con las palabras. En particular las amonesta a la veneración que han de tener a los Sacerdotes, como ungidos y cristos del Señor. Y tú a imitación mía pídeles siempre la bendición cuando llegares a oírles y te despidieres de ellos. Y cuando más favorecida te veas de la divina dignación, vuelve también los ojos a las necesidades y aflicciones de tus prójimos y al peligro de los pecadores, y pide por todos con viva fe y confianza, que no es legítimo amor con Dios si sólo con gozar se contenta y se olvida de sus hermanos. Aquel sumo bien que conoces y participas, has de solicitar y pedir se comunique a todos, pues a nadie excluye y todos necesitan de su comunicación y auxilio divino. En mi caridad conoces lo que debes imitar en todo.

CAPITULO 5

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y otros fieles; viole María santísima intuitivamente y otros ocultísimos misterios y secretos que sucedieron entonces.

58. En compañía de la gran Reina del cielo perseveraban

alegres los doce Apóstoles con los demás discípulos y fieles aguardando en el cenáculo la promesa del Salvador, confirmada por la Madre santísima, de que les enviaría de las alturas al Espíritu consolador, que les enseñaría y administraría todas las cosas que en su doctrina habían oído (Jn 14, 26). Estaban todos unánimes y tan conformes en la caridad, que en todos aquellos días ninguno tuvo pensamiento, afecto, ni ademán contrario de los otros; uno mismo era el corazón y alma de todos en el sentir y obrar. Y aunque se ofreció la elección de San Matías, no intervino entre todos estos nuevos hijos de la Iglesia un ademán ni menor movimiento de discordia, con ser esta ocasión en la que los diferentes dictámenes arrastran la voluntad para discordar aun los más atentos, porque todos lo son para seguir cada uno su parecer y no reducirse al ajeno. Pero entre aquella santa congregación no tuvo entrada la discordia, porque los unió la oración, el ayuno y el estar todos esperando la visita del Espíritu Santo, que sobre corazones encontrados y discordes no puede tener asiento. Y para que se vea cuán poderosa fue esta unión de caridad, no sólo en disponerlos para recibir el Espíritu Santo, sino también para vencer a los demonios y ahuyentarlos, advierto que desde el infierno, donde estaban aterrados después de la muerte de nuestro Salvador Jesús, desde allí sintieron nueva opresión y terror con las virtudes de los que estaban en el cenáculo; aunque no las conocieron en particular, sintieron que de allí les resultaba aquella nueva fuerza que los acobardaba y juzgaron que se destruía su imperio con lo que aquellos discípulos de Cristo comenzaban a obrar en el mundo con su doctrina y ejemplo.

59. La Reina de los Ángeles María santísima con la plenitud de sabiduría y gracia conoció el tiempo y la hora determinada por la divina voluntad para enviar al Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico. Y como se cumpliesen

los días de Pentecostés (Act 2, 1ss), que fue cincuenta días después de la resurrección del Señor y nuestro Redentor, vio la beatísima Madre cómo en el cielo la humanidad de la persona del Verbo proponía al Eterno Padre la promesa que el mismo Salvador dejaba hecha en el mundo a sus Apóstoles, de enviarles al divino Espíritu consolador, y que se cumplía el tiempo determinado por su infinita sabiduría para hacer este favor a la Santa Iglesia, para plantar en ella la fe que el mismo Hijo había ordenado y los dones que le había merecido. Propuso Su Majestad también los méritos que en la carne mortal había adquirido con su santísima vida, pasión y muerte y los misterios que había obrado para remedio del humano linaje, y que era su medianero, abogado e intercesor entre el Eterno Padre y los hombres, y que entre ellos vivía su dulcísima Madre, en quien las divinas personas se complacían. Pidió también Su Majestad que viniese el Espíritu Santo al mundo en forma visible, a más de la gracia y dones invisibles, porque así convenía para honrar la Ley del Evangelio a vista del mundo, para confortar y alentar más a los Apóstoles y fieles que habían de predicar la palabra divina, para causar terror en los enemigos del mismo Señor, que en su vida le habían perseguido y despreciado hasta la muerte de Cruz.

60. Esta petición, que hizo nuestro Redentor en el cielo, acompañó su Madre santísima desde la tierra en la forma que a la piadosa Madre de los fieles competía. Y estando con profunda humildad postrada en tierra en forma de cruz, conoció cómo en el consistorio de la Beatísima Trinidad se admitía la petición del Salvador del mundo y que para despacharla y ejecutarla —a nuestro modo de entender— las dos personas del Padre y del Hijo, como principio de quien procede el Espíritu Santo, ordenaban la misión activa de la tercera Persona, porque a las dos se les atribuye el enviar la que procede de entrambos, y

la tercera persona del Espíritu Santo aceptaba la misión pasiva y admitía venir al mundo. Y aunque todas estas Personas divinas y sus operaciones son de una misma voluntad infinita y eterna sin desigualdad alguna, pero las mismas potencias que en todas Personas son indivisas e iguales tienen unas operaciones *ad intra* en una persona que no las tienen en otra; y así el entendimiento en el Padre engendra y no en el Hijo, porque es engendrado, y la voluntad en el Padre y en el Hijo espira y no en el Espíritu Santo, que es espirado. Y por esta razón al Padre y al Hijo se les atribuye enviar, como principio activo, al Espíritu Santo *ad extra* y a él se le atribuye el ser enviado como pasivamente.

61. Precediendo las peticiones dichas, el día de Pentecostés por la mañana la prudentísima Reina previno a los Apóstoles y a los demás discípulos y mujeres santas —que todas eran ciento y veinte personas— para que orasen y esperasen con mayor fervor, porque muy presto serían visitados de las alturas con el divino Espíritu. Y estando así orando todos juntos con la celestial Señora, a la hora de tercia se oyó en el aire un gran sonido de un espantoso tronido y un viento o espíritu vehemente con grande resplandor, como de relámpago y de fuego, y todo se encaminó a la casa del cenáculo, llenándola de luz y derramándose aquel divino fuego sobre toda aquella santa congregación. Aparecieron sobre la cabeza de cada uno de los ciento y veinte unas lenguas del mismo fuego en que venía el Espíritu Santo, llenándolos a todos y a cada uno de divinas influencias y dones soberanos y causando a un mismo tiempo muy diferentes y contrarios efectos en el cenáculo y en todo Jerusalén, según la diversidad de sujetos.

62. En María santísima fueron divinos y admirables para los cortesanos del cielo, que los demás somos muy inferiores para entenderlos y explicarlos. Quedó la

purísima Señora transformada y elevada toda en el mismo altísimo Dios, porque vio intuitivamente y con claridad al Espíritu Santo y por algún espacio, aunque de paso, gozó de la visión beatífica de la divinidad, y de sus dones y efectos recibió sola ella más que todo el resto de los santos. Y su gloria por aquel tiempo excedió a la de los Ángeles y Bienaventurados. Y sola ella dio más gloria, alabanza y agradecimiento que todos ellos juntos por el beneficio de haber enviado el Señor a su divino Espíritu sobre la Santa Iglesia, empeñándose para enviarle muchas veces y gobernarla con su asistencia hasta el fin del mundo. Y de las obras que sola María santísima hizo en esta ocasión se complació y agradó la Beatísima Trinidad de manera que se dio Su Majestad como por pagado y satisfecho de este favor que hizo al mundo; y no sólo por satisfecho, pero hizo como si se hallara obligado, por tener a esta única criatura que el Padre miraba como Hija y el Hijo como Madre y el Espíritu Santo como a Esposa, a quien —a nuestro modo de entender— debía visitar y enriquecer después de haberla elegido para tan alta dignidad. Renováronse en la digna y feliz Esposa todos los dones y gracias del Espíritu Santo con nuevos efectos y operaciones que no caben en nuestra capacidad.

63. Los Apóstoles, como dice San Lucas (Act 2, 4), fueron también llenos y repletos del Espíritu Santo, porque recibieron admirables aumentos de la gracia justificante en grado muy levantado y solos ellos doce fueron confirmados en esta gracia para no perderla. Respectivamente se les infundieron hábitos de los siete dones, sabiduría, entendimiento, ciencia, piedad, consejo, fortaleza y temor, todos en grado convenientísimo. En este beneficio tan grandioso y admirable como nuevo en el mundo, quedaron los Doce Apóstoles elevados y renovados para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento (2 Cor 3, 6) y fundadores

de la Iglesia evangélica en todo el mundo, porque esta nueva gracia y dones les comunicaron una virtud divina que con eficaz y suave fuerza los inclinaba a lo más heroico de todas las virtudes y a lo supremo de la santidad. Y con esta fuerza oraban y obraban pronta y fácilmente todas las cosas, por arduas y difíciles que fuesen, y esto no con tristeza y por violenta necesidad, sino con gozo y alegría.

64. En todos los demás discípulos y otros fieles que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo, obró el Altísimo los mismos efectos con proporción y respectivamente, salvo que no fueron confirmados en gracia como los Apóstoles, pero según la disposición de cada uno se les comunicó la gracia y dones con más o menos abundancia para el ministerio que les tocaba en la Santa Iglesia. Y la misma proporción se guardó en los Apóstoles, pero San Pedro y San Juan Evangelista señaladamente fueron aventajados en estos dones por los más altos oficios que tenían, el uno de gobernar la Iglesia como cabeza y el otro de asistir y servir a su Reina y Señora de cielo y tierra María santísima. El texto sagrado de San Lucas dice que el Espíritu Santo llenó toda la Casa donde estaba aquella feliz congregación (Act 2, 2), no sólo porque todos en ella quedaron llenos del divino Espíritu y de sus inefables dones, sino porque la misma casa fue llena de admirable luz y resplandor. Y esta plenitud de maravillas y prodigios redundó y se comunicó a otros fuera del cenáculo, porque obró también diversos y varios efectos el Espíritu Santo en los moradores y vecinos de Jerusalén. Todos aquellos que con alguna piedad se compadecieron de nuestro Salvador y Redentor Jesús en su pasión y muerte, doliéndose de sus acerbísimos tormentos y reverenciando su venerable persona, fueron visitados en lo interior con nueva luz y gracia que los dispuso para admitir después la Doctrina de los Apóstoles. Y los que se convirtieron con

el primer sermón de San Pedro eran muchos de éstos, a quien su compasión y pena de la muerte del Señor les comenzó a granjear tanta dicha como ésta. Otros justos que estaban en Jerusalén fuera del cenáculo recibieron también grande consolación interior con que se movieron y dispusieron, y así obró en ellos el Espíritu Santo nuevos efectos de gracia, respectivamente, en cada uno.

65. Pero no son menos admirables, aunque más ocultos, otros efectos muy contrarios a los que he dicho, que el mismo Espíritu divino obró este día en Jerusalén. Sucedió, pues, que con el espantoso trueno y vehemente conmoción del aire y relámpagos en que vino el Espíritu Santo, turbó y atemorizó a todos los moradores de la ciudad enemigos del Señor, respectivamente a cada uno según su maldad y perfidia. Señalóse este castigo con todos cuantos fueron actores y concurrieron en la muerte de nuestro Salvador, particularizándose y airándose en malicia y rabia. Todos éstos cayeron en tierra por tres horas, dando en ella de cerebro. **Y los que azotaron a Su Majestad murieron luego todos, ahogados de su propia sangre, que del golpe se les movió y trasvenó hasta sofocarlos, por la que con tanta impiedad derramaron. El atrevida que dio la bofetada a Su Majestad divina no sólo murió repentinamente, sino que fue lanzado en el infierno en alma y cuerpo.** Otros de los judíos, aunque no murieron, quedaron castigados con intensos dolores y algunas enfermedades abominables. Este castigo fue notorio en Jerusalén, aunque los pontífices y fariseos pusieron gran diligencia en desmentirlo, como lo hicieron en la Resurrección del Salvador; pero como esto no era tan importante no lo escribieron los Apóstoles ni Evangelistas, y la confusión de la ciudad y la multitud lo olvidó luego.

66. Pasó también el castigo y el temor hasta el infierno, donde los demonios le sintieron con nueva confusión y

opresión, que les duró tres días, como a los judíos estar en tierra tres horas. Y en aquellos días estuvieron Lucifer y sus demonios dando formidables aullidos, con que todos los condenados recibieron nueva pena y atterramiento de confusísimo dolor. ¡Oh Espíritu inefable y poderoso! La Iglesia Santa os llama dedo de Dios, porque procedéis del Padre y del Hijo como el dedo del brazo y del cuerpo, pero en esta ocasión se me ha manifestado que tenéis el mismo poder infinito con el Padre y con el Hijo. En un mismo tiempo con vuestra real presencia se movieron cielo y tierra con efectos tan disímiles en todos sus moradores, pero muy semejantes a los que sucederán el día del juicio. A los santos y a los justos llenasteis de vuestra gracia, dones y consolación inefable, y a los impíos y soberbios castigasteis y llenasteis de confusión y penas. **Verdaderamente veo aquí cumplido lo que dijisteis por Santo Rey y Profeta David (Sal 93, 1ss), que sois Dios de venganzas y libremente obráis dando la retribución digna a los malos, porque no se gloríen en su malicia injusta ni digan en su corazón que no lo veréis ni entenderéis, redarguyendo y castigando sus pecados.**

67. Entiendan, pues, los insipientes del mundo y sepan los estultos de la tierra que conoce el Altísimo los pensamientos vanos de los hombres y que si con los justos es liberal y suavísimo, con los impíos y malos es rígido y justiciero para su castigo. Tocábale al Espíritu Santo hacer lo uno y lo otro en esta ocasión. Porque procedía del Verbo, que se humanó por los hombres y murió para redimirlos y padeció tantos oprobios y tormentos sin abrir su boca ni dar retribución de estas deshonras y desprecios. Y bajando al mundo el Espíritu Santo, era justo que volviera por la honra del mismo Verbo humanado y, aunque no castigara a todos sus enemigos, pero en el castigo de los más impíos quedara señalado el que merecían todos los que con dura perfidia le habían despreciado, si con darles lugar no se reducían

a la verdad con verdadera penitencia. A los pocos que habían admitido al Verbo humanado, siguiéndole y oyéndole como Redentor y Maestro, y a los que habían de predicar su fe y doctrina, era justo premiarlos y disponerlos con favores proporcionados para el ministerio de plantar la Iglesia y Ley Evangélica. A María santísima era como debido visitarla el Espíritu Santo. El Apóstol dijo (Ef 5, 31) que dejar el hombre a su padre y madre y unirse con su esposa, como lo había dicho Santo Profeta y Legislador Moisés (Gen 2, 24), era gran sacramento entre Cristo y la Iglesia, por quien descendió del seno del Padre para unirse con ella en la humanidad que recibió. Pues si Cristo bajó del cielo por estar con su esposa la Iglesia, consiguiente parecía que bajase el Espíritu Santo por María santísima, no menos esposa suya que Cristo de la Iglesia y no la amaba menos que el Verbo humanado a la Iglesia.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo y Señora nuestra.

68 Hija mía, poco atentos y agradecidos son los hijos de la Iglesia al beneficio que les hizo el Altísimo enviando a ella el Espíritu Santo, después de haber enviado a su Hijo por Maestro y Redentor de los hombres. Tanta fue la dilección con que los quiso amar y traer a sí, que para hacerlos participantes de sus divinas perfecciones envió primero al Hijo, que es la sabiduría, y después al Espíritu Santo, que es su mismo amor, para que de estos atributos fuesen enriquecidos en el modo que todos eran capaces de recibirlos. Y aunque vino el divino Espíritu en la primera vez sobre los Apóstoles y los demás que con ellos estaban, pero en aquella venida dio prendas y testimonio de que haría el mismo favor a los demás hijos de la Iglesia, de la luz y del Evangelio, comunicando a todos sus dones si todos se dispusieron para recibirlos. Y en fe de esta verdad venía el mismo Espíritu Santo sobre

muchos de los creyentes en forma o en efectos visibles, porque eran verdaderamente fieles siervos, humildes, sencillos y de corazón limpio y aparejados para recibirle. Y también ahora viene en muchas almas justas, aunque no con señales tan manifiestas como entonces, porque no es necesario ni conveniente. Los efectos y dones interiores todos son de una misma condición, según la disposición y grado de cada uno que los recibe.

69. Dichosa es el alma que anhela y suspira por alcanzar este beneficio y participar de este divino fuego, que enciende, ilustra y consume todo lo terreno y carnal, y purificándola la levanta a nuevo ser por la unión y participación del mismo Dios. Esta felicidad, hija mía, deseo para ti como verdadera y amorosa madre; y para que la consigas con plenitud te amonesto de nuevo prepares tu corazón, trabajando por conservar en él una inviolable tranquilidad y paz en todo lo que te sucediere. Quiere la divina clemencia levantarte a una habitación muy alta y segura, donde tengan término las tormentas de tu espíritu y no alcancen las baterías del mundo ni del infierno, donde en tu reposo descansa el Altísimo y halle en ti digna morada y templo de su gloria. No te faltarán acometimientos y tentaciones del Dragón y todas con suma astucia. Vive prevenida, para que ni te turbes ni admitas desasosiego en lo interior de tu alma. Guarda tu tesoro en tu secreto y goza de las delicias del Señor, de los efectos dulces de su casto amor, de las influencias de su ciencia, pues en esto te ha elegido y señalado entre muchas generaciones, alargando su mano liberalísima contigo.

70. Considera, pues, tu vocación y asegúrate que de nuevo te ofrece el Altísimo la participación y comunicación de su divino Espíritu y sus dones. Pero advierte que cuando los concede no quita la libertad de la voluntad, porque siempre deja en su mano el hacer

elección del bien y del mal a su albedrío, y así te conviene que en confianza del favor divino tomes eficaz resolución de imitarme en todas las obras que de mi vida conoces y no impedir los efectos y virtud de los dones del Espíritu Santo. Y para que mejor entiendas esta doctrina, te diré la práctica de todos siete.

71. El primero, que es la sabiduría, administra el conocimiento y gusto de las cosas divinas para mover el cordial amor que en ellas debes ejercitar, codiciando y apeteciendo en todo lo bueno, lo mejor y más perfecto y agradable al Señor. Y a esta moción has de concurrir entregándote toda al beneplácito de la divina voluntad y despreciando cuanto te pueda impedir, por más amable que sea para la voluntad y deseable al apetito. A esto ayuda el don del entendimiento, que es el segundo, dando una especial luz para penetrar profundamente el objeto representado al entendimiento. Con esta inteligencia has de cooperar y concurrir, divirtiéndote y apartando la atención y discurso de otras noticias bastardas y peregrinas, que el demonio por sí y por medio de otras criaturas ofrece para distraer el entendimiento y que no penetre bien la verdad de las cosas divinas. Esto le embaraza mucho, porque son incompatibles estas dos inteligencias y porque la capacidad humana es corta y partida en muchas cosas comprende menos y atiende menos a cada una que si atendiera a sola ella. Y en esto se experimenta la verdad del Evangelio, que *ninguno puede servir a dos señores* (Mt 6, 24). Y cuando atenta toda el alma a la inteligencia del bien le penetra, es necesaria la fortaleza, que es el tercer don, para ejecutar con resolución todo lo que el entendimiento ha conocido por más santo, perfecto y agradable al Señor. Y las dificultades o impedimentos que se ofrecieren para hacerlo, se han de vencer con fortaleza, exponiéndose la criatura a padecer cualquier trabajo y pena por no privarse del verdadero y sumo Bien

que conoce.

72. Mas porque muchas veces sucede que con la natural ignorancia y dubiedad, junto con la tentación, no alcanza la criatura las conclusiones o consecuencias de la verdad divina que ha conocido y con esto se embaraza para obrar lo mejor entre los arbitrios que ofrece la prudencia de la carne, sirve para esto el don de ciencia, que es el cuarto, y da luz para inferir unas cosas buenas de otras y enseña lo más cierto y seguro y a declararse en ello, si fuere menester. A éste se llega el don de la piedad, que es el quinto, e inclina al alma con fuerte suavidad a todo lo que verdaderamente es agrado y servicio del Señor y beneficio espiritual de la criatura, a que lo ejecute no con alguna pasión natural, sino con motivo santo, perfecto y virtuoso. Y para que en todo se gobierne con alta prudencia sirve el sexto don, de consejo, que encamina la razón para obrar con acierto y sin temeridad, pesando los medios y conciliando para sí y para otros con discreción, para elegir los medios más proporcionados a los fines honestos y santos. A todos estos dones se sigue el último, del temor, que los guarda y sella todos. Este don inclina al corazón para que huya y se recate de todo lo imperfecto, peligroso y disonante a las virtudes y perfección del alma, y así le viene a servir de muro que la defiende. Pero es necesario entender la materia y modo de este temor santo, para que no exceda en él la criatura ni tema donde no hay que temer, como a ti tantas veces te ha sucedido por la astucia de la serpiente, que a vuelta del temor santo te ha procurado introducir el temor desordenado de los mismos beneficios del Señor. Pero con esta doctrina quedarás advertida cómo has de practicar los dones del Altísimo y avenirte con ellos. Y te advierto y amonesto que la ciencia de temer es propio efecto de los favores que Dios comunica y le da al alma, y con suavidad y dulzura, paz y tranquilidad, para que sepa estimar y apreciar el don,

porque ninguno hay pequeño de la mano del Altísimo, y porque el temor no impida a conocer bien el favor de su poderosa mano y para que este temor la encamine a agradecerle con todas sus fuerzas y humillarse hasta el polvo. Conociendo tú estas verdades sin engaño y quitando la cobardía del temor servil, quedará el filial y con él como norte navegarás segura en este valle de lágrimas.

CAPITULO 6

Salieron del cenáculo los Apóstoles a predicar a la multitud que concurrió, cómo les hablaron en varias lenguas, convirtiéronse aquel día casi tres mil y lo que hizo María santísima en esta ocasión.

73. Con las señales tan visibles y notorias que descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles se conmovió toda la ciudad de Jerusalén con sus moradores, admirados de la novedad nunca vista, y corriendo la voz de lo que se había visto sobre la casa del cenáculo concurrió a ella toda la multitud del pueblo para saber el suceso (Act 2, 5-6). Celebrábase aquel día una de las fiestas o pascuas de los hebreos, y así por esto como por especial dispensación del cielo estaba la ciudad llena de forasteros y extranjeros de todas las naciones del mundo, a quienes el Altísimo quería hacer manifiesta aquella nueva maravilla y los principios con que comenzaba a predicarse y dilatarse la nueva ley de gracia, que el Verbo humanado nuestro Redentor y Maestro había ordenado para la salvación de los hombres.

74. Los Sagrados Apóstoles, que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo estaban inflamados en caridad, sabiendo que la ciudad de Jerusalén concurría a las puertas del cenáculo, pidieron licencia a su Reina y

Maestra para salir a predicarles, porqué tanta gracia no podía estar un punto ociosa sin redundar en beneficio de las almas y nueva gloria del Autor. Salieron todos de la casa del cenáculo y puestos a vista de toda la multitud comenzaron a predicar los misterios de la fe y salvación eterna. Y como hasta aquella hora habían estado encogidos y retirados y entonces salieron con tan impensado esfuerzo y sus palabras salían de sus bocas como rayos de nueva luz y fuego que penetraban los oyentes, quedaron todos admirados y como atónitos de tan peregrina novedad nunca vista ni oída en el mundo. Mirábanse unos a otros y con asombro se preguntaban y decían: ¿Qué es esto que vemos? ¿Por ventura todos éstos que nos hablan no son galileos? Pues, ¿cómo los oímos cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos? Los judíos y prosélitos, los romanos, latinos, griegos, cretenses, árabes, partos, medos y todos los demás de diversas partes del mundo los oímos hablar y entendemos en nuestras lenguas (Act 2, 7). ¡Oh grandezas de Dios! ¡Qué admirable es en sus obras!

75. Esta maravilla, de que todas las naciones de tan diversas lenguas como estaban en Jerusalén oyesen hablar a los Apóstoles cada nación en su lengua, les causó grande asombro, junto con la doctrina que predicaban. Pero advierto que, si bien cada uno de los Apóstoles con la plenitud de ciencia y dones que recibieron gratuitos quedaron sabios y capaces para hablar en todas lenguas de las naciones, porque así fue necesario para predicarles el Evangelio, pero en esta ocasión no hablaron más de en la lengua de Palestina y hablando ellos y articulando sola ésta eran entendidos de todas las naciones, como si a cada uno le hablaran en lengua propia; de manera que la voz de cada uno de los Apóstoles, que él articulaba en lengua hebrea, llegaba a los oídos de los oyentes en lengua propia de su nación. Y éste fue el milagro que hizo Dios entonces, para que

mejor fuesen entendidos y admitidos de tan diversas gentes. Y la razón fue, porque no repetía el misterio que predicaba San Pedro en cada lengua de los que allí estaban oyéndole; sola una vez le predicaba y aquélla oían y entendían todos cada cual en su lengua propia, y lo mismo sucedía a los demás Apóstoles. Porque, si cada uno hablara en la lengua del que le oía, era necesario que repitiese por lo menos diecisiete veces las palabras para otras tantas naciones que refiere San Lucas (Act 2, 9) estaban en el auditorio, y cada uno entendía su lengua materna; y en esto se gastaría más tiempo de lo que se colige del texto sagrado, y fuera gran confusión y molestia repetir tantas veces lo mismo o hablar a un tiempo tantas lenguas cada uno, ni el milagro fuera para nosotros tan inteligible como el que he declarado.

76. Las naciones que oían a los Apóstoles no entendieron la maravilla, aunque se admiraron de oír cada uno su idioma nativo y propio. Y lo que el texto de San Lucas dice (Act 2, 4), que los Apóstoles comenzaron a hablar en varias lenguas, es porque al punto las entendieron y hablaron luego en ellas —como diré adelante (Cf. infra n. 83)— y pudieron hablarlas, porque aquel día los que vinieron al cenáculo los oyeron predicar cada nación en su lengua, como queda dicho. Pero la novedad y admiración causó en los oyentes diversos efectos, dividiéndose en contrarios pareceres según la disposición de cada uno. Los que piadosamente oían a los Apóstoles entendían mucho de la divinidad y redención humana de que hablaban altísima y fervorosamente, y con la fuerza de sus palabras eran despertados y movidos en vivos deseos de conocer la verdad, y con la divina luz eran ilustrados y compungidos para llorar sus pecados y pedir misericordia de ellos, y con lágrimas aclamaban a los Apóstoles y les decían les enseñasen lo que debían hacer para alcanzar la vida eterna. Otros, que eran duros de corazón, se indignaban con los

Apóstoles, quedando ayunos de las grandezas divinas que hablaban y predicaban y en lugar de admitirlas los llamaban noveleros y hazañeros. Y muchos de los judíos daban más rígida censura a los Apóstoles, atribuyéndoles que estaban embriagados y sin juicio. Y algunos de éstos eran de los que habían vuelto en sí de la caída que dieron con el trueno que causó el Espíritu Santo.

77. Para convencerlos tomó la mano el Apóstol San Pedro, como cabeza de la Iglesia, y hablando en más alta voz les dijo (Act 2, 14ss): Varones que sois judíos y los que vivís en Jerusalén, oíd mis palabras, y sea notorio a todos vosotros cómo éstos que están conmigo no están embriagados del vino, como vosotros queréis imaginar, pues aún no es pasada la hora del mediodía, cuando los hombres suelen cometer este desorden. Pero sabed todos que se ha cumplido en ellos lo que tiene Dios prometido por el Profeta San Joel [Día 13 de julio: In Palaestina sanctórum Joélis et Esdrae Prophétarum], cuando dijo (Joel 2, 28): Sucederá en los futuros tiempos, que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y los jóvenes y ancianos tendrán visiones y sueños divinos. Y daré mi espíritu a mis siervos y siervas, y haré prodigios en el cielo y maravillas en la tierra, antes que venga el día del Señor grande y manifiesto. Y el que invocare el nombre del Señor, aquél será salvo. Oíd, pues, israelitas mis palabras: Vosotros sois quien quitasteis la vida a Jesús Nazareno por mano de los inicuos, siendo varón santo y aprobado de Dios con virtudes, prodigios y milagros que obró en vuestro pueblo, de que sois testigos y sabedores. Y Dios le resucitó de los muertos, conforme a las profecías de David; que no pudo hablar de sí mismo el santo Rey, pues vosotros tenéis el sepulcro donde está su cuerpo, pero como Profeta habló de Cristo, y nosotros somos testigos de haberle visto resucitado y subir a los cielos en su misma virtud para sentarse a la diestra del

Padre, como también el mismo David dejó profetizado. Entiendan los incrédulos estas palabras y verdades que quieren negar, a que se opondrán las maravillas del Altísimo que obrará en nosotros sus siervos en testimonio de la doctrina de Cristo y de su admirable Resurrección.

78. Entienda, pues, toda la casa de Israel y conozca con certeza que este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, le hizo Dios su Cristo ungido y Señor de todo y le resucitó al tercero día de los muertos.— Oyendo estas razones se compungieron los corazones de muchos de los que allí estaban y con grande llanto preguntaron a San Pedro y a los otros Apóstoles qué podrían hacer para su propio remedio. Y prosiguiendo San Pedro les dijo: Haced verdadera penitencia y recibid el bautismo en nombre de Jesús, con que serán perdonados vuestros pecados y recibiréis también el Espíritu Santo; porque esta promesa se hizo para vosotros, para vuestros hijos y para los que están más lejos, que traerá y llamará el Señor. Procurad, pues, ahora aprovecharos del remedio y ser salvos con desviaros de esta perversa e incrédula generación.— Otras muchas palabras de vida les predicó San Pedro y los demás Apóstoles, con que los judíos y los demás incrédulos quedaron muy confusos y como nada pudieron responder se alejaron y retiraron del cenáculo. Pero los que admitieron la verdadera doctrina y fe de Jesucristo fueron casi tres mil, y todos se juntaron a los Apóstoles y fueron bautizados por ellos con gran temor y terror de todo Jerusalén, porque los prodigios y maravillas que obraban los Apóstoles pusieron grande espanto y miedo a los que no creían.

79. Los tres mil que se convirtieron este día con el primer sermón de San Pedro eran de todas las naciones que entonces estaban en Jerusalén, para que luego alcanzase a todas las gentes el fruto de la Redención y de todas se agregase una Iglesia y a todos se extendiese

la gracia del Espíritu Santo sin excluir a ningún pueblo ni nación, pues de todas se había de componer la universal Iglesia. Muchos fueron de los judíos que con piedad y compasión habían seguido a Cristo nuestro Salvador y atendido a su pasión y muerte, como arriba dije (Cf. supra p. II n. 1387). **Y también se convirtieron algunos, aunque muy pocos, de los que habían intervenido en ella, porque no se dispusieron más, que si lo hicieran todos fueran admitidos a la misericordia y perdonados de su error.** Acabado el sermón se retiraron los Apóstoles aquella tarde al cenáculo con gran parte de la multitud de los nuevos hijos de la Iglesia, para dar cuenta de todo a la Madre de Misericordia María purísima y que la conociesen y venerasen los nuevos convertidos a la fe.

80. Pero la gran Reina de los Ángeles nada ignoraba de todo lo sucedido, porque de su retiro había oído la predicación de los Apóstoles y conoció hasta el menor pensamiento de los oyentes y le fueron patentes los corazones de todos. Estuvo siempre la piadosísima Madre postrada, su rostro pegado con el polvo, pidiendo con lágrimas la conversión de todos los que se redujeron a la fe del Salvador, y por los demás, si quisieran cooperar a los auxilios y gracia del Señor. Y para ayudar a los Apóstoles en aquella grande obra que hacían, dando principio a la predicación, y a los oyentes, para que atendiesen a ella, envió María santísima muchos Ángeles de los que la acompañaban para que inviolablemente asistiesen a unos y a otros con inspiraciones santas que les administraron, alentando a los Sagrados Apóstoles y dándoles esfuerzo para que con más fervor pregonasen y manifestasen los misterios ocultos de la divinidad y humanidad de Cristo Redentor nuestro. Y todo lo ejecutaron los Ángeles como su Reina lo ordenaba, y en esta ocasión obró con su poder y santidad conforme la grandeza de tan nueva maravilla y al paso de la causa y materia que se trataba. Cuando llegaron a su presencia

los Apóstoles con aquellas primicias tan copiosas de su predicación y del Espíritu Santo, los recibió a todos con increíble alegría y suavidad de verdadera y piadosa madre.

81. El Apóstol San Pedro habló a los recién convertidos y les dijo: Hermanos míos y siervos del Altísimo, ésta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro Jesús, cuya fe habéis recibido, reconociéndole por Dios y Hombre verdadero. Ella le dio la forma humana concibiéndole en sus entrañas, y salió de ellas quedando virgen antes del parto, en el parto y después del parto; recibidla por Madre, por amparo y medianera vuestra, que por ella recibiréis vosotros y nosotros luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias.—Con esta exhortación del Apóstol y vista de María santísima recibieron aquellos nuevos fieles admirables efectos de interior luz y consolación, porque este privilegio de hacer grandes beneficios interiores y dar luz particular a los que con piedad y veneración la miraban se le aumentó y renovó cuando estuvo en el cielo a la diestra de su Hijo santísimo. Y como todos aquellos creyentes recibieron este favor con la presencia de la gran Señora, postráronse a sus pies y con lágrimas la pidieron les diese la mano y la bendición a todos. Pero la humilde y prudente Reina se excusó de hacerlo por estar presentes los Apóstoles, que eran Sacerdotes, y San Pedro vicario de Cristo, hasta que el mismo Apóstol la dijo: Señora, no neguéis a estos fieles lo que su piedad pide para consuelo de sus almas.—Obedeció María santísima a la cabeza de la Iglesia y con humilde serenidad de reina dio la bendición a los nuevos convertidos.

82. Mas el amor que solicitaba sus corazones les movió a desear que la divina Madre les hablase algunas palabras de consuelo, y la humildad y reverencia los embarazaba para suplicárselo. Y como atendieron la

obediencia que tenía a San Pedro, se convirtieron a él y le pidieron la rogase no los despidiese de su presencia sin decirles alguna palabra con que fuesen alentados. A San Pedro le pareció convenía consolar aquellas almas que habían renacido en Cristo nuestro bien con su predicación y la de los demás Apóstoles, pero como sabía que la Madre de la Sabiduría no ignoraba lo que había de obrar no se atrevió a decirle más de estas palabras: Señora, atended a los ruegos de estos siervos e hijos vuestros.—Luego la gran Señora obedeció y habló a los convertidos y les dijo: Carísimos hermanos míos en el Señor, dad gracias y alabad de todo corazón al omnipotente Dios, porque de entre los demás hombres os ha traído y llamado al camino verdadero de la eterna vida con la noticia de la santa fe que habéis recibido. Estad firmes en ella para confesarla de todo corazón y para oír y creer todo lo que contiene la ley de gracia, como la ordenó y enseñó su verdadero Maestro Jesús, mi Hijo y vuestro Redentor, y para oír y obedecer a sus Apóstoles que os enseñarán y catequizarán, y por el bautismo seréis señalados con la señal y carácter de hijos del Altísimo. Yo me ofrezco por sierva vuestra, para asistirlos en todo lo que fuere necesario para vuestro consuelo, y rogaré por vosotros a mi Hijo y Dios eterno y le pediré os mire como piadoso padre y os manifieste la alegría de su rostro en la felicidad verdadera y ahora os comunique su gracia.

83. Con esta dulcísima exhortación quedaron aquellos nuevos hijos de la Iglesia confortados, llenos de luz, veneración y admiración de lo que concibieron de la Señora del mundo, y pidiéndola de nuevo su bendición se despidieron aquel día de su presencia, renovados y mejorados con admirables dones de la diestra del Altísimo. Los Apóstoles y discípulos desde aquel día continuaron sin intermisión la predicación y maravillas y por toda aquella octava catequizaron no sólo a los tres

mil que se convirtieron el día de Pentecostés pero a otros muchos que cada día recibían la fe. Y porque venían de todas las naciones, hablaban y catequizaban a cada uno en su propia lengua; que por esto dije arriba (Cf. supra n. 76) hablaron en varias lenguas desde aquella hora. Y no sólo recibieron esta gracia los Apóstoles, pero, aunque en ellos fue mayor y más señalada, también la recibieron los discípulos y todos los ciento y veinte que estaban en el cenáculo y las mujeres santas que recibieron el Espíritu Santo. Y así fue necesario entonces; porque era grande la multitud de las que venían a la fe. Y aunque todos los varones y muchas mujeres iban a los Apóstoles, pero otras muchas después de oírlos acudían a Santa María Magdalena y a sus compañeras y ellas las catequizaban, enseñaban y convertían a otras que llegaban a la fama de los milagros que hacían; porque esta gracia también se comunicó a las mujeres santas, que curaban todas las enfermedades con sólo poner las manos sobre las cabezas, daban vista a ciegos, lengua a los mudos, pies a los tullidos y vida a muchos muertos. Y aunque todas éstas y otras maravillas hacían principalmente los Apóstoles, pero unos y otros admiraban a Jerusalén y la tenían puesta en asombro, sin que se hablase de otra cosa sino de los prodigios y predicación de los Apóstoles de Jesús y de sus discípulos y seguidores de su doctrina.

84. Extendíase la fama de esta novedad hasta fuera de la ciudad, porque ninguno llegaba con enfermedad que no fuese sano de ella. Y fueron entonces más necesarios estos milagros, no sólo para confirmación de la nueva ley y fe de Cristo Señor nuestro, sino también porque el deseo natural que tenían los hombres de la vida y salud corporal los estimulase para que viniendo a buscar la mejoría de los cuerpos oyesen las palabras divinas y volviesen sanos de cuerpo y alma, como sucedía comúnmente a cuantos llegaban a ser curados de los Apóstoles. Con esto se multiplicaba cada día el número

de los creyentes, cuyo fervor en la fe y caridad era tan ardiente, que todos comenzaron a imitar la pobreza de Cristo, despreciando las riquezas y haciendas propias, ofreciendo cuanto tenían a los pies de los Apóstoles, sin reservar ni reconocer cosa alguna por suya. Todas las hacían comunes para los fieles, y todos querían desembarazarse del peligro de las riquezas y vivir en pobreza, sinceridad, humildad y oración continua, sin admitir otro cuidado más que el de la salvación eterna. Todos se reputaban por hermanos e hijos de un Padre que está en los cielos. Y como eran comunes para todos la fe, la esperanza, la caridad y los Sacramentos, la gracia y la vida eterna que buscaban, y por eso les parecía peligrosa la desigualdad entre unos mismos cristianos hijos de un Padre, herederos de sus bienes y profesores de su ley, disonábales que habiendo tanta unión en lo principal, y esencial fuesen unos ricos y otros pobres, sin comunicarse estos bienes temporales como los de la gracia, pues todos son de un mismo Padre para todos sus hijos.

85. Este fue el dorado siglo y dichoso principio de la Iglesia evangélica, donde el ímpetu del río alegró la ciudad de Dios (Sal 45, 5) y el corriente de la gracia y dones del Espíritu Santo fertilizó este nuevo paraíso de la Iglesia recién plantado por la mano de nuestro Salvador Jesús, estando en medio de él el árbol de la vida María santísima. Entonces era la fe viva, la esperanza firme, la caridad ardiente, la sinceridad pura, la humildad verdadera, la justicia rectísima, cuando los fieles ni conocían la avaricia ni seguían la vanidad, hollaban el fausto, ignoraban el lujo, la soberbia, ambición, que después han prevalecido tanto entre los profesores de la fe, que se confiesan por seguidores de Cristo y con las obras le niegan. Daremos por descargo que entonces eran las primicias del Espíritu Santo y que los fieles eran menos, que los tiempos ahora son diferentes y que vivía

en aquellos en la Santa Iglesia la Madre de la sabiduría y de la gracia María santísima nuestra Señora, cuya presencia, oraciones y amparo los defendían y confirmaban para creer y obrar heroicamente.

86. A esta réplica responderé más en el discurso de esta Historia, donde se entenderá que por culpa de los fieles se han introducido tantos vicios en el término de la Iglesia, dando al demonio la mano, que él mismo con su soberbia y malicia aún no imaginaba que conseguiría entre los cristianos. Y sólo digo ahora que la virtud y gracia del Espíritu Santo no se acabaron en aquellas primicias, siempre es la misma y fuera tan eficaz con muchos hasta el fin de la Iglesia como lo fue en pocos en sus principios, si estos muchos fueran tan fieles como aquellos pocos. Es verdad que los tiempos se han mudado, pero esta mudanza de la virtud a los vicios y del bien al mal no consiste en la mudanza de los cielos y de los astros, sino en las de los hombres, que se han desviado del camino recto de la vida eterna y caminan a la perdición. No hablo ahora de los paganos y herejes que del todo han desatinado, no sólo con la luz verdadera de la fe y de la misma razón natural; hablo de los fieles, que se precian de ser hijos de la luz, que se contentan con solo el nombre y tal vez se valen de él para dar color de virtud a los vicios y rebozar los pecados.

87. De las maravillas y grandiosas obras que hizo la gran Reina en la primitiva Iglesia, no será posible en esta tercera parte escribir la menor de ellas, pero de lo que escribiré y de los años que vivió en el mundo después de la Ascensión, se podrá inferir mucho. Porque no cesó ni descansó, ni perdió punto ni ocasión en que no hiciera algún singular favor a la Iglesia en común o en particular, así orando y pidiéndolo a su Hijo santísimo sin que nada se le negase, como exhortando, enseñando, aconsejando

y derramando la divina gracia, de que era tesorera y dispensadora, por diversos modos entre los hijos del Evangelio. Y entre los ocultos misterios que sobre este poder de María santísima se me han manifestado, uno es que en aquellos años que vivió en la Iglesia Santa fueron muy pocos respectivamente los que se condenaron, y se salvaron más que en muchos siglos después, comparando un siglo con aquellos pocos años.

88. Yo confieso que esta felicidad de aquel más que dichoso siglo nos pudiera causar santa envidia a los que nacemos en la luz de la fe en los últimos y peores tiempos, si con la sucesión de los años fuera menor el poder y la caridad y clemencia de esta suprema Emperatriz. Verdad es que no alcanzamos aquella dicha de verla, tratarla y oírla corporalmente con los sentidos, y en esto fueron más bienaventurados que nosotros aquellos primeros hijos de la Iglesia. Pero entendamos todos que en la divina ciencia y caridad de esta piadosa Madre estuvimos presentes, aun en aquel siglo, porque a todos nos vio y conoció en el orden y sucesión de la Iglesia que nos tocaba nacer en ella y por todos oró y pidió como por los que entonces vivían. Y no es ahora menos poderosa en el cielo que entonces lo era en la tierra, tan Madre nuestra es como de los primeros hijos y por suyos nos tiene como los tuvo a ellos. Mas ¡ay dolor! que nuestra fe, nuestro fervor y devoción es muy diferente. No se ha mudado ella, ni su caridad es menos ahora, ni lo fuera su intercesión y amparo si en estos afligidos tiempos acudiéramos a ella reconocidos, humillados y fervientes, solicitando su intercesión y dejando en sus manos nuestra suerte con segura esperanza del remedio como lo hacían aquellos devotos y primitivos hijos; que sin duda conociera luego toda la Iglesia católica en los fines el mismo amparo que tuvo en esta Reina en sus principios.

89. Volvamos al cuidado que tenía la piadosa Madre con los Apóstoles y con los recién convertidos, atendiendo al consuelo y necesidad de todos y de cada uno. Exhortó y animó a los Apóstoles y ministros de la divina palabra, renovando en ellos la atención que debían tener del poder y demostraciones tan prodigiosas con que su Hijo santísimo comenzaba a plantar la fe de su Iglesia, la virtud que el Espíritu Santo les había comunicado para hacerlos ministros tan idóneos, la asistencia que siempre conocieron del poderoso brazo del Altísimo, que le reconociesen y alabasen por Autor de todas aquellas obras y maravillas, que por todas ellas diesen humildes agradecimientos y con segura confianza prosiguiesen la predicación y exhortación de los fieles, la exaltación del nombre del Señor, que fuese alabado, conocido y amado de todos. Esta doctrina y amonestación que hizo al Colegio Apostólico ejecutaba ella primero con postraciones, humillaciones, alabanzas, cánticos y loores al Altísimo. Y esto era con tanta plenitud, que por ninguno de los convertidos dejó de hacer gracias y peticiones fervorosas al Eterno Padre, porque a todos los tenía presentes en su mente con distinción.

90. Y no sólo hacía por cada uno estas obras, pero a todos los admitía, oía y acariciaba con palabras de vida y luz. Y aquellos días después de la venida del Espíritu Santo muchos le hablaron en secreto, manifestándola sus interiores, y lo mismo sucedía después de los que se convertían en Jerusalén, aunque no los ignoraba la gran Reina; porque conocía los corazones de todos y sus afectos, inclinaciones y condiciones, y con esta divina ciencia y sabiduría se acomodaba a la necesidad y natural de cada uno y le aplicaba la medicina saludable que pedía su dolencia. Y por este modo hizo María santísima tan raros beneficios y tan grandes favores a innumerables almas, que no se pueden conocer en esta vida.

91. Ninguno de los que la divina Maestra informó y catequizó en la fe se condenó, aunque fueron muchos a los que alcanzó esta feliz suerte, porque entonces, y después todo lo que vivieron, hizo especial oración por ellos, y todos fueron escritos en el libro de la vida. Y para obligar a su Hijo santísimo le decía: Señor mío y vida de mi alma, por vuestra voluntad y agrado volví al mundo para ser Madre de vuestros hijos y mis hermanos los fieles de Vuestra Iglesia. No cabe en mi corazón que se pierda el fruto de vuestra sangre, de infinito precio, en estos hijos que solicitan mi intercesión, ni han de ser infelices por haberse valido de este humilde gusanillo de la tierra para inclinar Vuestra clemencia. Admitidlos, Hijo mío, en el número de vuestros predestinados y amigos para Vuestra gloria.— A estas peticiones la respondió luego el Señor, que se haría lo que pedía. Y lo mismo creo yo sucede ahora con los que merecen la intercesión de María santísima y la piden de todo corazón, porque si esta purísima Madre llega a su Hijo santísimo con semejantes peticiones, ¿cómo se puede imaginar que le negará lo poco el que la dio todo su mismo ser, para que le vistiese de la carne y naturaleza humana y en ella le criase y alimentase a sus virginales pechos?

92. Muchos de aquellos nuevos fieles, con el concepto tan alto que sacaban de oír y ver a la gran Señora, volvían a ella y le llevaban joyas, riquezas y grandes dones, y especialmente las mujeres se despojaban de sus galas para ofrecerlas a la divina Maestra, pero ninguna de todas estas cosas recibió ni admitió. Y si alguna convenía recibir, disponía los ánimos ocultamente para que acudiesen a los Apóstoles y que ellos dispensasen de todo esto, repartiéndolo con caridad, equidad y justicia entre los fieles más pobres y necesitados, pero agradecíalo la humilde Madre como si lo recibiera para sí misma. A los pobres y enfermos admitía con inefable clemencia y a muchos curaba de enfermedades

envejecidas y antiguas. Y por mano de San Juan Evangelista remedió grandes necesidades ocultas, atendiendo a todo sin omitir cosa alguna de virtud. Y como los Apóstoles y discípulos se ocupaban todo el día en la predicación y conversión de los que venían a la fe, cuidaba la gran Reina de prevenirles lo necesario para su comida y sustento y llegada la hora servía personalmente a los Sacerdotes hincadas las rodillas y pidiéndoles la mano con increíble humildad y reverencia para besársela. Esto hacía especialmente con los Apóstoles, como quien miraba y conocía sus almas confirmadas en gracia y en los efectos que en ellas había obrado el Espíritu Santo y la dignidad de sumos sacerdotes y fundamentos de la Iglesia. Y algunas veces los veía con gran resplandor que despedían, y todo la aumentaba la reverencia y veneración.

Doctrina que me dio la gran Reina de los ángeles.

93. Hija mía, en lo que has conocido de los sucesos de este capítulo hallarás encerrado mucho del misterio oculto de la predestinación de las almas. Advierte cómo para todas fue poderosa la Redención humana, pues fue tan superabundante y copiosa. A todos se les propuso la palabra de la verdad divina, cuantos oyeron la predicación o llegaron a su noticia los efectos de la venida de mi Hijo al mundo. Y fuera de la exterior predicación y noticia del remedio, a todos se les dieron interiores inspiraciones y auxilios para que le admitiesen y buscasen. Y con todo esto, te admiras que con el primer sermón del Apóstol se convirtiesen tres mil entre la multitud grande que estaba en Jerusalén. Y mayor admiración podía causar que ahora se conviertan tan pocos al camino de la salvación eterna, cuando está más dilatado el Evangelio, la predicación es frecuente, los ministros muchos, la luz de la Iglesia más clara y la noticia de los misterios divinos más expresa, y con todo

esto los hombres están más ciegos y los corazones más endurecidos, la soberbia más levantada, la avaricia sin rebozo y todos los vicios sin temor de Dios y sin recato.

94. En esta perversidad y suerte infelicísima no pueden los mortales querellarse de la altísima y justísima Providencia del Señor, que a todos y a cada uno ofreció y ofrece su paternal misericordia y enseña el camino de la vida y también de la muerte, y al que deja endurecer el corazón es con rectísima justicia. De sí mismos se querellarán sin remedio los réprobos, cuando sin tiempo conozcan lo que en el tiempo oportuno podían y debían conocer. Si en la vida breve y momentánea, que se les concede para merecer la eterna, cierran los oídos y los ojos a la verdad y a la luz y escuchan al demonio, entregándose a todo su impiísima voluntad, y usan tan mal de la bondad y clemencia del Señor, ¿qué pueden alegar en su descargo? Y si no saben perdonar una injuria y antes por cualquier ligero agravio intentan cruelísimas venganzas, por atesorar la hacienda pervierten todo el orden de la razón y fraternidad natural, por un torpe deleite se olvidan de la pena eterna y sobre todo desprecian las inspiraciones, auxilios y avisos que Dios les envía para que teman su perdición y no se entreguen a ella, ¿cómo se podrán querellar de la divina clemencia? Desengáñense, pues, los mortales que han pecado contra Dios, que sin penitencia no hay gracia y sin enmienda no hay remisión y sin perdón no hay gloria. Pero así como a ningún indigno se le concederá, tampoco se le negará al que fuere digno, ni jamás faltó ni faltará la misericordia para el que la quisiere granjear.

95. De todas estas verdades quiero, hija mía, que tú colijas los documentos saludables que te convienen. El primero sea, que recibas con atención cualquiera inspiración santa que tuvieres, cualquiera aviso o doctrina que oyeres, aunque venga por mano del más

inferior ministro del Señor o de cualquiera criatura; y debes considerar prudentemente que no es acaso y sin disposición divina que llegue a tu noticia, pues no hay duda que todo lo ordena la Providencia del Altísimo para darte algún aviso, y así le debes recibir con humilde agradecimiento y conferirlo en tu interior para entender qué virtud puedes y debes obrar con aquel despertador que te han dado y ejecutarla como la entendieres y conocieres. Y aunque te parezca cosa pequeña no la desprecies, que por aquella obra buena te dispones para otras de mayor mérito y virtud. Advierte lo segundo, el daño que hace en las almas despreciar tantos auxilios, inspiraciones y llamamientos y otros beneficios del Señor, pues la ingratitud que en esto se comete va justificando la justicia con que el Altísimo viene a dejar endurecidos muchos pecadores. Y si en todos este peligro es tan formidable, ¿cuánto lo sería en ti, si malograses tan abundante gracia y favores como de la clemencia del Señor has recibido sobre muchas generaciones? Y porque todo lo ordena mi Hijo santísimo para tu bien y de otras almas, quiero últimamente que a imitación mía, como has conocido, se engendre en tu corazón un cordialísimo afecto de ayudar a todos los hijos de la Iglesia y a todos los demás que pudieres, clamando al Altísimo de lo íntimo de tu corazón, suplicándole mire a todas las almas con ojos de misericordia y que las salve. Y porque consigan esta dicha, ofréctete a padecer si fuere necesario, acordándote que le costaron a mi Hijo y tu Esposo derramar sangre y dar su vida para rescatarlos, y lo que yo trabajé en la Iglesia. El fruto de esta Redención pídelo tú a la divina misericordia continuamente y para eso te impongo mi obediencia.

CAPITULO 7

Júntanse los Apóstoles y discípulos para resolver algunas dudas en particular sobre la forma del bautismo,

dánsele a los nuevos catecúmenos, celebra San Pedro la primera Santa Misa y lo que en todo esto obró María santísima.

96. No pertenece al intento de esta Historia proseguir en ella el orden de los Hechos Apostólicos, como lo escribe San Lucas, ni referir todo lo que hicieron los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo. Porque, aunque es cierto que de todo tuvo noticia y ciencia la gran Reina y Maestra de la Iglesia, pero muchas cosas hicieron no estando ella presente, y no es necesario referirlas aquí, ni tampoco es posible declarar el modo con que Su Alteza concurría a todas las obras de los Apóstoles y discípulos y a cada uno de los sucesos en particular, que para esto eran necesarios grandes volúmenes de libros. Basta para mi intento y para tejer este discurso tomar lo que es forzoso del que guarda el Evangelista en los Actos [Hechos] de los Apóstoles, con que se entenderá mucho de lo que él omitió tocante a nuestra Reina y Señora, porque no era para su intento ni convenía escribirlo entonces.

97. Pues como los Apóstoles continuasen la predicación y prodigios que obraban en Jerusalén crecía también el número de los creyentes, que en los siete días después de la venida del Espíritu Santo llegaron a cinco mil, que dice San Lucas en el capítulo 4 (Act 4, 4). Y todos los iban catequizando para darles el bautismo, ocupándose en esto principalmente los discípulos, porque los Apóstoles predicaban y tenían algunas controversias con los fariseos y saduceos. Este día séptimo, estando la Reina de los Ángeles retirada en su oratorio y considerando cómo iba creciendo aquella pequeña grey de su Hijo santísimo, multiplicó sus ruegos presentándola a Su Majestad, pidiéndole diese luz a sus ministros los Apóstoles para que comenzasen a disponer el gobierno necesario para la más acertada dirección de aquellos

nuevos hijos de la fe. Y postrada en tierra adoró al Señor y le dijo: **Altísimo Dios eterno, este vil gusanillo os alaba y engrandece por el amor inmenso que tenéis al linaje humano y porque tan liberal manifestáis Vuestra misericordia de Padre, llamando a tantos hombres al conocimiento y fe de Vuestro Hijo santísimo, glorificando y dilatando la honra de vuestro santo nombre en el mundo. Suplico a Vuestra Majestad, Señor mío, enseñéis y deis luz a Vuestros Apóstoles y mis señores de todo lo que conviene a Vuestra Iglesia, para que puedan disponer y ordenar el gobierno necesario para su amplificación y conservación.**

98. Luego la prudentísima Madre en aquella visión que tenía de la divinidad conoció al Señor muy propicio, que a sus ruegos la respondió: María, esposa mía, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Porque tu voz y tus ansias han sonado dulcemente en mis oídos (Cant 2, 14). Pide lo que deseas, que mi voluntad está inclinada a tus ruegos.— Respondió María santísima: Dios y Señor mío, dueño de todo mi ser, mis deseos y mis gemidos no son ocultos a Vuestra sabiduría infinita. Quiero, busco y solicito Vuestro mayor agrado y beneplácito, vuestra mayor gloria y exaltación de Vuestro nombre en la Santa Iglesia. Estos nuevos hijos con que tan presto la habéis multiplicado os presento, y mi deseo de que reciban el sagrado bautismo, pues ya están informados en la santa fe. Y si es de Vuestra voluntad y servicio, deseo también que los Apóstoles, Vuestros Sacerdotes y ministros, comiencen ya a consagrar el cuerpo y sangre de vuestro Hijo y mío, para que con este admirable y nuevo sacrificio os den gracias y loores por el beneficio de la Redención humana y de los que por ella habéis hecho al mundo, y asimismo para que los hijos de la Iglesia que fuere Vuestra voluntad recibamos este alimento de vida eterna. Yo soy polvo y ceniza, la menor sierva de los fieles y mujer, y por esto me detengo en proponerlo a Vuestros Sacerdotes los

Apóstoles. Pero inspirad, Señor, en el corazón de Pedro, que es Vuestro vicario, para que ordene lo que Vos queréis.

99. Este beneficio más debió también la nueva Iglesia a María santísima, que por su prudentísima atención y por su intercesión se comenzase a consagrar el cuerpo y sangre de su Hijo santísimo y celebrar la primera Santa Misa en la misma Iglesia después de la Ascensión y venida del Espíritu Santo. Y estaba puesto en razón que por su diligencia se comenzase a distribuir el pan de vida entre sus hijos, pues ella era la nave rica y próspera que le trajo de los cielos (Prov 31, 14). Para esto la respondió el Señor: Amiga y paloma mía, hágase lo que tú pides y deseas. Mis Apóstoles con Pedro y Juan te hablarán y ordenarás por ellos lo que deseas para que se ejecute.— Luego entraron todos a la presencia de la gran Reina, que los recibió con la reverencia acostumbrada, puesta de rodillas y pidiéndoles la bendición. San Pedro, como cabeza del apostolado, se la dio. Habló por todos y propuso a María santísima cómo los nuevos convertidos estaban ya catequizados en la fe y misterios del Señor, y que sería justo darles el bautismo y señalarlos por hijos de Cristo y agregados al gremio de la Santa Iglesia, y pidió a la divina Maestra que ella ordenase lo que fuese más acertado y del beneplácito del Altísimo.

100. Respondió la prudentísima Madre: Señor, Vos sois cabeza de la Iglesia y vicario de mi Hijo santísimo en ella, y todo lo que en su nombre por vos fuere ordenado lo aprobará su voluntad santísima, y la mía es la suya con la vuestra.—Con esto San Pedro ordenó que el día siguiente —que correspondió al domingo de la santísima Trinidad— se les diese el Santo Bautismo a los catecúmenos que aquella semana se habían convertido, y así lo aprobó nuestra Reina y los demás Apóstoles. Pero luego se ofreció otra duda sobre el bautismo que habían

de recibir, si sería el de San Juan Bautista o el de Cristo nuestro Salvador. A algunos de aquella congregación les parecía que se les diese el bautismo de San Juan Bautista, que era de penitencia, y que por esta puerta habían de entrar a la fe y justificación de las almas. Otros, por el contrario, dijeron que con el bautismo de Cristo y su muerte había expirado el bautismo de San Juan Bautista, que servía para prevenir los corazones que recibiesen al Redentor, y que el Bautismo de Su Majestad daba gracia para justificar y lavar todos los pecados a quien estaba dispuesto, y que era necesario introducirle luego en la Santa Iglesia.

101. Este parecer aprobaron San Juan Evangelista y San Pedro, y le confirmó María santísima, con que se estableció que luego se introdujese el bautismo de Cristo nuestro Señor y con él fuesen bautizados aquellos nuevos convertidos y los demás que viniesen a la Iglesia. Y en cuanto a la materia y forma de este bautismo no hubo duda entre los Apóstoles, porque todos convinieron que la materia había de ser agua natural y elemental y la forma: **"Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"**, por haber sido esta materia y forma las que señaló el mismo Señor nuestro Salvador y las practicó en los que dejó bautizados por su persona. Esta forma del bautismo se guarda siempre desde este día. Y cuando en los Actos [Hechos] de los Apóstoles se dice que bautizaban en el nombre de Jesús (Act 2, 38), no se entiende esto de la forma, sino del autor del bautismo que era Jesús, a diferencia del bautismo de San Juan Bautista. Y lo mismo era bautizar en el nombre de Jesús que con el bautismo de Jesús, pero la forma era la que el mismo Señor dijo expresando las tres personas de la Santísima Trinidad (Mt 28, 19), como fundamento y principio de toda la fe y verdad católica. Con esta resolución acordaron los Apóstoles que para el día siguiente se juntasen todos los catecúmenos en la casa

del cenáculo para ser bautizados, y que los setenta y dos discípulos tomasen a su cargo prevenirlos aquel día.

102. Después de esto la gran Señora habló a toda aquella congregación y habiéndoles pedido licencia les dijo: Señores míos, el Redentor del mundo, mi Hijo y Dios verdadero, por el amor que tuvo a los hombres ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su sagrado cuerpo y sangre, consagrándose a sí mismo debajo las especies de pan y vino, en que determinó quedarse en la Santa Iglesia, para que en ella tengan sus hijos sacrificio y alimento de vida eterna y prenda segurísima de la que esperan en los cielos. Por este sacrificio, que contiene los misterios de la vida y muerte del Hijo, se ha de aplacar el Padre, y en Él y por Él le dará la Iglesia las gracias y loores que como a Dios y bienhechor le debe. Y vosotros sois los Sacerdotes y ministros a quien solos pertenecen el ofrecerle. Mi deseo es, si fuere vuestra voluntad, que deis principio a este incruento sacrificio y consagréis el cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, para que agradezcamos el beneficio de su Redención y de haber enviado al Espíritu Santo a la Iglesia, y para que recibéndole los fieles comiencen a gozar este pan de vida y sus divinos efectos. Y de los que recibieren el Bautismo, podrán ser admitidos a la comunión del sagrado cuerpo aquellos que parecieren más capaces y estuvieren preparados, pues el Bautismo es la primera disposición para recibirle.

103. Con la voluntad de María santísima se conformaron todos los Apóstoles y discípulos y la dieron gracias por el beneficio que todos recibían con su advertencia y doctrina, y quedó determinado que el día siguiente, después del Bautismo de los catecúmenos, se consagrasen el cuerpo y sangre de Cristo y que San Pedro fuese el Sacerdote, pues era el supremo de la Iglesia. Admitiólo el Santo Apóstol y antes de salir de aquella junta propuso en ella otra duda, para que

también se resolviese sobre la dispensación y gobierno con que se habían de distribuir las limosnas y bienes de los convertidos que les ofrecían, y para que lo considerasen todos lo propuso de esta manera:

104. Carísimos hermanos míos, ya sabéis que nuestro Redentor y Maestro Jesús, con ejemplo, con doctrina y mandatos, nos ordenó y enseñó la verdadera pobreza en que debíamos vivir, ahorrados y libres de los cuidados del dinero y de la hacienda, sin codiciarla ni juntar tesoros en esta vida. Y a más de esta saludable doctrina, **tenemos delante de los ojos muy reciente el formidable escarmiento de la perdición de Judas Iscariotes, que también era Apóstol como nosotros y por su avaricia y codicia del dinero infelizmente se perdió y cayó de la dignidad del apostolado en el abismo de la maldad y condenación eterna.** Este peligro tan tremendo hemos de alejar de nosotros, que ninguno ha de poseer dinero ni tratarlo, para imitar y seguir en suma pobreza a nuestro Capitán y Maestro. Y todos vosotros conozco que deseáis esto mismo, entendiendo que para retirarnos de este contagio nos puso luego el Señor el riesgo y el castigo delante los ojos. Y para que todos quedemos libres de este embarazo que sentimos con las dádivas y limosnas que los fieles nos ofrecen, es necesario para adelantar tomar forma de gobierno. En esta materia conviene que ahora determinéis el modo y orden que se ha de guardar en recibir y dispensar el dinero y dádivas que nos ofrecieren.

105. Para tomar medio conveniente en este gobierno, se halló algo embarazado todo el Colegio de los Apóstoles y discípulos y propusieron diversos arbitrios. Algunos dijeron que se nombrase un mayordomo que recibiera todo el dinero y ofrendas y lo distribuyese y gastase acudiendo a las necesidades de todos, pero este arbitrio, con el ejemplo de Judas Iscariotes, no se abrazó tan bien

entre aquel colegio de pobres y discípulos del Maestro de la pobreza. A otros les pareció que se depositase todo y entregase a persona de confianza fuera del colegio, que fuese dueño y señor de ello y acudiese con los frutos o como réditos a la necesidad de los otros fieles, y también en esto se hallaron dudosos, como en otros medios que se proponían. La gran Maestra de humildad María santísima oyó a todos sin hablar palabra, así porque daba aquella reverencia a los Apóstoles, como porque si dijera primero su parecer ninguno manifestara su propio dictamen, y aunque era Maestra de todos siempre se portaba como discípula que oía y aprendía. Pero San Pedro y San Juan, viendo la diversidad de arbitrios que se proponían por los demás, suplicaron a la divina Madre los encaminase a todos en aquella duda, declarándoles lo más agradable a su Hijo santísimo.

106. Obedeció luego y hablando a toda aquella congregación les dijo: Señores y hermanos míos, yo estuve en la escuela de nuestro verdadero Maestro, mi Hijo santísimo, desde la hora que nació de mis entrañas hasta que murió y subió a los cielos, y en el discurso de su vida divina jamás le vi ni conocí que tocase ni tratase por su mano el dinero, ni tampoco que admitiese dádiva de mucho valor o precio. Y cuando recién nacido recibió los dones que adorándole ofrecieron los reyes del oriente, fue por el misterio que significaban y para no frustrar los piadosos intentos de aquellos reyes, que eran las primicias de las gentes. Pero sin dilación, estando en mis brazos, me ordenó que luego los distribuyese entre los pobres y en el templo, como lo hice. Y muchas veces me dijo en su vida, que entre los altos fines para que vino al mundo en forma humana uno fue levantar la pobreza y enseñarla a los mortales, de quienes era aborrecida, y con su conversación, doctrina y vida santísima siempre me manifestó y así lo entendí que **la santidad y perfección que venía a enseñar se había de fundar en**

suma pobreza voluntaria y desprecio de las riquezas, y cuanto ésta fuese mayor en la Iglesia, tanto se levantaría la santidad que en todos tiempos tuviese, y así se conocerá en los futuros.

107. Pues habiendo de seguir los pasos de nuestro verdadero Maestro y poner en práctica su doctrina para imitarle y fundar su Iglesia con ella y con su ejemplo, necesario es que todos abracemos la más alta pobreza y la veneremos y honremos como a madre legítima de las virtudes y santidad. Y así me parece que todos apartemos el corazón del amor y codicia de las riquezas y dinero y que todos nos abstengamos de recibirlo y tratarlo y de admitir dádivas grandes y de mucho valor. Y para que a ninguno toque la avaricia, se pueden elegir seis o siete personas de vida aprobada y de virtud bien fundada que reciban las ofrendas y limosnas y lo demás de que los fieles se quieren desposeer, para vivir más seguros y seguir a Cristo mi Hijo y su Redentor sin embarazo de hacienda. **Y todo esto tenga nombre de limosna y no de renta ni dinero ni de rédito, y el uso de ello sea para las necesidades comunes de todos y de nuestros hermanos los pobres, necesitados y enfermos, y ninguno en nuestra congregación, ni la Iglesia reconozca cosa alguna por suya propia más que de sus hermanos. Y si no bastaren para todos estas limosnas ofrecidas por Dios, pediránlas en su nombre los que para esto fueren señalados, y todos entendamos que nuestra vida ha de pender de la altísima Providencia de mi Hijo santísimo y no de la codicia ni del dinero, ni de adquirirlo y de juntar hacienda con pretexto de sustentarnos, más que con la confianza y mendicación moderada, cuando sea necesaria.**

108. Ninguno de los Apóstoles ni de los otros fieles de aquella santa congregación replicó a la determinación de su gran Reina y nuestra, sino todos abrazaron y admitieron su doctrina, reconociendo que ella era la

única y legítima discípula del Señor y Maestra de la Iglesia. Y la prudentísima Madre, por disposición divina, no quiso fiar de ninguno de los Apóstoles esta enseñanza y el asentar en la Iglesia el sólido fundamento de la perfección evangélica y cristiana, porque obra tan ardua pedía el magisterio y el ejemplo de Cristo y de su misma Madre. Ellos fueron los inventores y artífices de esta nobilísima pobreza y los que primero la honraron y profesaron, y a los Maestros siguieron los Apóstoles y todos los hijos de la primitiva Iglesia, y perseveró este modo de pobreza por muchos años. Después, por la fragilidad humana y por la malicia del enemigo, no se conservó en todos y se vino a reducir la pobreza voluntaria a sólo el estado eclesiástico. Y porque también la dificultó el tiempo o la imposibilitó, levantó Dios el estado de las religiones, donde con alguna diversidad de institutos se renovó y resucitó la pobreza primitiva en todo o en la mayor parte, y así se conservará en la Iglesia hasta su fin, gozando de los privilegios de esta virtud los que más o menos la siguen, la honran y la aman. Ningún estado de los que aprueba la Santa Iglesia se excluyó de la perfección proporcionada, y ninguno tiene excusa de no seguir la más alta en el estado que vive. Pero como en la casa de Dios hay muchas mansiones (Jn 14, 2), también hay orden y grados; tenga cada uno el que le toca según el género de su estado. Mas entendamos todos, que el primer paso en la imitación y secuela de Cristo es la voluntaria pobreza, y el que la siguiere más ahorrado puede alargar los pasos más ligeramente para allegarse más a Cristo y participar con abundancia de las otras virtudes y perfecciones.

109. Con la determinación de María santísima se concluyó aquella junta del Colegio Apostólico y fueron nombrados seis varones prudentes para recibir limosnas y dispensarlas. Y la gran Señora pidió la bendición a los Apóstoles, que salieron a continuar su ministerio y los

discípulos a prevenir los catecúmenos para recibir el Bautismo el día siguiente. La Reina con asistencia de sus Ángeles y de las otras Marías salió a disponer y alinear la sala donde su Hijo santísimo celebró las cenas, y por su mano la limpió y barrió para volver a consagrar en ella el día siguiente como estaba tratado. Pidió al dueño de la casa el mismo adorno que se puso el jueves de la cena, como dije en su lugar (Cf. supra p. II n. 1158, 1181), y el devoto huésped lo ofreció todo con suma veneración en que tenía a María santísima. Previno también Su Alteza el pan cenceño [de trigo puro] y vino [de vid puro] necesario para la consagración y también el mismo plato y cáliz en que había consagrado nuestro Salvador. Y para el Bautismo previno agua pura y bacías en que se hiciese con facilidad y decencia. Con esta prevención se retiró la piadosa Madre y pasó aquella noche en ferventísimos efectos, postraciones, hacimiento de gracias y otros ejercicios con altísima oración, ofreciendo al Eterno Padre todo lo que con altísima sabiduría conoció, para disponerse dignamente para la comunión que esperaba y para que los demás también la recibiesen con agrado de Su Altísima Majestad, y lo mismo pidió por los que habían de ser bautizados.

110. El día siguiente por la mañana, que fue el octavo del Espíritu Santo, se juntaron en la casa del cenáculo todos los fieles y catecúmenos con los Apóstoles y discípulos y estando congregados les predicó San Pedro, declarándoles la condición y excelencia del Sacramento del Bautismo, la necesidad que de él tenían y los efectos divinos que por él recibirían, quedando señalados por miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia con el carácter interior y reengendrados en el ser de hijos de Dios y herederos de su gloria por la gracia justificante y remisión de los pecados. Exhortóles a la guarda de la divina ley a que se obligaban por su voluntad propia y al humilde agradecimiento de este beneficio y de todos los

demás que de la mano del Altísimo recibían. Declaróles asimismo la verdad del misterio sacrosanto de la Eucaristía que se había de celebrar, consagrando el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo, para que todos le adorasen y se preparasen los que después del bautismo le habían de recibir.

111. Con este sermón se fervorizaron todos los nuevos convertidos, porque su disposición era de todo corazón verdadera, las palabras del Apóstol vivas y penetrantes y la gracia interior muy copiosa. Luego se comenzó el bautismo por mano de los Apóstoles con gran orden y devoción de todos. Y para esto entraban los catecúmenos por una puerta del cenáculo y salían por otra ya bautizados y asistían a guiarlos sin confusión los discípulos y otros fieles. A todo estaba presente María santísima, aunque retirada a un lado del cenáculo, y por todos hacía oración y cánticos de alabanza. Conocía en cada uno el efecto que hacía el bautismo en mayor o menor grado de las virtudes que se les infundían. Pero miraba y conocía que todos eran renovados y lavados en la sangre del Cordero y que sus almas recibían una pureza y candidez divina. Y en testimonio de esto, a vista de todos los que estaban presentes, descendía una clarísima y visible luz del cielo sobre cada uno que se acababa de bautizar. Y con esta maravilla quiso Dios autorizar el principio de este gran sacramento en su Iglesia y consolar a aquellos primeros hijos que por esta puerta entraban en ella, y a nosotros que alcanzamos esta dicha menos advertida y agradecida de lo que debemos.

112. Concluyóse esta acción del bautismo, aunque pasaron de cinco mil los que este día le recibieron. Y mientras los bautizados daban gracias por tan admirable beneficio, se pusieron los Apóstoles un rato en oración con todos los discípulos y otros fieles. Y todos se

postraron en tierra confesando y adorando al Señor Dios infinito e inmutable y la propia indignidad para recibirle en el augustísimo sacramento del altar. Con esta profunda humildad y adoración se prepararon de próximo para comulgar. Y luego dijeron las mismas oraciones y salmos que Cristo Señor nuestro había dicho antes de consagrar, imitando en todo aquella acción, como la habían visto hacer a su divino Maestro. Tomó San Pedro en sus manos el pan ázimo que estaba preparado, y levantando primero los ojos al cielo con admirable reverencia, pronunció sobre el pan las palabras de la consagración del cuerpo santísimo de Cristo, como las dijo antes el mismo Señor Jesús. Al punto fue lleno el cenáculo de un resplandor visible con inmensa multitud de Ángeles, y toda esta luz se encaminó singularmente a la Reina del cielo y tierra advirtiéndolo todos. Luego San Pedro consagró el cáliz y con el sagrado cuerpo y sangre hizo las mismas ceremonias que nuestro Salvador, levantándolos para que todos lo adorasen. Tras de esto se comulgó el Apóstol a sí mismo y luego a los once Apóstoles, como María santísima se lo había prevenido. Y luego por mano de San Pedro comulgó la divina Madre, asistiéndola con inefable reverencia los espíritus celestiales que allí estaban. Y para llegar la gran Señora al altar hizo tres humillaciones y postraciones hasta llegar con su rostro al suelo.

113. Volvió luego a su lugar, donde antes había estado, y no es posible manifestar con palabras los efectos que hizo en esta suprema criatura la comunión de la Eucaristía, porque toda fue transformada y elevada, toda absorta en aquel divino incendio del amor de su Hijo santísimo, que con su cuerpo sagrado participó. Quedó elevada y abstraída, pero los Santos Ángeles la encubrieron algo por voluntad de la misma Reina, para que los circunstantes no atendiesen más de lo que convenía a los efectos divinos que en ella se pudieran

conocer. Prosiguieron los discípulos comulgando después de nuestra Reina, y tras ellos comulgaron los otros fieles que antes habían creído. Pero, de los cinco mil bautizados, comulgaron aquel día solos mil, porque no todos estaban hartos capaces ni prevenidos para recibir al Señor con el conocimiento y disposición tan atenta que pide este gran Sacramento y misterio del altar. La forma de comunión que usaron este día los Apóstoles fue comulgando todos, con María santísima y los ciento veinte en quienes vino el Espíritu Santo, en entrambas especies de pan y vino, pero los recién bautizados sólo comulgaron en las especies de pan. Mas esta diferencia no se hizo porque los nuevos fieles fuesen menos dignos de unas especies que de otras, sino porque los Apóstoles conocieron que en cualquier especie recibían una misma cosa por entero, que era a Dios sacramentado, y que no había precepto para cada uno de los fieles ni tampoco necesidad de comulgar en entrambas especies; y para la multitud hubiera gran peligro de irreverencia y otros inconvenientes muy graves en comulgar las especies del *sanguis*, los que no había entonces para pocos que le recibieron. **Pero desde la primitiva Iglesia he entendido que se comenzó la costumbre de comulgar en sola especie de pan los que no celebraban ni consagraban.** Y aunque también algunos sin ser sacerdotes comulgaban algún tiempo en entrambas especies, pero creciendo la Santa Iglesia, dilatada por todo el mundo, convenientemente ordenó, como gobernada por el Espíritu Santo, que los legos y los que no consagran en la misa comulgasen sólo el cuerpo sagrado y tocarse a los que celebran este divino convite comulgar en entrambas especies que consagran. Esta es la seguridad de la Santa Iglesia católica romana.

114. Acabada la comunión de todos, San Pedro dio también el fin al sagrado misterio con algunas oraciones y salmos que en hacimiento de gracias y peticiones

ofreció él y los demás Apóstoles, porque entonces aún no se habían señalado ni ordenado otros ritos y ceremonias y deprecaciones que después se fueron añadiendo en diversos tiempos para acompañar la sagrada acción del consagrar, así antes como después de la consagración y comunión. Hoy, felicísima, santa y sabiamente tiene ordenado la Iglesia romana todo lo que para este misterio contiene la misa que celebran los Sacerdotes del Señor. Después de todo lo dicho se quedaron los Apóstoles otro rato en oración y cuando fue tiempo, porque ya era tarde aquel día, salieron a otras cosas y a recibir el alimento necesario. Y nuestra gran Reina y Señora dio gracias al Muy Alto por todos, en que se complació su voluntad divina y aceptó las peticiones que su amada le hizo por los presentes y ausentes en la Santa Iglesia.

Doctrina que me dio la Señora de los Ángeles María santísima.

115. Hija mía, aunque en la vida presente no puedas penetrar el secreto del amor que yo tuve a los hombres y el que siempre les tengo, con todo eso, sobre lo que has entendido para tu mayor enseñanza, quiero advertas de nuevo cómo el Altísimo, cuando en el cielo me dio título de Madre de la Santa Iglesia y de su Maestra, entonces me infundió una participación inefable de su infinita caridad y misericordia con los hijos de Adán. Y como yo era pura criatura y el beneficio tan inmenso, con la fuerza que en mí obraba, perdiera muchas veces la vida natural, si el poder divino con milagro no me conservara. Estos efectos sentía muchas veces en el mismo agradecimiento que tenía cuando entraban algunas almas en la Iglesia y después en la gloria, porque yo sola conocía enteramente esta dicha y la pesaba, y como la conocía la agradecía al Muy Alto con intenso fervor y humillación. Pero cuando más desfallecía en mis afectos era cuando

pedía la conversión de los pecadores y cuando alguno de los fieles se perdía. En estas y otras ocasiones, entre el gozo y el dolor, padecí mucho más que los mártires en todos sus tormentos, porque por cada una de las almas obraba con fuerza sobreexcelente y sobrenatural. Todo esto me deben los hijos de Adán, que por ellos ofrecí tantas veces la vida, y si ahora no estoy en aquel estado para ofrecerla, el amor con que solicito su salvación eterna no es menos sino más alto y más perfecto.

116. Y si tal fuerza tuvo en mí el amor de Dios para con los prójimos, de aquí entenderás cuál sería la que sentía con el mismo Señor, cuando le recibía sacramentado. En esto te declaro un secreto de lo que me sucedió la primera vez que le recibí de mano de San Pedro: que en esta ocasión dio lugar el Altísimo a la violencia de mi amor hasta que mi corazón se abrió realmente y dio lugar, como yo lo deseaba, para que mi Hijo sacramentado entrase y se depositase en él como rey en su legítimo trono y custodia. Con esto entenderás, carísima, que si en la gloria de que gozo pudiera tener dolor, una de las causas que me le diera mayor es la formidable grosería y atrevimiento de los hombres en llegar a recibir el sagrado cuerpo de mi Hijo santísimo, unos inmundos y abominables, otros sin veneración ni respeto y casi todos sin atención, sin conocimiento y sin reparo de lo que pesa y vale aquel bocado, que no es menos que el mismo Dios, para eterna vida o eterna muerte.

>>sigue parte 18>>